

ALEJANDRO E. MONETT DÍAZ

LA HABANA ENAMORADA

HISTORIAS DE AMOR Y CUBANÍA



UNIVERSO
de LETRAS

La Habana enamorada

Alejandro E. Monett Díaz

UNIVERSO
de LETRAS 

La Habana enamorada

Alejandro E. Monett Díaz

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Alejandro E. Monett Díaz, 2022

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras

Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

www.universodeletras.com

Primera edición: 2022

ISBN: 9788419389336

ISBN eBook: 9788419390110

A mis padres, Perla y Manolo.
A mi Habana querida.
A todos los enamorados del mundo.

Prólogo

En algún momento del siglo **xxi** comencé a escribir en mi ciudad natal unos cuentos cortos que después continuaría bien lejos de ella y terminaría llamando *La Habana enamorada*, aunque, a decir verdad, cuando iba por la mitad del primero, ni me pasó por la cabeza que escribiría más de uno.

El verdadero protagonista de cada historia es eso que nos empuja hacia delante en la vida y nos da fuerzas para sortear toda clase de obstáculos, sacrificar lo impensable y luchar por hacer realidad nuestros anhelos.

En efecto, el amor que ponemos en todo lo que hacemos, el amor entre padres e hijos y, en general, dentro de la familia, el de pareja o el que no nos corresponden, el que sufrimos por el país de origen cuando estamos afuera, el que sentimos por los animales, la naturaleza, la música y demás cosas sublimes trasciende en estos relatos de una forma u otra.

Para comprender mejor la lectura, organicé los relatos en tres capítulos.

El primer capítulo, «El amor es todo», compila veintiséis cuentos a manera de anécdotas y vivencias, ya sean optimistas, tristes, dramáticas o divertidas, que pueden sucederle a cualquiera e incluso algunas estuvieron basadas en hechos reales en los que estuve involucrado o tal vez alguien me contó.

El segundo capítulo, «Confesiones de invierno», comprende diez reflexiones, que sugiero leer en el orden presentado, sobre un posible amor no correspondido. Ellas serían el resultado de un cubano que se arma de valor y decide plasmar por escrito sus ilusiones, experiencias y preocupaciones, las cuales envía a la mujer que tuvo, desea tener o nunca tendrá.

El tercer y último capítulo, «Calidoscopio», abarca diez relatos de ficción, que igual aconsejo leer por su orden, cuya trama gira en torno a dos enamorados. Contados todos desde distintas perspectivas, estos relatos resumen los momentos más significativos de la historia de una pareja cubana actual, donde se supone que no faltan situaciones de júbilo y sufrimiento, ni tampoco dificultades y desenlaces, logros y frustraciones.

Al final incluyo un glosario para los hispanoparlantes a los que les haya costado un poco de trabajo descifrar nuestra peculiar manera de emplear el español en esta obra. Ahí aprovecho para comentar nombres y denominaciones que también pueden resultar de interés.

Quise dedicar determinados cuentos a aquellas personas que con su música fueron fuente de inspiración. Los versos que añado al inicio de cada uno resumen perfectamente la moraleja o al menos dan pie a lo que sigue.

Si te identificas con algún pasaje o personaje, puede haber sido mi intención expresa o pura casualidad.

Si al hojear una página te aparece una pizca de emoción o simplemente un suspiro, entonces cumplí el objetivo que me propuse al armar esta compilación, pero, si pecara de ambicioso, me encantaría que te gustasen todos los cuentos.

Sin ánimo de restarle valor al verdadero protagonista, el amor en todas sus manifestaciones, y a quienes vivieron las cosas que aquí cuento, sean o no obra de la imaginación, siempre tuve presente la ciudad que me vio nacer en el sabor que le impregné a cada historia. A mi Habana la recuerdo con el alma. A ella, y sobre todo a su gente, le escribo, no importa desde dónde.

Decídete entonces a leer conmigo estas historias. Yo estoy a punto de empezar, como si fuera la primera vez.

Alejandro E. Monett Díaz
Berlín, 2022

CAPÍTULO UNO: EL AMOR ES TODO

A primera vista

Para ser un día nublado, el restaurante luce bastante concurrido. «Esto se llena antes de la una», me digo y entrego el pago de los dos primeros turistas en arribar.

Mi colega Esperanza, de cariño Espe, señala un cliente que acaba de sentarse en la terraza en un puesto fuera de su sombrilla al tiempo que abre la caja registradora y busca el vuelto.

Espe y su esposo Vallejo aprovecharon que ayer sábado era feriado y se me aparecieron a las dos de la tarde con una torta que ellos mismos habían hecho a espaldas mías. Mis padres no iban a gastarse el salario de un mes llamándome, así que cogí el teléfono para oírles la única felicitación del día, pero mis colegas ya tenían decidido que esa fecha cerrada debía celebrarse como Dios manda. Pedimos *pizzas*, comimos chucherías y hasta me cantaron el *Cumpleaños feliz* en lo que yo soplabla tres velas grandes. La fiestecita fue toda una sorpresa. Y, honestamente, no pudo haber sido mejor. Se ve que esa gente me quiere.

Supongo que el difunto y su mujer habrán celebrado por allá su aniversario de bodas, que cayó el mismo día de mi cumple, ¡qué casualidad!, unos años después de habernos divorciado.

Vaya, ¿dónde tengo la cabeza hoy? Por poco dejo el vuelto en otra mesa.

Despido a los primeros turistas y sigo hacia la terraza en dirección al cliente nuevo, dispuesta a regalarle otra sonrisa de satisfacción al paisaje afuera, con su playita artificial en forma de herradura, arecas inmutables y la silueta de La Gomera entre brumas y gaviotas a lo lejos.

El sol no tiene muchas ganas de salir hoy. De acuerdo con el parte del tiempo que escuché al despertarme, se mantendrá así todo el fin de semana; lo cual es atípico para mediados de agosto, dijeron. Mejor para los bañistas, quienes no tendrán que preocuparse por el uso de productos cosméticos ni guarecerse bajo una sombrilla como la que ha esquivado el cliente que estoy a punto de atender en la esquina más apartada de la terraza.

Es raro ver temprano a alguien solo y a la vez meditabundo. Tal parece que se ha perdido en el mar que le llama. «Un turista más», pienso y me detengo casi frente a él.

El hombre viene de dos colores: el blanco, con Adidas muy parecidos a los del difunto, pantalón y camisa, y el azul oscuro en un saco que le quitaría el sueño a cualquier mujer casada. Se ve atlético, de no más de cuarenta años, despeinado, con barba de una semana y ninguna intención de revisar la carta, pues su mirada sigue anclada en el horizonte.

—¡Buenos días, señor! Linda vista, ¿verdad? —le pregunto y, por instinto, saco cuaderno y boli para anotar el pedido, aunque supongo que él ignora todavía los platos ofertados en este modesto restaurante de Playa de las Américas.

—Buenos días. Sí, muy bonita —le dice al mar y respira hondo—. Esta mesa es un mirador. Yo hacía rato que estaba por venir, pero...

Entonces advierte las piernas labradas con cincel que aguardan junto a la mesa, la saya negra generadora de taquicardia y sequedad en la boca, la blusa blanca con similares efectos perturbadores, papel y pluma atentos a la orden y unos ojos color café que cortan de cuajo todo intento de continuar explorando a la camarera más guapa que habrá visto en su vida.

—Pero me quedo con tus ojos, de verdad —me dice y sonrío, contento de haber terminado a la perfección la frase con la que había comenzado.

—¡Anda, muchas gracias! ¿Le tomo el pedido?

Parecía otro andaluz de los tantos que visitan Tenerife y quise interrumpir su contemplación del paisaje lo más cordial que pude, pero no esperaba el giro en su respuesta. Definitivamente, el piropo me cogió desprevenida. Lo único que se me ocurrió fue aferrarme a mis deberes y atenderle con la profesionalidad que todos merecen. Aun así, la sonrisa que le devolví no mostraba cómo me sentía por dentro: me moría de ganas de hablar con él.

Acostumbrada a tratar a los clientes, en su mayoría alemanes, rusos e ingleses, con mucho respeto y formalismo, me sorprende no haber sabido cómo ocultarle mi verdadero yo a este señor. Por lo general, no me miran a los ojos y solo me dirigen la palabra para pedir un plato o la cuenta, incluso interrumpen un comentario de índole personal si me ven cerca de su mesa. Este delante de mí es completamente distinto y, de una manera que todavía no logro comprender, desde el mismo saludo me magnetiza con cada una de sus palabras.

Cerró una carpeta llena de hojas impresas y la guardó en una mochila que tenía en la silla a su derecha. Solo así apartó por un instante sus ojos de los míos.

—Ay, disculpe que le haya interrumpido.

—Para nada, chica. El libro puede esperar. Ah, y trátame de tú.

—Está bien, gracias. ¿Es usted escritor? Quiero decir, ¿eres escritor?

—Bueno, es un *hobby*. Lo tengo casi terminado, me quedan algunas cosas por revisar todavía. Un libro de cuentos. Ya hablaremos de eso en otro momento, porque ahora mismo estoy *partío* del hambre. —Abrió la carta en la página de los platos principales y, para sorpresa mía, señaló uno con el dedo—. Este me parece bueno, pero este otro también. ¿Qué me recomiendas? O, mejor, dime cuál no te aburrirías de comer nunca.

Sin dudas, un tipo muy directo, de esos que te miran fijamente, sonrían al conversar y raras veces se quedan con algo por dentro. Nada que ver con los clientes que acuden al restaurante.

Hice un esfuerzo olímpico para evitar que la magia de sus palabras me distrajera mientras le aclaraba las dudas que tenía sobre algunas opciones del menú. Me trataba de una manera respetuosa pero con total confianza, como si nos conociéramos desde niños.

A las claras no era español. Por la vestimenta y el tono de la piel confundiría a más de uno, pero el habla lo delataba. Su acento, a pesar de haber veintiún países con alrededor de quinientos millones de hispanoparlantes, era inconfundible.

Hablaba un poco rápido; a ratos, por ráfagas. Su entonación era más bien plana, y eso no solo me endulzaba el oído, sino que me incitaba a imitarle. Utilizaba el pasado simple en vez del presente perfecto. Pronunciaba la z y la c como una s neutra y a la v le daba casi el mismo sonido de la b. No se preocupaba por cambiar la s al final por una j suave y alguna que otra r por la d.

Sentí como si estuviera montando bicicleta después de muchos años sin hacerlo.

La nostalgia se apoderó de mí. No pude contener la avalancha de recuerdos: mis padres, mi familia, el difunto, el barrio, la comida, la música, las guaguas —también las llaman así en Las Canarias—, además de colas, escuelas, trabajos, fiestas y hasta mi playa querida, superior a la que tenía delante en cuanto a belleza natural, y por mucho.

Volví a la barra comandada por Espe con el corazón a toda velocidad. Estaba segura de que el cliente de blanco y azul no me había seguido con la vista, aun cuando fuese tentador apreciar desde otro ángulo mi agraciada figura. En el camino faltó poco para dejar caer el cuaderno. «Mantequilla en las manos», hubieran dicho mis padres, pero era la adrenalina a raudales. De momento no me veía en el lugar donde estaba, sino en mi ciudad natal, a miles de kilómetros de distancia. Me salvó la experiencia de conocer el restaurante como la palma de mi mano, lo cual me permitía sortear de memoria cada obstáculo, incluso con los ojos cerrados si quisiera.

Antes había dejado a mi estimado comensal a la espera de la especialidad de la casa. «Enseguida te traigo la paella», le había dicho, y ya su cara era como la de un niño a punto de soplar las velitas de su torta de cumpleaños.

Me sentía plenamente identificada. La emoción me salía por los poros; la alegría, por los ojos...

—Oye, guapa, ¿por qué te has demorado tanto con el cliente de la chaqueta azul?

—¡Lo encontré, Espe, lo encontré! —casi le grité a mi colega y amiga con los ojos aguados y el pulso a millón.

—¿A quién, por Dios?

—¡Que me enamoré!

Espe interrumpió lo que estaba haciendo en la caja registradora, dio un paso corto a la izquierda, extendió ambos brazos y se apoyó con firmeza en el borde de la barra, como para resistir la embestida de un ejército de turistas desde el otro lado.

—¿Así de pronto? —me dijo extrañada.

—¡Pues sí, como en las películas!

Espe frunció aún más el ceño. Me pareció tener delante a Meryl Streep, y no solamente por la nariz, que era una copia de papel carbón, sino por la postura, los gestos, el brillo en los ojos... Cruzó los brazos, apoyó los codos sobre la barra e inclinó el torso hacia adelante. Miró dos segundos en dirección a la terraza y entonces me preguntó con un tono de total complicidad:

—¿Del de la chaqueta azul?

—¡Claro!

Entraron cuatro turistas, por el acento me parecieron ingleses, y se sentaron en una mesa a mi derecha. Aparentemente, eso carecía de importancia para Esperanza, mi amiga del alma, porque enseguida volvió al tema que nos ocupaba.

—¿Tú estás segura?

—Segurísima, Espe.

—Pero si apenas lo conoces, tía. A ver, ¿de dónde es?

—¡Ay, Espe, tiene un acento habanero de lo más lindo!

La ruta de siempre

El Buti estuvo varios meses afuera, pero eso no le impidió seguir el desempeño de su equipo de pelota favorito, Industriales, que jugaba en casa justo a la semana de haber llegado él de España. Y, como era lógico que el transporte no mejorara en tan poco tiempo, acudió a la ruta de siempre hacia el Latino, no sin antes pasar a buscarme con la gorra y el pulóver que un juego de pelota en la capital exigía a sus fanáticos.

Ir a Mayía Rodríguez a coger la 83 hasta la calzada del Cerro, en caso de que viniera y se pudiera coger, estaba descartado para el Buti. Tampoco valía la pena esperar por el P2 en Lacret para bajarse antes de la Plaza de la Revolución y caminar por todo 20 de Mayo rumbo al Coloso del Cerro. Mucho menos ir hasta la calzada de 10 de Octubre y allí coger un almendrón que pasara por la Esquina de Tejas. Nada de guaguas. Cero carros. «Vamos a pie. Dale, que tenemos mucho de qué hablar», me dijo cuando vino a recogerme el domingo a la una y cuarenta de la tarde.

A Heriberto Emiliano Bustamante Alcántara casi todos le decían el Buti. No recuerdo haberlo llamado alguna vez por su nombre, ni en la secundaria. Él mismo empezó a llamarse así cuando se cansó de las dieciséis sílabas de su nombre completo.

Tenía su vida hecha en España, pero seguía hablando igualito. Sabía lo que le esperaba conmigo si se le ocurría decir un «vale» o sonar la zeta como se hacía allá.

El tiempo no había pasado por él. A pesar de sus cuarenta y cinco años, se mantenía flaco, ágil, y había que mirarle mucho las patillas para notar un par de canas. Su peinado sí lucía distinto: daba la impresión de que estaba acabado de levantar o que había estado en pie la noche anterior. Elegante como de costumbre, con unos popis que parecía haber comprado minutos antes, sacó un teléfono del futuro, tocó tres o cuatro cosas en la pantalla y se puso un audífono blanco inalámbrico en la oreja derecha.

—Sintonicé la 91.7 —me dijo—, la COCO, para estar al tanto del juego. Bueno, ¿qué *bolá*? Cuéntame algo.

—Ahí, Buti, en lo mismo con lo mismo. ¿Y tú? Antier estuve en tu casa y me dijeron que estabas *pa* Sancti Spíritus. No paras la pata desde que llegaste.

—De eso quería hablarte.

La ruta de siempre empezaba a una cuadra de la conocida escuela Aguayo. El objetivo era coger por Serrano y llegar al Malecón sin agua, después buscar Buenos Aires, cruzar la calzada del Cerro y a la derecha bajar por esta calle de la que nunca me acordaba del nombre hasta el Latino.

A punto de cruzar Lacret, vimos a varias personas, sudorosas, impacientes, angustiadas, esperando en la parada del P2. Ahí fue que nos alegramos de habernos librado de un viaje en

guagua. Seguimos hasta la calle Serrano y subimos una cuadra. En la punta de la loma, el Buti se quedó un rato parado, mirando el corazón de La Habana a lo lejos. Tiró dos fotos y seguimos caminando. Se veía contento, como si hubiera ganado uno de los tantos juegos de cuatro esquinas que jugábamos de muchachos, a pocas cuadras de la misma acera en mal estado por la que caminábamos ahora. No le importaba el sol fuerte de la una y pico de la tarde ni los dos kilómetros y medio que teníamos por delante hasta el Latino. El solo hecho de ir con su amigo a la instalación deportiva más famosa de Cuba bastaba para sentirse un tipo feliz. Eso pensaba yo.

—Fui a ver a mi tía —me dijo—, la hermana de mi mamá, allá en Trinidad. Estuve desde el miércoles. Vine ayer mismo por la noche. Un viaje larguísimo. La guagua se rompió a mitad de camino. También llovió cantidad. Pero es de lo mejor que me ha pasado en los últimos años, *brother*. Es que..., es que conocí a una mujer. ¡Qué manera de gustarme! Y creo que yo también le gusto a ella.

—¡No jodas! ¿Con lo viejo y refeo que tú estás, Buti?

—¿Cómo que feo? Asere, con estos Nike, yo soy el papi más lindo de toda La Habana.

El Buti y yo no podíamos tratarnos de otra manera, aunque viviera la mayor parte del tiempo en Sevilla y viniera a Cuba una vez al año. Mis chistes le hacían tanta falta como el café a media mañana.

El tramo loma abajo por Serrano era el más fácil de toda la ruta y, por consiguiente, sería el más difícil a la vuelta. El que hiciera este recorrido por primera vez enseguida notaría que aquí las casas eran más antiguas que las de más allá de la punta de la loma, de donde veníamos el Buti y yo, y que los latones de basura de las calles transversales parecían acabados de traer del extranjero. Curiosamente, nuestro barrio mantuvo su nombre en los años 90 a raíz de la división política en consejos populares, mientras que esta zona por donde caminábamos había dejado de ser Santos Suárez para convertirse en Tamarindo, aunque en la práctica muy pocos se adaptaron al nuevo nombre.

El Buti aprovechó un momento que no había tráfico en la esquina de la farmacia y se paró en el medio de la calle a tirarle fotos a la imponente loma de Serrano que habíamos dejado minutos antes. Las primeras diez cuadras a pie ya eran historia.

—El día está *pa* ir *pa* la playa —me dijo cuando llegamos a la esquina del Malecón sin agua—. Cuidado con el carro ese.

Cruzamos la Vía Blanca con un poco de trabajo. El cambio en la arquitectura era abismal, como si de pronto hubieran puesto otra ciudad cien años más vieja. Cuando bordeamos la fábrica de chocolates, que a estas alturas no sabría decir si se seguían produciendo, el Buti volvió a hablar sobre su reciente viaje de Trinidad a La Habana.

—Se sentó al lado mío, compadre. Yo, que estaba medio dormido, me desperté enseguida. Olvídate de la Nutella con palitroques...

—Buti, no seas abusador. Yo nunca he probado la Nutella.

—Bueno, está bien. Deja ver cómo te explico entonces... Ah, ya. Olvídate de la mermelada de guayaba con queso crema, de Varadero con una Heineken bien fría, ¡de los Rolling Stones en la Ciudad Deportiva! Nada de eso le gana a la combinación perfecta: Tri-gue-ña de o-jos ver-des.

—Hizo énfasis en cada sílaba con los ojos bien abiertos y las palmas hacia arriba, se santiguó, miró al cielo y entonces me puso una mano en el hombro—. ¡Qué pelo negro más lindo! Comoquiera le queda bien. Da igual que se lo recoja, que no se peine, que se ponga un casco... Bella. De verla nada más, me empezó a faltar el aire. Y no podía abrir la ventanilla porque estaba lloviendo cantidad.

—Candela, ¿y de qué hablaron, Buti?

—Pues es muy conversadora. Fíjate que fue ella quien empezó. Me preguntó la hora. A mí.

—Pero ¿estudia, trabaja, qué hace?

—Es enfermera. Yo, que nunca me enfermo, tengo tremendas ganas de que me entre un catarro.

Sentimos un gran alivio en un tramo de alrededor de ciento cincuenta metros por la calzada de Buenos Aires. Gracias a los árboles, que hasta ese momento no habíamos visto más de tres seguidos, respiramos un aire distinto. Caminamos casi por el medio de la calle. Y no precisamente porque las aceras estuvieran en mal estado, de hecho, estaban mejores que las de Santos Suárez, sino porque no había tráfico. Habría problemas con el combustible o a esa hora la gente estaría tranquila en su casa almorzando.

—Casualmente, trabaja allá *alante*, en La Dependiente —me dijo y señaló con el índice al final de la calle—. Hoy tiene turno por la tarde. Cuando se acabe el juego, pasamos por allí. Estoy loco por verla vestida de enfermera.

—Chama, disculpa que te corte. Es que dijiste «dependiente» y no «dependienta», cosa que veo bien. ¿Por qué entonces la gente dice «presidenta» y no «presidente», si «ente», que es el sustantivo base, es masculino? Fíjate en «cliente», «gerente», «dirigente», «televidente». Hay millones de ejemplares.

—Sí, lo sé. Es que las palabras se aceptan según su uso. ¿Qué me dices de la pelota con «béisbol», «jonrón» y «fildear»? Todas vienen del inglés, ¿no? Y tú, que eres administrador...

—Programador.

—Eso mismo, chico. Tú, que trabajas con las computadoras, estarás acostumbrado a ver cómo acaban con el español cuando dicen «formatear», «resetear», «salvar», «aplicar», «dar *like*» y tantas barbaridades.

Doblamos izquierda al llegar a Agua Dulce, esta vez cogimos por la acera, y después derecha en San Quintín. Fue el Buti quien se acordó del nombre de ambas calles. Miraba para el cielo, con la intención de espantar las tres o cuatro nubes que pudieran poner en peligro el juego de pelota que estaba programado para empezar a las dos de la tarde. También fue él quien se percató de que los vendedores ambulantes, que desde Santa Catalina hasta Vía Blanca nos mareaban con sus pregones a toda hora, habían desaparecido como por arte de magia en este barrio del Cerro.

—Volviendo al tema —me dijo y se quitó el audífono—, la quiero invitar. Al menos un mes de vacaciones. De lo contrario, ella tendría que pedir la baja o licencia sin sueldo si quiere estar los tres meses, que es el máximo de la visa turística.

—¿Allá a Sevilla?

—Claro. Ahí es donde vivo, ¿no? Ya llevo seis años.

—Coño, Buti, ¡cómo pasa el tiempo! ¿Y tú crees que le den la visa?

Se tomó tres buches de la botellita de agua que sacó del bolsillo de atrás, dio un paso más largo para no cortarse con un vidrio inglés que lo esperaba en el medio de la acera y, algo preocupado, me dijo:

—Chico, está difícil, con todo y el pasaporte español que tengo desde hace rato. Ella nunca ha viajado, no tiene hijos todavía, tiene un trabajo común y corriente, y vive con sus padres en un apartamentico en Centro Habana. Cualquier consulado europeo diría que ella «no tiene lazos fuertes que la aten a Cuba». En otras palabras: es una posible inmigrante. Tú sabes que a nosotros los cubanos nos tratan distinto. Asumen que nos vamos a quedar. Bueno, es lo que han hecho muchos, sobre todo en Estados Unidos, aunque eso no quiere decir que el resto siempre vaya a hacer lo mismo. Es verdad que cada país tiene la libertad de aceptar a quien quiera, pero yo digo que a uno deberían valorarlo por su formación, su preparación o por sus competencias, como dicen los que saben, y no por lo que otros de su misma tierra hicieron antes. Y si ella se quedara, ¿a quién no le hace falta una enfermera? Eso es trabajo garantizado dondequiera. En fin, ojalá le den la visa. ¡Qué mujer más linda! ¿Tú te imaginas a mí con esa belleza turisteando por toda España?

—¿Y no tiene novio?

—¿A mí qué me importa eso, *brother*? Yo soy el que está solo.

Llegamos a la calzada del Cerro. Doblamos a la izquierda y enseguida cruzamos. Bajamos por la primera a la derecha, Saravia, decía la señal, y unas tres cuadras más adelante ya se veía el Latino: grande, compacto, viejo, azul. Íbamos por el medio de la calle, igual que el resto, porque no había espacio para caminar por la acera uno al lado del otro.

El Buti se ajustó la gorra, inclinó la cabeza para mirarse la I gigante en el frente del pulóver y, acto seguido, empezó a caminar con esa guapería que caracteriza a los cubanos, como para decirle al mundo que los Industriales eran imbatibles, aunque hacía más de diez años que no ganaban un campeonato.

—Entonces te dijo que sí, Buti.

—Claro, si nunca ha viajado. ¿Cómo le va a decir que no a un tipo con estos Nike? Yo me voy a encargar de todos los gastos, asere. Y estoy seguro de que la vamos a pasar muy bien. Lo malo es que un mes pasa volando.

—¿Y después qué, Buti?

—Después no hay quien me quite lo *bailao*. Bueno, quien nos quite lo *bailao*. La vida hay que vivirla como se presente, chama. O, más bien, como tú te la busques.

—Oye, ¿y eso qué fue?

—¿El qué?

—¿No oíste la bulla esa? Alguien tiene que haber metido un jonrón. Mira a ver qué dice la COCO.

—Voy *pa* ti.

Seguimos loma abajo por Saravia y parecía como si ya estuviéramos dentro del estadio, aunque faltaba una cuadra todavía. Las casas se apretujaban unas a otras. De momento empecé a extrañar

los portales y jardines de Santos Suárez, los parterres, los framboyanes, los gatos, los sinsontes...

El Buti volvió a ponerse uno de los audífonos y tardó unos segundos en decirme:

—¡No, jonrón de Granma con uno en base!

—¿Por eso fue la gritería?

—Eh, ¿tú no sabes que el único estadio de pelota del mundo donde el equipo local juega con la mitad del público en contra es el Latino?

—Verdad que sí. Bueno, espérame ahí en la puerta, que voy a comprar las entradas. Nos sentamos detrás de tercera base, ¿no?

—Asere, eso no se pregunta.

Minutos después, nos detuvimos frente al policía que controlaba la afluencia del público. Yo le di las entradas para que las rasgara, y el Buti le dio a oler la botellita de agua como parte del protocolo de seguridad. Al rebasar la puerta, me vi dentro de una especie de cueva que, a pesar de resultarme familiar, seguía causándome escalofrío. Fuimos hacia una de las aberturas por donde entraba la luz con fuerza, la bulla se intensificó en la medida que caminábamos y, ¡por fin!, pudimos divisar el terreno.

El estadio estaba a media capacidad, pero hasta el más apático de los espectadores hubiera sentido el empuje de aquella multitud que rondaba las veinte mil personas. Redoblamos el paso y el Buti me hizo una seña para coger a la derecha por el pasillo paralelo al banco de primera base que aparecía delante. Le pregunté por qué no a la izquierda, rumbo al banco de tercera, y me dijo que, a simple vista, no había dónde sentarse por esa zona. Le hice caso, no sin antes detenerme unos segundos para ver el marcador que mostraba la pizarra del jardín central a lo lejos.

De pronto, se formó un caos en la gente que nos rodeaba, como si fueran a esquivar algo que cayera del techo de la grada. El Buti, que estuvo alerta desde el principio, dio dos pasos rápidos, saltó con una mano extendida y... ¡cogió una pelota de *foul*!

Hubo exclamaciones en reconocimiento a la magnífica atrapada, que bien podría haberla firmado cualquier jugador en el terreno. El Buti, con cara de muchacho que acaba de decidir un juego importante, me enseñó la pelota y con la misma se la regaló a alguien que ocupaba uno de los asientos cerca. Llovieron los aplausos.

¿Y eso?! Yo era uno de sus mejores amigos. ¿Por qué no me la regaló a mí?

Miré en dirección a la grada en busca del afortunado. En este caso, la afortunada: una niña de cinco o seis años con un vestidito azul de lo más chulo.

El Buti señaló dos asientos vacíos a unos diez metros a la derecha de la niñita. Hacia allí fuimos. Cuando nos sentamos, le pregunté si la conocía y me dijo que no, sonriente.

Enseguida supe por qué.

Esa tarde, el juego de pelota era una mera música de fondo y aquella preciosidad, un angelito de los pies a la cabeza, la atracción principal. El Buti tenía que regalarle el preciado trofeo para que ella guardase un lindo recuerdo de su visita al estadio. «Los niños se lo merecen todo, compadre», me decía con una mirada que era toda ternura.

No en balde la gente aplaudió aquel gesto de generosidad.

La niñita, rebosante de una alegría que contagiaba a media grada, apretaba la pelota contra el

pecho como si fuera su única muñeca.

Nunca había visto tan feliz al Buti.

Barrendero

Juan Manuel es un barrendero igual que otro cualquiera, tal vez ya maduro para sus veinticuatro años o, quizá, demasiado despierto.

Como cada mañana, se levanta a las cinco y media y una hora más tarde enfila por la calle que le toca limpiar hoy. Apertrechado de uniforme e implementos, comienza a mover la escoba con parsimonia mientras una parte de su mente está alerta y le avisará cuando vea pasar a su amigo Cedeño, el panadero, justo a las seis y cuarenta.

Cedeño, con una camisa abierta que muestra sin complejos la inmensidad de su panza, cruza la otra esquina a la hora esperada y le grita: «¿Qué *bolá*, Juanma?», que bien pudiera ser el despertador de toda la cuadra.

Ese saludo sencillo del panadero le regocija el alma. Para agradecerle, detiene el barrido y levanta la escoba, cual trofeo enseñado por el ganador en una importante ceremonia de premiación.

«Hay veces que necesitamos de la gente efusiva, ya que son el punto de cambio entre tantos apáticos y egoístas», piensa Juan Manuel y, con el ceño fruncido, continúa saneando el contén de una lata de cerveza que algún desconsiderado no quiso echar en el tanque de basura a veinte metros.

Nuestro barrendero lleva un año en su labor y desde el comienzo le sacó provecho a la rutina de los sucesos del día. No le fue difícil memorizar hora y minuto de salida de varios vecinos en el barrio que atiende. Sus tareas de limpieza las cumple según metas que se traza por tramos, asociados a los vecinos. Terminar los tramos en tiempo depende solo de él. Y, para escapar del tedio, organizó sus recorridos de tal manera que los repite cada tres días.

Cedeño es el disparo de arrancada que hoy le anuncia su recorrido favorito, sobre todo por los personajes que habitualmente encuentra en su camino y la carencia de lomas.

Esta vez barre dos cuadras y pasa frente al edificio del capitán, en el momento que el de uniforme cruza la calle rumbo a su flamante Geely, llavero en mano y desactivando la alarma, y así finaliza el primer tramo a las seis y cincuenta y cinco. La costumbre hizo que mirara la hora para confirmar que estaba en tiempo, pero podía prescindir de su avejentado reloj de pulsera para saberla.

La semana pasada Gladys, la cincuentona elegante que saluda al iniciar el cuarto tramo, le comentó sobre unos cursos en la escuela de oficios cerca de allí. En sus años mozos habría sido imposible mirar a esta señora sin arquear las cejas y abrir la boca y hoy en día es una experimentada especialista, quien no tardó en convencerlo de que es necesario superarse. Por eso ya está matriculado en un curso de plomería que empieza el mes que viene. A mayor preparación, tendrá oportunidad de encontrar mejores empleos. Pero no se queja del actual, todo

lo contrario: este trabajo lo prefiere a la agricultura, que prácticamente era la única opción a la que podía aspirar en el pueblo donde nació y se crio.

Juan Manuel vive a solas en el apartamento que una tía le dejó al morir y le alcanza el salario. Tiene el reconocimiento de sus colegas, es el empleado más destacado en lo que va de semestre y se siente orgulloso de ser una persona honrada y responsable. Con alegría recuerda la actividad de fin de año en su empresa cuando, en la mesa de dominó, uno de los perdedores se levantó y exclamó: «¡Qué cosa más grande!», y el resto coreó la consabida frase: «Grande es La Habana y la barren todos los días». Muy bien dicho. La vida de la capital depende de muchos poquitos y el aporte de ellos es tan valioso como el de cualquier otro trabajador.

Hace tres jornadas, mientras merendaba bajo el toldo rojo que marca el séptimo tramo, Soler, el chofer del Toyota de chapa negra, le preguntó si le interesaría trabajar de jardinero en una embajada.

—¿Pa cuándo es la cosa? —preguntó a su vez Juan Manuel.

—Es complicado, pero yo te aviso. Ve preparando mientras un currículo —dijo Soler y se dispuso a comer la parte más rica de su empanadita de coco en lo que se despedía apurado.

«Coño —pensó Juan Manuel—, ojalá que se dé. Ahí sí me pongo las botas y mejores que estas». Se miró los zapatos y sonrió.

Ahora con esa idea en mente no se percató de que había concluido el segundo tramo sin poder saludar a la mulata con cuerpo de saltadora de pértiga y uniforme de Etecsa. Tuvo que resignarse a oír su taconeo al doblar la esquina. Quiso saber la hora y entonces, más allá de su volteada mano, notó algo raro en el parterre.

Camuflado entre el borde de la acera y una enredadera de calabaza que buscaba tocar la calle con insistencia, había un sobre abultado. Varios metros delante, las huellas de un carro se secaban en el pavimento al dejar atrás un salidero de agua que flanqueaba la calabaza y mojaba esa parte de la calle. Con el apuro de esquivar la preciada planta, el fango y el agua a su alrededor y montarse en el carro, alguien podría haber dejado caer un sobre de cartas que ahora él tenía en sus manos y se disponía a abrir.

Eran tantos billetes de cincuenta pesos que no sabía cómo empezar a contarlos. Por un instante pensó quedarse con el paquete y esperar a que amaneciera a fin de hacer sus averiguaciones. Nunca cogió lo que no era suyo y en doce meses tenía anécdotas donde «salvaba vidas» al devolver disímiles cosas que hallaba a su paso. Enseguida cambió de opinión al ver, intercalada con el dinero, una bolsita de nailon amarrada con un pedazo de cordel. El contenido parecía ser una especie de harina, pero la harina no se guardaba en cantidades tan pequeñas. No hacía falta ser universitario para deducir que aquello era el pago en efectivo de una operación de narcóticos que incluía, como bono, una comisión de la propia mercancía. Tajantemente, descartó ignorar el hallazgo y devolver el paquete a la enredadera de calabaza, pues ya lo había abierto. Tampoco contactar a los implicados, si es que diera con ellos, porque gente sin escrúpulos como esa no merecía su consideración, siquiera su compasión, amén de peligrar su vida si lo descubrían.

«¡Que se jodan!», refunfuñó.

Guardó el dinero debajo del overol, estrujó en forma de pelota el sobre con la droga y lo echó

en el tanque del carrito. Acomodó los implementos, dio media vuelta y se encaminó hacia el primer tramo. Pensó que sería imprudente continuar su ruta a riesgo de toparse con los traficantes en caso de que regresaran por las inmediaciones del extravío e inició la que tenía planificada para el día siguiente.

El resto de la jornada se mantuvo atareado como de costumbre, aunque el valor de lo que guardaba debajo del overol le impedía a ratos enfocarse en el manejo de la escoba y, por consiguiente, tuvo que repasar alguna que otra acera en su recorrido. Fueron varias las veces que miró por encima del hombro, pero los pocos que caminaban por la calle a esa hora ni se dieron por enterados de que él existía.

Juanma, como le dice Cedeño, llegó a la casa a las cuatro y cuarto de la tarde en un estado de alerta máxima. En su vida había caminado con tanto dinero en el bolsillo. Sin embargo, su morada es modesta, él no recibe visitas y, por ende, no corría riesgo alguno de guardar allí los miles que recién encontró. «Incluso pudiera dejarlos sobre la mesa», susurró con ironía.

Nuestro joven entró al baño tarareando la melodía de su película favorita, *Operación Dragón*, y se dio una buena ducha. Acto seguido, se tiró bocarriba en la cama y dejó que su vista se perdiera en el *socket* vacío de la lámpara del techo.

Le vinieron a la mente Cedeño, al que invitaría algún día a tomarse un café bajo el toldo rojo del séptimo tramo, la mulata con cuerpo de saltadora de pértiga, a quien por fin le preguntaría el nombre cuando viera de nuevo, y el capitán, al que no hacía falta preguntarle nada, puesto que con el grado bastaba.

Pero enseguida su mente le pidió concentrarse en tres tareas muy importantes. Para ello, apartó la vista del techo y comenzó a contar con los dedos de la mano derecha mientras pensaba en voz alta como si estuviera leyendo los titulares de Radio Reloj:

Tarea uno: escribir un anónimo al presidente del comité del tercer tramo —me consta que es una gente honesta— sobre sospechas de tráfico de drogas en su cuadra y mañana se lo echo por debajo de la puerta.

Tarea dos: no botar la casa por la ventana y ahorrar para que mis futuros hijos lo disfruten algún día.

Tarea tres: preguntarle a la cincuentona del cuarto tramo qué papeles debo presentar si me interesa trabajar en una embajada y esperar por la respuesta de mi amigo el chofer.

Dicho esto, consultó el reloj de la pared, se traqueó los dedos y encendió el viejo radio de la mesita de noche para escuchar las noticias en la emisora de su preferencia.

De hombre a hombre

Son los hijos la bendición,
el milagro de nuestro amor.

GLORIA ESTEFAN

Justo cuando creí que no podía haber mayor dicha en la casa, mi mujer anunció que teníamos un hijo en camino. Desde ese día cambió nuestra vida.

Yadier es lo que más quiero en este mundo, por quien más me preocupo. El corazoncito se me hincha de orgullo y alegría al verlo crecer, aunque si alguien comenta: «Oye, ¡qué grande está!», solo se me ocurre pensar en lo viejo que me estoy poniendo.

Esta semana he notado algo raro en Yadier. Recién empezó el séptimo grado y la secundaria no puede haberlo cambiado tanto, ¿o sí? Desde finales del año pasado, estando en sexto grado, me pidió que no fuera más a recogerlo al terminar las clases. En un principio no le di mucha importancia porque la escuela queda al doblar, pero tengo que reconocer que la novedad me afectó. Ahora está en la secundaria a tres cuadras de aquí. Va y viene con sus compañeros de clase todos los días. Ya no es el mismo muchacho. Y no creo que sea por la supuesta «independencia». Hablaremos cuando venga de jugar pelota en la calle.

—¡Qué rápido viniste, chama! ¿No jugaste hoy? —le dije tan pronto como entró, directo al fregadero, a lavarse las manos.

—Ay, pipo —respondió—, jugué tan mal que quise irme antes. Se me cayeron tres pelotas. — Se secó las manos y con cierto pesar continuó—: Hoy todo me sale mal.

Le dije que lo notaba distinto, que siempre nos habíamos tenido confianza uno al otro, que podía contar conmigo para cualquier cosa. Él se sentó en la silla predilecta del cuarto de estudio y encendió la máquina. La demora de Windows al iniciar hizo que fijara la vista en el teclado. Cuando el sistema estuvo listo para su uso, se volteó de pronto y dijo en voz baja:

—Pipo, creo que me gusta una muchacha.

—Vaya, de eso mismo quería hablarte: algo tenía que pasarte —le dije mecánicamente, sin valorar la importancia de aquellas palabras que nunca había oído como padre.

—Pero es de octavo.

Mi hijo lucía abatido, como si el mundo le hubiese caído encima y no le quedase otro remedio que resignarse. Yo tenía que aprovechar esa ventana abierta, que no era la del famoso sistema operativo, para conocer más de su aflicción y aconsejarlo.

—¿Y eso, mijo? A ver, cuéntame cómo es ella.

Había despertado el interés de Yadier. Sus manos estaban decididas a no posarse en el teclado. Una semana en la secundaria era muy poco tiempo, pero ya él memorizaba a esta muchacha al detalle. «Como si me hubiera enseñado una foto», pensé mientras la describía:

—Bueno, el pelo es castaño claro, medio ondeado. La cara es chiquita pero perfecta, incluso se le forman los dos hoyitos al reírse. La boca es finita. Y unos ojos... ¡Ay, mi madre, qué ojos más lindos! Son de un color verde-miel-café que cambian con el sol, las paredes, el piso y que t-te p-paralizan, ¿o te derriten?, si te miran de frente. Son ojos color del tiempo. Ah, tiene una voz bonita, cuando habla parece que es mayor. Y del resto no me acuerdo. Es que me quedo pasmado mirándola y no me da tiempo a fijarme de los hombros para abajo. No te rías, pipo.

—No te pongas bravo, machi. Es que tienes una forma muy ocurrente de decir las cosas. Dale, sigue.

—Y ya, pipo, no hay más nada. Nunca hemos hablado. En el receso me pasa por al lado muy rápido y después no la veo hasta que se acaban las clases. Pero es de octavo.

El embullo que tenía se esfumó al repetirme esa frase.

«Está enamorado. ¡Mi hijo, en séptimo grado y enamorado!», estuve a punto de pensar en voz alta.

—Ah, y no tuve que preguntarle el nombre. Ella es la sensación de toda la escuela y la gente lo gasta como si se chuparan una chambelona. Se llama Claudia Alvarado —me dijo, y por fin le apareció una sonrisa.

¿A partir de qué edad uno empieza a enamorarse? Sí, puede ser que hoy en día los muchachos estén más adelantados. Ahora bien, ¿por qué tenía que fijarse en una muchacha mayor? A esa edad un año es demasiado. Las de octavo miran a los de séptimo como si todavía estuvieran en la primaria. ¿Y por qué la más linda? Estar con la personalidad más asediada de la escuela sería un reto difícil, casi imposible de lograr.

Sin dudas mis consejos debían ir por otro camino para no desalentarlo. Él no conocía mi historia de adolescente, pero la suya no tenía por qué ser igual. Mejor le hablaba de su madre, que era algo más reciente y palpable.

—Un año no es nada, hijo —le comenté para tranquilizarlo—. Tu mamá y yo nos hicimos novios en la universidad, y ella es dos años mayor que yo. Lo importante es lo que tú sientes. Si te fijaste en ella, si te enamoraste de ella, entonces tienes que empezar por decírselo, así de sencillo.

—¿Y cómo se lo voy a decir si se me hace un... n-nudo en la garganta cuando la veo?

De la forma que se refiere a Claudia, es evidente que mi hijo está loco por ella.

Ningún amor es igual al otro: la gente y los tiempos cambian. Pero hay patrones, detalles y comportamientos que nunca pierden su efectividad y vigencia, y hay que seguirlos para lograr nuestros anhelos. Uno tiene que soltar lo que tiene dentro. De lo contrario, la pareja no lo sabría, adivina no es. Y, si lo que uno siente por alguien se resume en un nudo en la garganta cuando están cerca, entonces: ¡bienvenido el amor! De otra manera, no serviría, no sería tan lindo, no te llenaría tanto.

Esta vez pensaba en voz alta. Yadier me escuchaba con la vista fija en el teclado. Le dije que él

era un muchacho muy inteligente y, sobre todo, simpático, y no porque fuera mi hijo, que uno siempre iba a ver como el más lindo del mundo. También le dije que, si tenía pena, debía empezar por aproximarse a ella, puesto que el roce diario era la mejor de las medicinas.

—¿Tú conoces a alguien de su aula? —le pregunté.

—Julito, el que vive en la esquina, se sienta detrás de ella.

—Entonces mañana por la mañana saluda personalmente a los de su grupo. Empieza con Julito y, si Claudia está cerca, termina con ella.

—¿Y por qué de última, pipo?

«Dejé lo mejor para el final porque el postre es lo que más me gusta». No hizo falta que expresara este pensamiento: Yadier había captado perfectamente mi cabeza algo inclinada y la intención de mis cejas.

Pasaron diez días desde nuestra primera conversación de hombre a hombre y mi bendición no ha vuelto a tocar el tema. Yo tampoco he querido presionarlo. Pensé que sería bueno darle tiempo para que reflexionara sobre todo lo que hablamos. «Cuando regrese de casa de su tía, le preguntaré por Clau...».

El timbre de la puerta apartó mis ideas. Dejé la cocina y fui a ver quién era.

—Buenas, ¿aquí vive Yadier?

¡Era ella! Tenía grabado el relato de mi hijo que, en honor a la verdad, se quedó muy por debajo de la realidad. No por gusto se le hacía «un... n-nudo en la garganta» cuando la veía. Todo un reto, sin dudas, para cualquier novelista que se animara a describirla. Menudos dolores de cabeza les iba a dar Claudia a sus padres en unos cuatro o cinco años cuando, incluso sin quererlo, ya hubiera robado unos cuantos corazones por ahí.

—Sí. Yo soy su papá. Él está al llegar, ¿quieres esperarlo? Dale, ayúdame a terminar de preparar un batido de mamey que...

—Ay, no, disculpe —me interrumpió—. Es que estoy apurada. Solo vine a devolverle el libro que me prestó.

«De verdad que es bella, parece una estrella de cine. Mmm, Yadier no es bobo», me dije.

—Dígale que gracias, me gustó mucho —dijo y extendió la mano con un libro cuya portada casi me hizo dar un brinco.

¡Conque el libro de poemas de Pablo Neruda! ¡Mi mujer no deja que nadie lo toque! Apuesto a que fue ella quien le sugirió a Yadier prestárselo a esta muchacha. Entonces mis consejos de hace diez días surtieron efecto, aunque yo siempre pensé que tendría la exclusividad en un tema tan delicado y ahora me doy cuenta de que él, ¡de bobo no tiene un pelo!, también tenía un canal privado con la mamá. Bueno, independientemente de cuán lejos pudiera llegar mi hijo con la futura «estrella de cine», algo positivo hay que sacar de todo esto: la juventud sigue encontrando interesante la poesía. Y otro punto a favor para esta muchacha.

¡La muchacha! Pobrecita, seguía con la mano extendida.

—Oye, ¿por qué tú misma no le das las gracias? —le dije, cogí el libro, abrí la puerta del todo y señalé hacia la acera—: Ahí viene. Los dejo entonces. Ya nos veremos, Claudia.

El reflejo del alma

La primera vez que José Alberto vino a mi oficina platicamos poco. Prefirió no sentarse y se limitó a responder las preguntas de rutina que le hago a cada nuevo usuario de la red. Supongo que pensó que la creación de una cuenta demoraría menos de cinco minutos, pero ese tipo de procedimiento nunca está exento de pequeños detalles y lleva su tiempo. Yo entré sus datos en el sistema a toda velocidad, atendí una llamada y, cuando miré en dirección a la puerta, ya se había ido.

En cuestión de segundos, y sin proponérmelo, mis neuronas memorizaron su nombre y demás pormenores. Se llama José Alberto García Ramírez y está ubicado en la Dirección Técnica como especialista en gestión de la calidad.

No fue fácil superar aquella etapa de mi vida, de cuando sudaba frío al entablar conversación con los del sexo opuesto, por miedo a que sintieran lástima de mí. Poco a poco fui venciendo la timidez y aprendí a valorarme, más que todo, sobre la base de mis competencias laborales, las que he ido mejorando hasta la fecha. Gracias a este trabajo, donde llevo seis años desde que me gradué, puedo indagar con facilidad acerca de los nuevos que llegan. Tan sencillo como hacerles las preguntas del cuestionario de rutina, sin pena alguna, pues todos quieren conectarse a la red y pasarse las ocho horas en el correo, el chat e internet, menos trabajar de verdad.

Hice caso omiso a los comentarios de Barbarita, la del comedor, quien se babeó ayer cuando vio a José Alberto en la oficina del director general. ¿Para qué ilusionarme con el muchacho nuevo, por demás «irresistible», según ella? Yo justo dejaba atrás un noviazgo de un año y ahora el trabajo exigía más concentración que de costumbre. No tenía en mente, o no quería, relacionarme con alguien, al menos en un tiempo. Sin embargo, estaba consciente de una ventaja: era una de las primeras mujeres con las que cualquier nueva adquisición masculina hablaría, debido a la comentada necesidad de conexión con el mundo. Ese es uno de los privilegios de nosotros, los administradores de redes, antes de similar poder y prestigio que los del propio director, quienes aprendemos de las preferencias de la gente a partir del análisis de las trazas de los servicios.

La segunda vez que José Alberto vino a mi oficina fue a la media hora de haberse ido y apenas tardó. Inexplicablemente, había olvidado indicarle que firmara el acta de compromiso para el uso de los servicios telemáticos, así que decidí llamarlo a su oficina y enseguida apareció, dispuesto igual que antes. Noté que se demoró un buen rato en firmar la hoja impresa que le extendí, cuando la amplia mayoría firma al momento, quizá sin leer, las obligaciones que entraña trabajar en una computadora conectada a Internet. Esa vez tampoco pareció importarle lo que ya todos sabían de mí. El resto de la jornada se demoró una eternidad, mi oficina olía distinto y de milagro el teléfono dejó que mis dedos se entretuvieran con el teclado.

No pude dormirme sino hasta bien entrada la noche: a las dos menos cuarto de la madrugada seguía impregnada en mi mente la voz suave de José Alberto. Las personas con problemas visuales tenemos aguzados los demás sentidos para compensar la carencia o aptitud del máspreciado. Este joven recién llegado me atraía sobremanera, por varias sensaciones que despertaba en mí como nunca antes y que son difíciles de explicar, y eso que estuvo a mi lado apenas diez minutos y por asuntos puramente laborales.

Las cuatro horas y media que descansé fueron suficientes. No hizo falta esperar a que sonara la alarma. Desayuné como si hubiera estado una semana sin probar bocado. Aparté la camisa de mangas cortas y la saya ejecutiva —ambas seguían colgadas en uno de los percheros metálicos que utilizo para los colores claros que combinan con casi todo— y le quité el perchero plástico a la chaqueta del día anterior. Me solté el pelo y, una vez más, me alegré por no tener que dedicarle siquiera un segundo a un maquillaje que desde hacía años carecía de sentido.

Anhelaba llegar al trabajo cuanto antes, y no porque echara de menos mis tareas de administración. La razón era inequívoca, imperativa, insoslayable: necesitaba sentir la presencia de José Alberto. Estaba convencida de que lo había encontrado y, ¡vaya ironía de la vida!, era amor «a primera vista». Sin embargo, debía pensar en un argumento de peso para pedirle que volviera por mi oficina.

Antes de salir, volví a sonreírle a mi mejor amiga y única compañía en la casa, quien hizo exactamente lo mismo; otra cosa no iba a hacer. Si tan solo hubiera podido ver en ese instante cómo lucía mi rostro en el espejo de la cómoda...

A eso de las ocho de la mañana, abrí la puerta de la oficina como si hubiera sido la de mi apartamento después de haberme ausentado varios meses. Me senté. No quise perder tiempo en desabotonar la chaqueta ni organizar las cosas del buró. Mis dedos agradecieron el suave relieve del teclado, mis oídos se adaptaron rápidamente al volumen bajo de los audífonos. Enseguida me dispuse a escribir el mensaje de correo que ya había repasado en el trayecto desde la casa, pero tuve que dejarlo a medias porque se apareció el mismísimo destinatario.

José Alberto —¡lo traje con el pensamiento!— vino bañado en Hugo Boss, igual que ayer. Retiré los audífonos de mis oídos y subí un poco el volumen. Esta vez, él no tenía una excusa formal para conversar. Al cerrar la puerta tras de sí, fue directo al grano:

—Buenos días y, por favor, discúlpame que te moleste tan temprano. Es que ya sabes mi nombre, pero yo no sé el tuyo.

Era la misma voz melodiosa que me había mantenido desvelada la noche anterior y hoy me había impulsado a asumir la salida del sol con inusual alegría.

—Laura Ramírez —respondí al tiempo que intentaba disimular un creciente y raro cosquilleo en la nuca.

—Laura, eres la administradora de red más linda que he visto en mis siete años de trabajo, y mira que hasta ahora he ido por unos cuantos centros —me dijo con demasiada confianza, como si lo hubiera ensayado cinco veces frente al espejo.

El anuncio que salía por los audífonos se refería a un problema en un servidor. Me dispuse a escuchar qué ocurría en el sistema de gestión de la red, pero no los encontré donde pensé los

había dejado y tuve que tantear un buró atestado de planillas y útiles de oficina.

No sentía vergüenza o pena por mi situación. No era completamente ciega: era débil visual. De hecho, contaba con un historial de algunas relaciones, pues, modestia aparte, soy linda. De adolescente padecí una enfermedad que me afectó la visión, así que recuerdo muy bien cómo lucía hace doce años: tenía cara de actriz de Hollywood.

Solo me sorprendió que José Alberto García Ramírez, el elegido, no se percatara de mi estado desde el primer momento, a pesar de ser evidente la manera en que me comporto frente al monitor. ¿Sería una señal del destino? Los novios anteriores lo habían notado enseguida. José Alberto fue en este tercer encuentro y ahí no vaciló en preguntar:

—Espérate, ¿tú eres ciega?

—Sí, lo soy —le dije con la mayor naturalidad del mundo—. ¿Cómo no te habías dado cuenta?

—Bueno, aunque no lo creas, me había fijado en unas cuantas cosas de ti: esa chaqueta verde te queda muy bien, tienes un pelo largo que es... bello. Eres amable, rápida con el teclado, muy profesional en todo lo que haces..., hasta tu voz es linda. Pero la verdad es que se me pasó lo primero que tenía que mirar: el reflejo del alma. Y los tuyos son de un color miel que vuelven loco a cualquiera, mira cómo m-me t-tiemblan las manos. Ay, disculpa, tú no pued...

—Muchas gracias por el piropo —dejé escapar a media voz.

No llegué a rascarme la nuca, pero sí tuve que acomodarme un mechón de pelos rebeldes detrás de la oreja derecha. Hubiera querido ver sus manos, aunque me bastaba su tono, que ya no revelaba ensayos frente al espejo.

Recordó que había estado a mi lado «apenas diez minutos y por asuntos puramente laborales», las palabras que yo había pensado en la madrugada, y a partir de ahora quería conocerme. Sentí su respiración algo agitada, como si él mismo se hubiera sorprendido de haber sido tan directo. Lo miré de frente, acopíé fuerzas y le dije que en realidad no era ciega, sino débil visual, que no había nacido así, que podía andar sin bastón, aunque necesitaba ayuda para cruzar la calle. Eso no pareció importarle, porque enseguida me dijo que yo estaba a la altura de cualquier experto en informática.

En un par de minutos le expliqué el programa instalado que me permitía andar en la computadora, ¿qué sería de mí sin JAWS?, siempre apoyada en las indicaciones sonoras que, en mi caso, venían de los audífonos. Incluso le mostré cómo resolver el problema recién detectado por el sistema de gestión, culpable de prolongar la conversación para felicidad mía, y al final quedó maravillado. Su asombro había desaparecido por completo y comencé a enseñarle algunos trucos del teclado como excusa para que se quedara, pero de pronto sonó el teléfono.

Continué la improvisada clase sin ánimo de dissociarme por tan inoportuno, repetitivo y molesto sonido; ya colgarían del otro lado al cuarto timbrado.

—Bueno, Laura Ramírez —me interrumpió con tacto—, no te demoro más. Puedes atender esa llamada.

Como el teléfono seguía sonando, y yo no podía apartar mis ojos de él, desde el umbral de la puerta se despidió con una pregunta fulminante:

—¿Te has puesto a pensar qué casualidad sería si algún día tuviéramos un hijo y su nombre

completo fuera idéntico al mío?

Vivir el momento

El hecho de ser una simple auxiliar de limpieza, algo reservada y sin un físico que llamase la atención, no fue un impedimento para que él le aplicara el filtro por donde solía decantar a las mujeres que veía.

El ritual, creado y practicado por él, comenzaría con estimar la edad y la estatura de Dayana, y mirarle ambos anulares. Para siquiera ser tomada en cuenta, tendría ella que cumplir con los tres requisitos básicos: ser mucho más joven, tanto mejor si tuviera de veinte a veintinueve años, no sobrepasar los 1,70 metros, y estar desprovista de cualquier tipo de anillo que delatara una relación seria. Si ella rebasaba esa prueba inicial, vendrían otras, cada una con objetivos precisos y dependientes de los resultados acumulados. De triunfar en la tercera, entonces él la invitaría a salir.

Ninguna mujer evaluada había llegado a la tercera prueba. ¿Habría sido él demasiado exigente con ellas? Por supuesto. En el dictamen influía su relación previa, un obligado punto de referencia que enviaba su pensamiento y acción. Todavía no tenía la fuerza suficiente para renunciar a hablar con su ex, siquiera abstenerse de verla, mucho menos apartarla de sus pensamientos. Sencillamente, no estaba preparado para voltear la página o, como dicen algunos, «cambiar de libro». Era obvio que ambos se encontraban en la misma encrucijada, pero estaban conscientes de que esa situación incómoda e inestable no duraría mucho.

En el fondo, él estaba convencido de que muy pronto aparecería un nuevo amor. También soñaba con que la elegida lo quisiera de verdad y no precisamente por su musculatura. Entretanto, su ritual le ayudaría a descartar una buena cantidad de mujeres que, de lo contrario, podrían ser objeto del deseo físico y después recordaría tal cual un campeón contempla sus trofeos. Eso no le importaba. Él tenía que ir al seguro. Tenía que garantizar que solo una se adueñaría de su corazón. Y confiaba que su ritual era infalible, pero ignoraba que el amor te encuentra cuando menos lo esperas.

Dayana pasó la primera prueba con relativa facilidad. Él interrumpió el examen en ese punto e hizo lo que debió haber hecho desde comienzos de año: zafarse del lastre que impedía a su globo elevarse y ser guiado por el viento. Lo más difícil fue despojarse del anillo de compromiso, que al final vendió a un buen precio al joyero de la esquina, y escribirle un correo de despedida a quien hasta ahora había sido su única mujer. Poco a poco, fue soltando las sogas de cada saco de arena amarrado a su vida y ganó altura. En otras palabras, aprendió a recordar a su otrora pareja con alegría y como parte de un pasado que no interfería con el presente. Estaba dispuesto a empezar de cero y se sintió libre, calmado, contento, nuevo...

Al cabo de los meses recordó que quedaban pruebas pendientes en una compañera de trabajo o se sorprendió de reanudarlas sin habérselo propuesto, así era el destino.

Dayana seguía ahí: ensimismada en sus labores de limpieza. El tiempo parecía haberse detenido desde la primera prueba y la segunda se materializó distinta a lo planificado. La oportunidad se pintó sola y un viernes al mediodía quiso ir a visitar a un colega del Departamento Comercial, recién operado de apendicitis y de reposo en casa, cuando en la puerta del trabajo se topó con ella, que iba para el mismo lugar. El mundo estaba lleno de casualidades.

Caminaron juntos por primera vez y conversaron sobre diversos temas en el trayecto entre el trabajo y la casa de su amigo común a pesar de parecerle a él que todo transcurrió en segundos. Entonces sintió una extraña conexión con Dayana. No fue solamente por las dos o tres hojas secas que, en el camino, ella quiso pisar para oírlas crujir y así contagiarlo con una alegría que se antojaba tan repentina como infantil. Había algo más. Sería la manera en que ella se comportaba: ya fuera por el movimiento de las manos, las cosas que decía, quizá la sonrisa giocondina... Había algo. Y, al gastar demasiadas neuronas tratando de definir qué era, no pudo contener unas cosquillas por dentro, muy ricas, que al final despertaron su apetito. Ese detalle fue el factor decisivo que lo hizo abandonar el examen en busca de la posible elegida. Tenía que ser ella.

De regreso en la oficina, descartó los resultados de las pruebas anteriores y canceló las siguientes. Quería tratar a Dayana de una manera sincera, espontánea y desinteresada.

Al día siguiente recibió la llamada mensual de su hermana. Miriam y su marido residían desde hacía años en Montreal, con un chiquitín allí nacido. La noticia era que ella había iniciado los trámites para invitarlo a trabajar y vivir allá en Canadá. La situación dada por el nuevo empleo de Miriam le permitía ahora correr con tales gastos. Tarde o temprano, los dos tendrían que convenir en un tema discutido por correo electrónico en ocasiones anteriores. Así que, de cierta forma, él vio venir la decisión de su hermana.

Entonces se dio cuenta de que en cuestión de meses, tres a lo sumo, comenzaría una nueva vida en otro país, con una idiosincrasia diametralmente opuesta, incluso un idioma diferente. Pero él ya había recommenzado su andar la tarde anterior, al platicar con Dayana durante la visita al colega de Comercial, y a partir de ese momento la necesitaba. Mantendría entonces su disposición hacia ella, aunque en poco tiempo se iría bien lejos. Tenía que aprovechar cada minuto a su lado, como si no fueran a verse nunca más.

Los roces y contactos entre los dos se fueron sucediendo con naturalidad, sin forzar la nascente relación. Ya eran amigos del trabajo, pero a él no le bastaba eso. Ella no se daba por enterada del repentino interés de él por conocerla en un ámbito profesional y personal. Él sentía que ella era especial.

Varias mujeres de los departamentos aledaños empezaron a acercarse cuando se enteraron de que él ya estaba decidido por una y solo una. Al comentarlo con su mejor amigo, este le había dicho que era normal que ellas se sintieran atraídas por un hombre enamorado. Sin embargo, eso no le pasó a él con su anterior pareja. De ahí que esta vez pensara: «No aparece nadie y, cuando la encuentro, de pronto aparecen diez».

Por suerte, su ritual, que para él ya era cosa del pasado, también tenía contemplado qué hacer ante situaciones de ese tipo. Era el momento de comenzar la ofensiva final.

Desde hacía días tenía una idea fija en la mente y quiso asegurarse de que el tiempo estuviera a

su favor. Los escasos segundos que demoró en cargar el sitio del parte meteorológico le parecieron una eternidad. «Que no llueva, que no llueva», se dijo, hasta que apareció el pronóstico extendido para el fin de semana: mucho sol en todo el occidente. No esperó más y la invitó a la playa.

—¿En diciembre? —preguntó Dayana.

—Si no hace frío, chica. Este país es un eterno verano —repitió él la gastada frase turística—. Y no hace falta meterse en el agua, con coger un poco de sol tenemos. Hay que disfrutar el aire fresco del Caribe, conversar... Tú verás que la vamos a pasar bien. Dale, embúllate.

—Bueno, a mí siempre me gustó esa zona de Playas del Este.

Y acordaron encontrarse en Santa María del Mar.

El moderado oleaje del litoral norte advertía adentrarse hasta cubrir los tobillos con un agua fría y espumosa, aunque sugería hacerlo por la tarde. Al ser media mañana, el sol se burlaba del techo de yagua de la gigante sombrilla que escogieron y le regalaba sus rayos a la arena debajo. El aire se impregnaba de una mezcla paradisíaca de salitre, conchas y cocoteros. El remate no podía ser mejor: como aquel domingo de diciembre era la víspera de San Lázaro y el día estaba más que bello para la consabida procesión religiosa en el suroeste de la capital, tenían la playa para ellos solos.

Él notaba que, según avanzaba la conversación, se le presentaban varios detalles atractivos de Dayana, como si todo formara parte de un revelado común y corriente: el pelo ensortijado a la altura de los hombros, la trusa amarilla que pedía a gritos entrar en el agua, los muslos salpicados de arena fina, la crema protectora que justo empezaba a untarse en los brazos con una sensualidad pasmosa y la nariz, tan diminuta, que daban ganas de comérsela. Su pecho se oprimía de un modo reconfortante por el solo hecho de tenerla a su lado. En ese instante comprendió que su ritual había sido una excusa, una manera de perder el tiempo o, quizá, de entretenerse, porque contra el destino no se puede luchar. Por eso decidió no retrasar más la noticia y empezó a contarle sobre sus planes inminentes.

—Dayi, yo me voy para Canadá dentro de dos meses, a trabajar y vivir allá.

Respiró algo más tranquilo y prosiguió con los detalles del anhelado viaje, a ratos mirándola a los ojos, a ratos deleitándose con aquella piel «color cubano», como dicen algunos, que se resistía al sol y al salitre. Ella se mantuvo atenta, a la caza de su boca.

Al terminar de esbozar su proyecto profesional, le dijo:

—El presente es un regalo, Dayi, de ahí su nombre. El presente es lo único que importa y yo quiero vivirlo, como si no existiera el mañana, junto a ti.

—Entonces —replicó ella—, desde ahora, vamos a amarnos como si hoy fuera la última vez que nos veamos en esta vida.

Dayana esbozó la sonrisa giocondina, le acarició el rostro con su mano bañada en arena y acercó lentamente sus labios a unos que hacía rato ansiaba probar.

El cielo es el tope

Cinco años estuvo Lisandra en su quinto trabajo (E). Fue donde más duró. Cuando llegó allí, pensó que echaría raíces. No solo el salario casi triplicaba lo ganado en la plaza precedente (D), sino también el contenido prometía ser interesante y provechoso para su reciente incursión en el mundo informático.

Era un reto nuevo, aunque ya se había empapado en el tema meses antes de irse de D. Al presentar sus credenciales en E, solo currículum y título universitario, fue aceptada de inmediato sin muchas verificaciones. Después se enteró de que necesitaban cubrir con urgencia la plaza del especialista en seguridad, ya que el anterior había pedido la baja para irse a trabajar en una firma. Además, ella cumplía con «las competencias requeridas», las que nunca le explicaron en la breve entrevista de trabajo.

Lisandra siempre fue una mujer muy exigente, consigo misma más que con el resto. Si a ese rasgo se sumaban inteligencia, carácter fuerte y un cuerpo que obligaba a voltear el cuello al verla pasar de largo, era lógico esperar que la envidia y la mala fe le ganasen enemistades en el trabajo; situación acrecentada por el comportamiento de un colectivo mayormente informático como el de E, pues se sabe que la computadora estimula el egoísmo.

Su último año en ese centro fue una tortura. Se veía encerrada, restringida y cuestionada, hasta que descubrió que afuera existía otro mundo, se sintió competente y decidió explorar nuevos horizontes.

Su mejor amiga en E le sugirió mirar la convocatoria de plazas que había publicado F y le escribió el contacto electrónico de un vecino que tenía un cargo importante allí. Al parecerle tentativa la oferta, Lisandra quiso conocer en persona si el nuevo lugar era digno de probar su potencial. El viernes solicitó por correo entrevistarse con Recursos Humanos de F, gestión que fructificó en minutos gracias a la recomendación de su amiga, y luego pidió el lunes siguiente por vacaciones. Ese fin de semana llegó a la casa con varios artículos de Internet que prometían prepararla para su futura entrevista de trabajo. Sería otra empresa de perfil informático, pero el personal no tenía por qué ser igual.

«La primera impresión es la que vale», pensó Lisandra el lunes por la mañana al verse en el espejo de su escaparate. Entonces se recogió el pelo en una cola de caballo y abrió la puerta en busca de ropa, pero ¿cuál escogería? A la media hora llegó la decisión. El único juego que le quedaba de ropa interior sin estrenar fue lo primero que tomó. El resto fue fácil, aunque demoró casi dos minutos poniéndose el apretado pitusa blanco, el cual combinó con la blusa verde esmeralda de tirantes, los tacones blancos y una carpeta negra donde organizó los documentos relevantes. No abusó de maquillaje, crayón de labios ni perfume: lucía natural. El toque final lo dieron los aretes y el collar, casi imperceptibles a la vista de un atuendo tan modesto y elegante.

Antes de salir de la casa se refugió en la música, eterna compañera y combustible de su vida. Escogió al azar un tema en el celular, se puso los audífonos y se enfrentó a la calle, concentrada en los acordes iniciales de *Estoy aquí*.

Una vez en F, la recepcionista le indicó cómo llegar al salón de reuniones. El posible nuevo trabajo era menos suntuoso que E y, por ende, su gente parecía ser más cordial y sencilla.

En el salón de reuniones la esperaba un señor gordito, canoso, de grandes entradas y cejas pobladas, con una camisa de cuadros bella y una tarjeta de presentación que decía: «A. Morejón, Director de RR. HH.».

Ya no tendría que preguntar ni anotar esos datos. Ahorro de tiempo y correcciones. Además, en caso de que vinieran otros, buscaría la manera de alinear la tarjeta con la persona correspondiente, en una suerte de juego de cartas que solo ella entendería, para evitar confusiones. Mencionaría, indistintamente, el nombre y el cargo en el transcurso de la entrevista, no solo como muestra de educación, sino también de una buena retentiva y un trato personalizado. Todo eso formaba parte de lo que se había leído el fin de semana.

Lisandra y Morejón se sentaron frente a frente en una amplia mesa ovalada cuyo centro lo dominaba un pozuelo repleto de caramelos. Morejón le brindó, cogió dos para sí e inició la charla de manera protocolar, con un tono pausado y variadas preguntas de índole profesional y personal.

—Por fin, ¿de dónde conoces a Espinosa? Es pura curiosidad —le preguntó a ella.

—No, yo no conozco al director económico —dijo Lisandra con un caramelo en la boca—. Fue mi amiga quien me dio su correo electrónico y el mismo viernes le escribí. Veo que funcionó la palanca entonces, ¿verdad?

—Sí, bien rápido. Entre tú y yo, eres la primera persona que entrevistamos. Bueno, ¿qué papeles trajiste hoy?

Lisandra exponía sus documentos al anfitrión cuando entraron tres personas, quienes fueron presentadas en el siguiente orden: el director general, el director técnico y el jefe del Grupo de Redes. Todos lucían relativamente jóvenes, de no más de cuarenta años, quizá pelados por el mismo barbero, pensó ella y le faltó poco para reírse, y muy elegantes en sus respectivas camisas de mangas largas, arremangadas por igual a la altura del codo como si antes de entrar se hubieran puesto de acuerdo.

La bienvenida se hizo de pie. Cada saludo vino seguido de un corto estrechón de manos y una tarjeta de presentación similar a la de Morejón. Todos se sentaron y, por un momento, el silencio invadió el salón. Nadie se dio por enterado de la manera sutil en la que ella dispuso las tarjetas sobre la mesa, como si estuviera a punto de jugar solitario en el comedor de su casa un domingo por la tarde.

La entrevista continuó y, poco a poco, el peso de la misma comenzó a caer en los recién llegados, gente con mucha facilidad de palabra y un gran dominio de vocablos técnicos. Ella se sorprendió de responder con demasiada tranquilidad las preguntas que le hacían. La música que había escuchado en el trayecto a F justo acababa de transportarla a un parque inmenso, cubierto

de un césped que se diluía en su colorida blusa, y la quietud del entorno se interrumpía por los ladridos lejanos de un dálmata a la caza de una pelota lanzada por su dueño.

—¿Te parece bien la plaza de administradora en el Grupo de Redes o tenías otra cosa en mente? —preguntó el de RR. HH. con su sonrisa incansable.

—En realidad, esa es la plaza donde mejor me siento —dijo ella y entonces asestó el primer golpe—. Por cierto, ¿ustedes creen que sería posible ver la oficina de Redes o es mucho pedir?

Los artículos que había leído el fin de semana comenzaban a dar frutos. Se sentía en su medio, dueña de la situación. Los cuatro que estaban pendientes de ella aprobaban su convicción al hablar y la entrevista iba por cauces normales, pero aquella pregunta sin precedentes los tomó por sorpresa.

El director general se levantó como si la silla tuviera tachuelas, sus subordinados lo imitaron un segundo después, y entonces dijo:

—Para luego es tarde. Vamos.

Sin más dilación, salieron en busca de la escalera hacia el segundo piso; ella en el medio de la comitiva.

A Lisandra le bastó menos de un minuto para saludar con la mano a los ocupantes de la oficina prometida y mirar su contenido. Apenas atinó a comentar: «¡Esto está espectacular!», impactada por el equipamiento que se ofrecía y el frío del aire acondicionado.

De regreso al salón de reuniones, el director técnico le preguntó por qué quería irse de su trabajo, a lo que ella, poniendo nuevamente en práctica lo leído, replicó con el segundo golpe:

—Bueno, que conste que no estoy buscando trabajo. Yo me puedo quedar donde estoy toda la vida, pero esto es mucho mejor. ¿Quién no quiere jugar en el Real Madrid?

Los de F no pudieron evitar responderle con una sonrisa, aun siendo fanáticos del Barcelona.

A una señal del director general, los cuatro salieron a consultar opiniones. Antes se disculparon por dejarla un momento allí, en compañía de una humeante taza de té verde servida por la secretaria, quien había entrado y salido como una sombra.

Dos puertas adelante, en la oficina del director general, el diálogo era informal y de pie:

—¿Qué tú crees? Y no me digas que está buena, porque eso es evidente —le preguntó el director técnico con absoluta confianza a su subordinado, el jefe de Redes.

—Mira —respondió el participante más joven de aquella improvisada reunión—, ahorita cuando vine de la calle, la vi sentada en el *lobby* sin saber quién era y lo que más me cuadró es que estaba cantando, muy bajito, pero yo la oí perfectamente, una canción de Shakira, con los audífonos quitados y al mismo tiempo revisando unos papeles que traía. Yo quiero una administradora de red así: multitareas y con ese grado de concentración y, sobre todo, que le guste la música. Y no importa que no le vaya al Barça.

—Mmm —dijo el director técnico—, interesante punto de vista. Totalmente válido. Por cierto, ¿ustedes se fijaron que a ella no se le olvidó mencionar el nombre y el cargo cada vez que nos dirigió la palabra o se refirió a nosotros? Tremenda memoria.

—Tienes razón —intervino el de mayor rango en F y, poniéndole una mano en el hombro a Morejón, le dijo—: Yo sí creo que podemos beneficiarnos con su adquisición. Está bien

preparada, trae un currículum aceptable, se ve muy segura de sí misma y ¡tiene iniciativa! Además, casi no hay mujeres en ese departamento. Que no se diga que aquí no hay las mismas oportunidades para todos, ¿eh? Háganle el proceso según lo estipulado y me mantienen al tanto.

Y cada cual prosiguió sus labores cotidianas.

En el salón de reuniones, Lisandra se recostó en la silla. Sabía que los había impactado, y no por su físico. Estaba segura de que la aceptarían.

En la entrevista anterior para optar por su actual plaza de E apenas le hicieron preguntas técnicas, más bien se la comieron con la vista. «Desde que entré me están vacilando», recordó haber pensado aquel día. Pero como su línea de trabajo no tenía mucho que ver con la informática y ella necesitaba mejorar su plaza con respecto a la de D, se hizo el propósito de soportar tranquilamente las miradas incómodas con tal de que la aceptaran.

Solo que ahora Lisandra no era la misma persona. Quizá más atractiva que nunca, pero, sobre todo, una especialista muy competente, de las mejores que se podían encontrar.

Decidió sacudir la cabeza para apartarse de los malos recuerdos y detuvo su vista en un cuadro con una pintura abstracta en la pared de enfrente. Sorbió un poco del té, se acomodó el pelo y, por instinto, comenzó a tararear la canción con la que había iniciado el día. A la mitad del estribillo abandonó el tema, puesto que entró Morejón.

—Muy provechosa la entrevista, Lisandra. Vamos a analizar con mayor profundidad tu caso. El miércoles te respondo por correo, ¿está bien?

—¡Perfecto! —respondió ella y, acto seguido, propinó el tercer y último golpe—. Y yo más bien le diría encuentro, muy fructífero, por cierto, nada que ver con una entrevista, ¿verdad?

—Tienes toda la razón, Lisandra: hoy cada uno aprendió del otro. Oye, coge más caramelos.

—¡Ay, sí, gracias! Están muy ricos.

Lisandra se inclinó sobre la mesa, cogió un caramelo, vaciló un segundo, agarró dos más y entonces guardó sus cosas en la carpeta. Solo así pudo reprimir las ganas de subirse en la silla y gritar de alegría.

—Bueno, espero por su correo entonces. Por favor, me despide del resto, ¿sí? Muchas gracias por todo. ¡Que tenga buen día, Morejón!

Así se despidió de su futuro director de Recursos Humanos. Restaría alguna que otra formalidad, pero ya se veía parte de un colectivo que, hasta ahora, se había comportado de una manera muy profesional; no se le ocurría otra palabra. Estaba ansiosa por empezar en F. Trabajo nuevo, vida nueva, y este no se parecía en nada a los anteriores.

A paso apurado atravesó el *lobby* tarareando la misma melodía que había interrumpido antes y en la entrada se cruzó con un hombre que, de no haber sido por los espejuelos bifocales y el pelo negro, hubiera jurado que era Brad Pitt en sus buenos tiempos.

Aparentó no darse cuenta de que él, al verla pasar, sujetó con dos dedos el aro derecho de los espejuelos, los deslizó suavemente hacia la punta de la nariz, inclinó un poco la cabeza y entonces le dijo en voz baja: «Adiós, fea». Ella siguió caminando. Estaba loca por llegar a su casa para tirarse un rato en el sofá de la sala y escuchar de nuevo aquella canción, amplificadas por su moderno equipo de audio. Pero no pudo evitar que se le escapara una sonrisa.

A la antigua

—Fernan, ¿estás muy ocupado? —dijo mi hermano Roberto al poner la lata de cerveza en la mesita frente al televisor.

Vino a devolverme los destornilladores, pero enseguida supe que ese no era el motivo principal de la visita. De haber sabido que yo había comprado media caja de Cristal, seguramente hubiera venido antes. Ignoré su lata, ya mi mujer protestaría por el reguero, y me senté en el sofá junto a él, expectante.

—*Brother*, ¿tú crees que a las mujeres de hoy les gusten los poemas de amor? —preguntó con la misma cara que me pidió las herramientas el fin de semana.

—Claro, Robe. Eso nunca pasa de moda, aunque hoy en día no se ve mucho, la verdad. Antes el hombre era más romántico. No sé, tenía otro tipo de atenciones y gestos. Tampoco había tanta tecnología.

Recuerdo que mi primer poema lo hice en el pre. Nada del otro mundo. En un arranque de locura, me dio por escribirle versos a la noviecita de oncenos. O no fue la locura y sí los poemas de Benedetti en la clase de Literatura. Vaya, la rima me sale comoquiera. Lo cierto es que cuando estaba por terminarlo nos peleamos y al final lo guardé. A lo mejor está arriba del escaparate, con las libretas de la escuela. ¡Qué tiempos aquellos! Y a mi mujer, que se ha leído casi todas las novelas de García Márquez, de milagro le mando un correo a la semana desde la cuenta del trabajo. ¿En qué andaré mi hermano?

Él aprovechó que yo tenía la vista fija en la mesita y se levantó, cogió la lata vacía, la llevó al fregadero y desde el umbral de la cocina se desahogó:

—El lío es que no le he dicho nada todavía, Fernan. Ella trabaja en otro departamento y nos hemos saludado dos o tres veces por ahí. Me cae muy bien. Yo quería mandarle un poema y de paso invitarla a comer el sábado en el Barrio Chino, ¿qué tú crees?

—Robe, tú eres de madre. Hace un mes que te divorciaste y de nuevo estás en la salsa.

—Fernando Blanco Rodríguez, no me vengas con esa. Aquello duró lo que tenía que durar y punto. Hay que mirar *p'alante* en la vida, chama. ¡Yo solo tengo treinta y seis añitos!

«Sí, pero no acabas de sentar cabeza. Y con la que supuse ibas a formar una familia no llegaste ni a los dos años», dije para mis adentros.

Nosotros hablábamos de sus relaciones cuando él tocaba el tema; al fin y al cabo, él es cinco años mayor. Yo nunca me metí en sus cosas, ni él en las mías, aunque cada uno aceptó siempre los consejos del otro. De hecho, fue él quien me presentó a María Elena, mi mujer.

¿Cómo iba a saber que le iba tan mal? Uno se divorcia cuando los problemas se han ido acumulando con el tiempo y llega el momento en no hay más nada que hacer. ¿O se habrían peleado de un día para otro? No lo creo. ¿Y qué hubiera sucedido si antes me hubiera pedido un

consejo? No sé, pero tampoco me lo pidió. Me enteré cuando ya todo estaba decidido. Es una lástima, porque esa mujer es una buena persona. Honestamente, me sorprendió que duraran tan poco, y hasta me dolió. En cuanto a mi hermano, anda como si nada: hace un mes de la separación y lo veo igual de flaco, con mucha laca en el pelo y tremenda cara de cumpleaños.

Ansioso por escucharme, se sentó de nuevo en el borde del sofá y desde allí preguntó:

—¿Y entonces? ¿Sirven o no sirven los poemas?

—Depende.

—¿De qué, compadre?

—De cuál le vayas a mandar, Robe. Lo importante es el mensaje que tú quieras transmitir, aunque las características de la persona que lo reciba también influyen. Por ejemplo, la gente se vuelve loca con Neruda. Y con Benedetti, Lorca, Vallejo, la Loynaz, la Mistral, Darío, Borges... Yo no los conozco a todos, claro está. Mi mujer sí ha leído cantidad, pero una gran parte ha sido prestada por amistades o bajada de Internet. Tú has visto que nuestro librero es más periódico que otra cosa. Y es que, de un tiempo para acá, no hay economía que aguante comprar un libro cada vez que uno tenga ganas de leer.

—Eso mismo me pasa a mí, Fernan. Los libros están carísimos. Internet tampoco se queda atrás, ¿eh? Bueno, y ahora que lo mencionas, si fueras a recomendarme un autor o un poema en específico, ¿cuál sería?

—Robe, lo más lindo que yo me he leído en toda mi vida son los *Versos sencillos*.

—¿De Martí?

—¡Hombre! Solo que ese es mi gusto. Y, para gustos, se hicieron los colores. Por eso te dije: «Depende». Pero puedes coger cualquiera del librero, de los pocos que hay. Eso sí, tienes que cuidarlo.

—Coño, gracias, Fernan, pero no hace falta. Yo vine para saber tu opinión sobre uno que terminé anoche.

Se levantó bruscamente, sacó el celular del bolsillo y se volvió a sentar. Empezó a buscar algo en el aparato, y yo no quise esperar por él.

—Eh, ¿de cuándo a acá tú eres poeta, mi herma? —pregunté y, antes de que se molestara o cambiara de opinión, utilicé otra táctica—. ¡Ay, mi madre! Es en serio entonces, ¿no? A ver, enséñame.

—Chico, el otro día empecé uno, pero lo dejé por la mitad porque no me gustó. Resulta que ayer me levanté a las seis de la mañana con una agitación de lo más rica aquí en el pecho y tremendas ganas de escribir. Cogí el mismo poema, le cambié algunas cosas y seguí. Me pasé todo el día en la computadora y, cuando lo terminé, sentí como si me hubiera comido un pozuelo de arroz con leche de esos que hace tu mujer. Yo iba a mandárselo a Yanelis, así se llama la mimi, pero antes quería enseñártelo. Mejor te lo leo:

Déjame saborear la incertidumbre

y empezar el día con el mismo deseo

de desentrañar tu misterio,

que ojalá nunca descubra.

Déjame disfrutar la ansiedad

de mirar el reloj cada hora

para pretender eludir tu suspenso,

que espero siempre me sorprenda.

Quizá ensaye cien veces qué decirte

y después recuerde de dónde venimos

cuando te robes el aire que respire.

Tal vez repare en la inquietud,

la energía, la candidez, la alegría,

cuando mis ojos se pierdan en los tuyos,

tu boca despierte mi locura

y ayer y mañana se desvanezcan.

Preguntaré mil veces por qué me ilusiono contigo.

Otras tantas responderé,

confiado, tranquilo e inmensamente feliz:

«Pues no sé».

—¡No, Robe, te quedaste vacío!

—¿Te gustó?

—Mi herma, está muy bueno —dije y traté de recordar rápidamente los últimos cuatro versos

—. Es más, no se lo mandes. Imprímelo e invítala a comer y se lo lees allí mismo y después que

ella lo lea cuantas veces quiera. A decir verdad, yo creo que a cualquier mujer le gustaría que la enamoraran así. Vamos a leérselo a mi querida esposa, a ver qué dice. —Me incliné hacia adelante y, en dirección a los cuartos, grité—: ¡María Elena, ven acá, mi corazón!

—Ah, ¿tú ves? Ahora sí me siento mejor. —Mi hermano se recostó en el sofá, estiró las piernas y respiró con alivio—. Oye, ¿no hay más Cristal?

Con tal de complacerlo, hubiera ido hasta Santiago a pie para buscarle una cerveza, hubiera hecho la cola más grande del mundo, hubiera pagado cualquier cosa. Mi hermano lo sabía. Pero no hizo falta ir tan lejos y, en realidad, hacía rato que estaba por comprar unas cuantas para compartirlas con él. Fui al refrigerador, saqué otra Cristal y desde la sala le oí decir:

—Procura que esté bien fría.

—Si quieres, te la sirvo en un vaso y le pongo hielo, mi herma —respondí y, con cierto temor, abrí la puerta del congelador para coger el molde «sagrado», ¡quién aguantaba a mi mujer si se acababa el hielo!, aunque dos o tres cubitos de menos no se iban a notar.

—¡Tú estás loco! La cerveza no lleva hielo. Al refresco sí le puedes echar todo el que tú quieras.

«¡Mejor!», pensé y sentí como si me hubiera bajado de una guagua a las tres de la tarde de cualquier día de mayo a septiembre. Cerré la puerta del congelador. Abrí la cerveza. Mis oídos agradecieron el chasquido metálico y el efímero escape del gas. En eso mi hermano dijo con un tono de como quien no quiere las cosas:

—Ah, Fernan, se me olvidaba: me falta el título. Y mira que lo he pensado, pero no sé cuál ponerle.

Volví a intentar acordarme de los últimos cuatro versos de su poema. Esta vez tuve más suerte, incluso me pareció verlos garabateados en el piso de la cocina. Levanté la vista y, para sorpresa mía, dos palabras, que también me había leído minutos antes, brotaron de la nada, revolotearon un poco —no eran moscas ni nada parecido, lo juro— y se perdieron por la ventana. A falta de otro título, aquellas dos palabras le vendrían como anillo al dedo.

—Bueno, se me ocurre... —Alargué la pausa dramática, me paré en la puerta de la cocina y con voz de locutor de radio sentencié—: *Misterio y suspenso*.

—Suspenso te voy a dar yo, Fernando Blanco Rodríguez. Ahorita quitan el agua de la calle y falta cantidad por lavar. Eh, cuñado, ¿cuándo llegaste?

El círculo verde

Otro día más sin saber de ella. Otro día más que no me respondió. Ahí estaba la fecha de la última vez que le escribí: hace exactamente sesenta y un días. No valía la pena criticarla por eso. Ya era hora de dejarla vivir su vida, por mucho que me costara aceptarlo. Quizá para convencerme hubiera necesitado algunas terapias frente al espejo, pero tarde o temprano tendría que resignarme a respetar su decisión. Fue ella quien me dejó.

Antes fluía la comunicación entre nosotros a pesar de todo el resentimiento. En las primeras semanas que siguieron a la separación, llovieron los reproches por Gmail en ambas direcciones. Luego la distancia se hizo infranqueable cuando yo también me aparté de la tierra que me vio nacer —vencido por la soledad, abrumado con la incertidumbre de vernos de nuevo— y, en consecuencia, los correos pasaron a un segundo plano. Sin embargo, nos quedaba Facebook y muy pronto volvimos a relacionarnos con diálogos elementales, incluso un «hola, ¿cómo estás?» podía ser suficiente. Con el tiempo, los contactos llegaron a producirse solo en fechas señaladas: nuestros cumpleaños y las Navidades.

Yo me pasaba la mitad del día en Facebook, ya fuera a través del sitio web o conectado con el Messenger. Me mantenía al tanto de cuanto hacían mis ochenta y cinco amigos, y ellos a su vez sabían de mí cuando publicaba algo o conversábamos, aunque el verdadero propósito de pasar tantas horas allí era verla con un círculo verde esmeralda, de escasos milímetros de diámetro, junto a su nombre completo. Reconozco que respiraba tranquilo cuando ella se conectaba. Lo ideal hubiera sido saber cuándo lo haría, si vería mi círculo verde y, sobre todo, si me escribiría. Entretanto, no me quedaba otra que cumplir con mi parte y lidiar con el silencio, que a veces dolía más que los reproches.

El rencor te consume por dentro. Ese gen dormido que todos heredamos al nacer se despierta con los golpes que te da la vida. Por eso aprendemos a perdonar, pero casi nunca a olvidar. Y, en nuestro caso, todo parecía indicar que las heridas estaban muy lejos de sanar. Cabía pensar que, si ella me dejó, no fue para saber de mí con cierta regularidad. De ahí el silencio, el distanciamiento, la indiferencia. Sin dudas, ella tendría sus planes. Era lógico que no quisiera incluirme en ellos. Cada cual había escogido su rumbo, aunque no fui yo quien escogió el mío; más bien fue ella quien lo impuso. ¿Por qué iba a incomodarla entonces con un «hola» en un día común y corriente? De ninguna manera, la costumbre dictaba saludarnos tres veces al año: en cumpleaños y en la Nochebuena. Y es que un poco de orgullo propio me venía bien. Además, confiaba en que la suerte me ayudaría a borrar de mi mente ese nombre que comenzaba a martirizarme y, para cambiar, se apareciera con uno nuevo. Solo que, mientras tanto, yo seguía con esa idea fija de que ella me escribiera por Facebook. Lo preocupante era que la suerte me esquivaba y el «mientras tanto» amenazaba con llegar a cinco años.

Hay veces que, al escuchar cierto tipo de música, me acuerdo de aquella Navidad sin sus mensajes. Un diciembre sombrío y agitado que todavía invade mis pensamientos, por más que trate de olvidarlo. El círculo verde se ausentó desde mediados de mes y no había forma de conocer la razón. Con el transcurso de los días, el Messenger llegó a convertirse en un hábito compulsivo del cual no lograba escapar. Pasaron el 24 y el 25. Y nada. ¡Llegó el 31! Tampoco supe de ella. Me acosté en la madrugada del primero de enero con el teléfono al lado de la almohada, conectado, a la caza... Al levantarme, el maldito círculo se mantenía divorciado del verde. Aun así, la felicité por el nuevo año. A los tres días vibró el Messenger con su nombre y esa tarde por poco se me echó a perder el pescado al horno. «Disculpa, estaba en Cuba», leía su primera línea, y enseguida cobró sentido su reciente desconexión. Entonces tuve un sobresalto, que después se aplacó al revisar la fecha del pasaje que había comprado para Cuba: 10 de enero. Cabe preguntarse qué hubiera sucedido de haber coincidido ambos allá...

Un buen día me cansé de perseguir el círculo verde, como también me cansé de atormentarme con las escasas fotos que ella publicaba. No solo eso: me hastié de las tres ocasiones en que nos escribíamos al año. Perdí el interés, así de fácil. Decidido a retirarme de Facebook, ya no estaría al tanto de mis ochenta y cinco amigos, algunos de ellos imprescindibles, pero sería un paso importante para comenzar a olvidarla. El sacrificio era necesario. Afortunadamente, por esa fecha se desvanecieron los desvelos, las pesadillas y las digestiones lentas, lo cual no fue pura coincidencia.

Pasaron los meses y un viernes por la mañana recibí un correo de LinkedIn, red social que hasta ese momento apenas usaba. Entré al sitio y había una notificación de mensaje de quien antes ansiaba leer sin descanso. «Feliz cumpleaños», decía, y punto. Pero no le respondí. A partir de entonces me volvió a perturbar el círculo verde. Una vez más fui esclavo de un círculo que, a diferencia del anterior, lucía el verde solo de lunes a viernes. Una vez más estuve aferrado a los recuerdos lindos del pasado o, quizá, ciego, ilusionado con un futuro improbable. Tampoco fue coincidencia que regresaran los desvelos y compañía. Un tiempo después, rompí el silencio y la felicité por su cumpleaños. No he tenido respuesta todavía y de eso hace sesenta y un días.

Ya es hora de librarse de la maldición del círculo verde. ¿Qué sentido tiene seguir atado a quien me ignora? Basta con abrir los ojos para acabar de entender que, como mismo puede formarse un arcoíris en cualquier parte del mundo, yo también puedo llegar a enamorarme de otra mujer.

Es verdad que pasé momentos muy lindos junto a ella. Pero no estaría donde estoy ahora mismo —pensándolo bien, un poco más tranquilo desde que salió el sol y, hasta cierto punto, optimista— si ella no me hubiera dejado.

Hay que aprovechar las señales que te da la vida. La clave está en reconocerlas. Ayer al mediodía el salmón que salió del horno no duró cinco minutos en el plato: quedó exquisito. Por si fuera poco, a media tarde una de las cajeras del mercado me dejó navegar un par de segundos en el azul de sus ojos. En la noche, cerré a todo tren, ya que logré terminar *Sapiens*; de lo mejor que he leído últimamente. Y, para colmo de un fin de semana, este domingo amaneció soleado

como nunca y se pronostica una máxima de dieciocho grados Celsius por primera vez desde el año pasado.

Así que, desde ahora, cero preocupaciones por lo que pudo haber sido en estos cinco años y no fue. Hoy comienza una nueva etapa de mi vida. Y, si alguna vez volviera a obsesionarme con un círculo, que fuera con ese amarillo que nos calienta a diario, cuando las nubes se empeñen en ocultarlo.

El ligue

—Tus ojos son tan lindos como las cataratas del Niágara. Mejor aún, eres bella como un amanecer. Mmm, espérate. Eres más bella que una aurora boreal, y me quedo corto.

«¿Cuándo le habrán dado el alta al loco este?», pensó ella, aunque, mirándolo bien, parecía un tipo normal: de uniforme ejecutivo, con camisa planchada, pelado moderno y recién afeitado.

Ella se refugió en su peculiar filosofía y dijo para sus adentros: «Bueno, es natural que pasen estas cosas. Durante siglos la sociedad y la genética le han otorgado varios roles exclusivos a la del llamado “sexo débil”, pero solo uno se lleva la medalla de oro: la mujer nació para que la vacilen, le digan piropos, la deseen... Por eso necesita presumir. Habrá perdido el rumbo la que todavía no sepa eso, no lo entienda o se niegue a aceptarlo. Y no lo digo yo. Lo dicen las revistas, los concursos, las tiendas, la moda, el arte, la vida».

Por cortesía agradeció al de uniforme con una sonrisa y se diluyó en su celular. Durante los próximos veinte minutos tendría que compartir aquella mesa con un extraño si de verdad quería comerse dos ensaladas en la inigualable Catedral del Helado.

Milagrosamente, ese jueves a las cuatro de la tarde, Coppelia estaba casi vacío. Ella venía subiendo por la calle L en dirección a 23 y, al ver pocas personas haciendo cola frente a la Facultad de Economía, decidió marcar. Tenía tiempo de sobra y a esa hora el estómago no le pedía otra cosa. Dio «el último» por instinto, sin saber a quién. Cuando por fin entró, se sentó en la mesa que le indicaron, la misma que le tocó al que venía detrás. Nadie ocupó las dos sillas restantes, tampoco las tres mesas alrededor.

Cabía suponer que ella llevara la iniciativa debido a la naturaleza de su trabajo, el cual se sustentaba mayormente en citas concertadas *a priori*. Muchos recursos y tiempo había destinado para convertirse en toda una profesional. Pocos días le bastaron para aprender que la clave del éxito era adueñarse de la situación en cada momento. Sin embargo, las veces que tenía la libertad de escoger sus clientes, como hoy, se sentía más a gusto. Quizá por eso la sorprendiera este hombre que no paraba de comérsela con la vista, aunque era lógico que recibiera cumplidos con ese cuerpo escultural y tantos dólares invertidos en ropa, calzado y productos de belleza femenina.

El hombre extendió una mano y dijo:

—Marco Antonio Baró. ¿Y tú cómo te llamas, mi vida?

«Y dale con la misma... Este tipo está puesto *pa* mí desde que llegó. ¿No se dará cuenta de que estoy muy ocupada con el teléfono? Bueno, feo no es. Se ve presentable. Al menos el uniforme es del Turismo y, por la cara, diría que trabaja en la carpeta de un hotel. Por el acento, me parece que es de esa zona de Camagüey o Ciego, y esa gente siempre habló muy lindo el español. Se ve

respetuoso, educado... Pero estoy por decirle que mi tarifa es para gente con billete y, si son extranjeros, mejor».

—Mari —dijo ella para apartarse de sus pensamientos.

—Buenas tardes, ¿qué van a pedir? —interrumpió la camarera, una señora ya mayor que apareció como el genio de la lámpara.

—Las damas primero. Dale, pide tú.

—Muchas gracias. Me trae dos ensaladas de fresa, por favor.

—A mí dos de vainilla *chip*.

—Eh, ¿tienen *stracciatella*?

—¿«Estra» qué?

—*Stracciatella* es casi lo mismo que vainilla *chip*, señor. Pues sí, señorita, tenemos. Solo que en el menú de la entrada pusimos vainilla *chip*, ¿no lo vio?

—Ay, no. Borre entonces las de fresa. *Stracciatella* con los ojos cerrados.

—Mire, aquí tiene, seño. Cobre todo junto —le dijo él a la camarera.

La bella aceptó el gesto del tal Marco Antonio sin chistar. Comer helado después de una cola de diez personas en el corazón de El Vedado y gratis no le hubiera pasado nunca por la cabeza.

Tan pronto como la camarera se alejó dos pasos, Marco Antonio volvió a la carga:

—¿Dónde nos quedamos? Ah, ya. Oí que dijiste Mari algo. ¿Es María o Maricela?

—Mari, con i.

Mari nunca le había dicho el nombre completo a sus clientes, mucho menos a un desconocido en plena calle. Únicamente lo sabrían los del orden público si le pedían el carné. No hacía falta involucrarse tanto ni dar otra información personal que no fuese la necesaria. Su servicio, codiciado desde tiempos inmemoriales, consistía en brindar placer. Para ello, el abecé de una de las profesiones más antiguas de la humanidad recomendaba tener una mentalidad práctica. Dicho de otro modo, si alguien quería conversar, que fuera a ver a una psicóloga.

Y, en realidad, el Coppel es lo más parecido que hay a una guagua, incluso un hospital: lleno de gente extraña contándose todo tipo de historias. Sin lugar a duda, aquella orientación de juntar en una mesa a personas desconocidas, porque a alguien se le ocurrió que no podían dejar sillas vacías, era una incomodidad para unos cuantos. Empero, significaba una bendición para otros, como Marco Antonio, quien hoy se sentía el hombre más afortunado del mundo al quedarse a solas frente a una trigueña despampanante, de esas que cuando uno ve por primera vez tiene que decir: «Ay, mamá», y las demás veces también.

—Mari, Mari... Chica, ¿tú crees en el amor a primera vista? Te digo más: me caso contigo hoy mismo. Te lavo, te plancho, te limpio la casa, los zapatos, lo que tú quieras. Te doy masajes en los pies y en la espalda. Hasta te cocino, y mira que yo cocino rico. ¿A que tú nunca te has comido un buen picadillo a la habanera con arroz moro y tostones, eh?

Mari no se hubiera reído tanto viendo un capítulo de *Friends*. Pero en la calle ocultaba sus verdaderos sentimientos; de lo contrario, sería vulnerable, débil, predecible. Bajo ningún concepto se mostraría tal y como era, al menos en el plano espiritual. Su orgullo tenía que ser más fuerte que sus anhelos. La hipocresía tenía que imponerse sobre su orgullo. Mari contaba,

sin embargo, con un elemento a su favor: nunca había estado en una relación seria. El romance y el sentimentalismo, según ella, eran cosas de las telenovelas. Eso le quedó claro desde bien joven. Ningún novio había durado más de un mes. Novia tampoco. De hecho, en los últimos cinco años, nadie había pasado de las veinticuatro horas. Clientes, un montón de clientes. Y nada más. Es una lástima que la necesidad de sobrevivir a toda costa en aquel entorno, donde reinaba el dinero, le hubiera endurecido el alma.

Solo que ahora no se rio por dentro ni su boca fingió una sonrisa como era de costumbre ante los chistes y las demandas de sus clientes. Ahora le salió una risa espontánea, sincera, natural, y ahí mismo se le aguaron los ojos al recordar cuándo fue la última vez que se había reído tan sanamente.

Al final se aburrió del teléfono, lo guardó en el bolso sin apartarse de la mirada de Marco Antonio y sintió un deseo incontenible de seguirle la corriente con su habitual tono provocativo:

—Ah, te enamoraste. Y así de pronto, sin conocerme ni nada. ¡Qué bonito, eh! Ven acá, ¿a ti no te da pena ser más bajito que yo? Estamos sentados, pero me la juego a que tú no mides más de 1,70.

—Bueno, eso no se nota acostados uno arriba del otro.

«¡Qué tipo más divertido!», pensó ella y se volvió a reír de verdad.

—¡Ya era hora! Ahí vienen las cuatro ensaladas de estra... ¿Cómo fue que dijiste?

—*Stracciatella*, bobo.

Otra camarera fue la que sirvió el pedido en menos de cinco segundos, sin decir una palabra y prácticamente tirando el último pozuelo. La pareja ni se dio por enterada.

—Espérate, chica. Prueba mi helado primero. Fíjate que yo no lo he probado todavía.

—Oye, pero tú eres incansable. Voy a tener que creerte.

—Anda, hazme feliz.

Y por fin le dieron el uso esperado a las cucharitas de aluminio.

Tal vez fue pura casualidad que antes del primer bocado ambos adoptaran la misma posición: la pierna izquierda recogida debajo del muslo derecho y solo la punta del pie derecho apoyada en el piso.

Él comía a toda velocidad para aprovechar el tiempo al máximo y así poder seguir hablando con ella.

—Cuando yo la tenía..., es decir, cuando yo era chiquito —dijo y, en ese momento, se rio más que ella—, aquí ofertaban de veinte a treinta sabores, ¿no te acuerdas?

«Si tú supieras...», se dijo ella y, al ver que él extendía su cuchara en busca del helado ajeno, lo regañó con el enfado más exagerado que pudo mostrar:

—¡Ni se te ocurra!

—No te pongas bravita, si yo solo quería probar el tuyo.

—¡Te mato si me tocas el helado!

—¿Con una escopeta o con ciento cincuenta besos?

—Con una escopeta primero.

—Chica, ¿y no puede ser al revés?

«Definitivamente incorregible», se dijo ella. Entonces puso su sonrisa de gala y apartó su cuchara para que él saciara el antojo.

De pronto Mari sintió un alivio muy grande, como si se hubiera quitado un abrigo de piel de los caros; y este mes de mayo tenía pinta de querer batir varios récords de temperatura propios del verano. Tampoco era que hubiera viajado ni conocido el invierno, pero eso fue lo que le vino a la mente. Pensándolo bien, la sensación iba más allá y a ella le urgía aterrizar el símil cuanto antes. La idea del abrigo de piel terminó siendo un poco simplista. Ella necesitaba hurgar en su pasado reciente. No le fue difícil abstraerse y recordar, en lo que él, supuso ella, se preguntaría: «¿Qué estará pasando por esa cabecita linda?».

Tres noches atrás había llegado a la casa pasadas las doce y media y apenas tardó segundos en dejarse caer en el sofá y con un esfuerzo sobrehumano empezar a quitarse los tacones rojos recién estrenados. Su mamá le había dicho que no se los pusiera el primer día para caminar mucho, que les fuera dando uso poco a poco. Mari no le hizo caso. Una voz interna desde bien temprano en la mañana le había murmurado: «Hoy ponte los tacones rojos».

Al quitárselos, sintió que sus pies tocaban la arena de aquella zona frente al Hotel Atlántico que se conocía de memoria. El vaso de agua que le trajo su mamá le supo a Fanta de mandarina con bastante hielo. El tema de Roberto Carlos que se oía a lo lejos en uno de los cuartos era lo más parecido al murmullo de las olas.

Así era como empezaba a sentirse junto a Marco Antonio. Y eso le dio ánimo para seguir provocándolo.

—Oye, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Acabas de hacerme una, ¿no?

—Sí, tienes razón. Bueno, pero una personal, si se puede.

—Pregunta lo que tú quieras, Mari.

—¿Te puedo preguntar cualquier cosa? ¿Y me vas a decir la verdad? Mira que yo no soporto las mentiras.

—Pregunta lo que tú quieras.

—OK. Entonces mírame a los ojos y...

—En eso estoy desde hace rato, Mari.

—Y respóndeme: ¿a ti te gusta el helado con *cake* o solo?

Marco Antonio hubiera perdido de haber apostado quién aguantaría más tiempo la risa.

Al comenzar el segundo pozuelo, Marco Antonio decidió saltar hacia la fase más incisiva del ligue:

—Ahora mismo me imagino que soy ese helado que te estás comiendo. Estoy loco por que me caigas arriba.

—Déjame informarte que yo cobro por hora. ¿No se nota con este porte y aspecto?

—Este... Sí, sí, claro, ¿y qué?

—¿Cómo que «¿y qué?», papi? Tú podrás tener uniforme del Turismo y todo, pero con ese relojito barato estás *embarcao*. ¿Me vas a decir que tú tienes con qué pagarme?

—Bueno, Mari, siguiendo tu razonamiento, yo te pago para que me des placer y ojalá me hagas

sentir cosas que nunca haya sentido, vaya. De la misma manera, si yo te puedo dar placer y hacerte pasar el mejor rato de tu vida, entonces tú también me pagas a mí. Y, para no complicarnos, cada uno paga lo mismo, ¿qué te parece?

De nuevo vino la camarera. Esta vez se demoró algunos segundos en rellenar los vasos de agua del tiempo y retirar los pozuelos usados.

Mari volvió a perderse en sus recuerdos, en su lucha por la supervivencia, en el último bocado del helado, en el mañana...

A la «trabajadora social» no le preocupaban las inclinaciones sexuales de sus clientes con tal de que pagaran. En esta vida siempre hubo ofertas para todos los gustos, y cualquiera que tuviera una mentalidad de negocio estaría de acuerdo en satisfacer la demanda. Bastaba con ver los números que se manejaban en un mercado que quizá cinco años atrás ni existía. Su atractivo era singular; más bien, raro. Los clientes la lloraban. Ella era la preferida, la que mejor cobraba también. Y en eso influyó mucho la amiga del barrio, otra «trabajadora social», quien la introdujo en aquel mundo de extranjeros necesitados de afecto. Sin embargo, el éxito no estuvo exento de obstáculos y sufrimientos. Cinco años atrás, la sociedad la discriminó, marginó y ofendió de todas las maneras posibles. Incluso en la actualidad tenía que someterse al repudio de unos cuantos. Su escudo era una mezcla de coraje con ganas de vivir la vida que ella quería, aunque tuviera que remar contra la corriente.

A las claras, Marco Antonio no se imaginaba ni por asomo que ella...

—¿Y entonces? ¿Cuándo nos casamos? Tú sabes que estoy puesto *pa* ti desde que te vi. Además, nadie te va a querer como yo.

—Bueno, primero tendrían que aceptar los matrimonios del mismo sexo.

—¡¿El qué?!

En lo alto

No necesito ir al Cielo tisú,
si, alma mía, la gloria eres tú.
JOSÉ A. MÉNDEZ

Nuestro amado español recoge más de treinta locuciones para el vocablo «cielo». Las referencias a la religión, el amor y, en general, las cosas llamativas encuentran su origen en la magnificencia de esa suerte de autopista por donde vemos transitar las nubes, la luna, el sol y las estrellas y, según el lugar, las aves y los artefactos inventados por el hombre.

Los sabios de la Antigüedad estudiaron el cielo, nombraron constelaciones, estrellas y planetas y realizaron atrevidos cálculos astronómicos, pero la humanidad tardó siglos en descubrir la redondez de la Tierra, la altura de sus montañas y la profundidad de sus océanos.

La música se refugia a menudo en el carácter religioso del cielo, léase Cielo, como expresión no solo de la buena ventura en vida, sino también del más allá que debemos alcanzar al morir.

José Antonio Méndez aceptó que modificaran el núcleo de su inmortal *La gloria eres tú*, pues en la letra original contradice a Dios al no tener que ir al Cielo para reunirse con la verdadera gloria: su pareja. La versión más comercial difundida por otros cantantes dice: «Bendito Dios», en vez de «desmiento a Dios», porque un mundo tan religioso no iba a permitir la herejía de negarle al Señor el incuestionable poder de sus palabras.

Interesante dilema tuve hace unos años al conversar en el extranjero con un estudiante afgano. El tema surgió después de enseñarle una foto de mi boda y, ante una pregunta suya, decirle que no había sido por la iglesia. A partir de ahí empezó el debate religioso.

El Corán le enseñaba, entre otras cosas, a ser mejor cada día en aras de ir al Cielo y allí encontrar el bienestar deseado y la recompensa de sus actos en vida. Un ateo como yo no entendía el motivo de preocuparme por un lugar que ignoraba y del que nadie había regresado siquiera para contarle. Mi única meta en este mundo era caminar deprisa por un terraplén al encuentro de la gente y su entorno, sobre los que podría incidir en el trayecto, descartando así otra vida donde tuviera que reencontrarme con quienes había despedido para siempre cuando murieron.

De haberse extendido el debate por más tiempo, quién sabe si al final uno hubiera salido convencido de las explicaciones del otro.

Así a memoria, toda mi familia por parte de madre había sido bautizada, pero mi mamá, aun de joven, perdió la fe y dejó de ir a la iglesia. La otra cara de la moneda era mi familia paterna, pues ninguno recibió el bautismo, aunque mi papá, ya de viejo, empezó a venerar a la Virgen de la

Caridad del Cobre e incluso llegó a resguardar el dinero de la casa a los pies de una Virgencita que tenía en su mesita de noche.

Supongo que a los no creyentes todavía nos quede mucho por aprender del Cielo, como mismo el cielo pudiera enseñarle unas cuantas cosas a los que siempre han creído. Y, para confirmarlo, me remito a una curiosa anécdota de mi primer año en el bachillerato que hasta ahora casi nadie conocía.

Aquel hermoso día de mediados de febrero el calor y la humedad hicieron acto de presencia desde bien temprano, y a las nubes se les quedaron pegadas las sábanas. Fuera de eso, la mañana y el mediodía transcurrieron como de costumbre. Minutos antes de las dos de la tarde, me fui del sembrado de tabaco rumbo al campamento, distante unos tres kilómetros, en busca de otra guataca. Mis compañeros de clase se quedaron trabajando y tuvieron la oportunidad de observar un evento maravilloso, que luego me contaron varias veces con lujo de detalles.

Según mi mejor amigo, Julián Quintana, el cielo fue tornándose entre el naranja y el rojo, después aparecieron el verde y el negro y, en el momento en que asomaban nuevos colores, las tonalidades que surgieron primero fueron adquiriendo formas borrosas que al cabo de minutos resultaron ser los componentes perfectamente distinguibles de un pueblo común y corriente. Casas, terrenos cercados, calles y aceras, arbustos y árboles, un parque frente a una iglesia, un pequeño restaurante muy cerca de esta, un puentecito de hierro sobre un río, y todo lo que cualquier pueblo necesita o puede tener. Una imagen que no fuera asombrosa a la vista de mis amigos si se hubiera dibujado en un lienzo gigante en vez de incrustarse en el cielo para así robarle su histórico añil. Sin embargo, lo espectacular de tal espejismo es que no era un cuadro: venía con movimiento. Había gente, animales, carros, bicicletas, humos, flujos y todo lo que cualquier pueblo necesita o puede tener.

Parece que alguien, no me dijeron quién, había visto algo raro formándose allá arriba y en cuestión de segundos la alerta se propagó, hasta que de manera gradual todos dejaron de guataquear para mirar aquello. Muchos se preguntaron de dónde procedía tal película silente, pero muy pocos se cuestionaron el porqué. No hubo uno solo que se sentara. Nadie se movió tampoco, excepto Julián, quien interrumpió el éxtasis de contemplarlo para ir al campamento y avisarme.

Cuando Julián y yo regresamos en bicicleta al privilegiado sembrado de tabaco, testigo junto con mi grupo de tamaña y súbita proyección, el espejismo ya había desaparecido del firmamento. «Se fue como mismo vino», le oí decir a uno.

Al terminar la jornada todos retornaron al campamento, todavía impactados pero satisfechos de tener algo que contar por el resto de sus vidas. Yo me quedé un rato, con la ilusión de que allá en lo alto volviera a formarse algo parecido. No pasó nada raro y al final tuve que virar a pie y solo.

Por la noche Julián decidió empezar una de sus habituales descargas a guitarra limpia con estos versos:

Eres, mi bien, lo que me tiene extasiado

¿Por qué negar que estoy de ti enamorado?

De tu dulce alma, que es toda sentimiento...

A la mañana siguiente y frente a un surco de tabaco de casi dos cuerdas de largo, me explicó el significado de aquella hermosa canción que yo —muchacho igual que él pero ignorante de la buena música— le había escuchado por vez primera. Me dijo que el espejismo lo había conmovido a tal punto que, cuando cogió la guitarra, quiso versionar una serie de canciones que hacían referencias al cielo divino y empezó su repertorio con aquel bolero.

Entonces me confesó en voz baja que era católico, años más tarde leería sobre religión en un libro que tuve la suerte de encontrar, porque en ese momento no sabía nada al respecto, y después de un par de preguntas descubrimos que yo era ateo, término que tampoco había oído.

Julián Quintana no iba a dejar de ser mi mejor amigo por creer en algo, o alguien, y yo no. Supongo que él habría pensado lo mismo, pues enseguida volvió a hacer el cuento de la tarde anterior desde el principio, incluso con algunos detalles que, quizá sin querer, había omitido en su primera versión. Por ejemplo, y esto era crítico, a mi entender, no hubo tal movimiento, sino una sucesión de imágenes que, si uno prestaba la debida atención, iba a notar que se superponían unas a otras sin mucha coherencia, como si algún artista inexperto, según la opinión de Julián, hubiera decidido proyectar un *collage* para dar la sensación de que las cosas acontecían de manera natural y continua.

Al concluir su relato y faltando todavía algunos metros para alcanzar la mitad del surco, ya me sentía partícipe junto a él.

Nunca pudimos comprender cómo fue posible que aquel día el cielo nos mostrara a todos el esplendor azulado de una típica tarde de febrero y solo mis amigos, a tres kilómetros de allí, tuvieron la exclusividad de presenciar un fenómeno tan singular.

Treinta años después, sigo siendo de los pocos que creen en la veracidad del espejismo a pesar de no haber tenido la dicha de verlo. Sin embargo, no he encontrado una explicación, ya fuera bíblica o científica, que realmente me convenza. Todavía.

Sandokán

Mucha gente noble, de buen corazón, tuvo el privilegio de ser parte de la vida de Sandokán, aunque él no llegó a conocerlos a todos en persona. Por cierto, habría que preguntarse si alguna vez alguien le contó el verdadero origen de su nombre, entre tantas interrogantes...

La historia se gestó desde principios de los años 80. Todo comenzó con el padre, si es que así se le puede llamar.

Morales nunca leyó a Emilio Salgari. No le gustaba leer. Las películas eran su debilidad. Y, en una época donde la oferta visual era limitada, él se conformaba con los filmes de Bruce Lee y su preferido de aventuras: *Sandokán*. Veinticinco años después descubrió que el personaje que en su infancia disfrutó hasta la saciedad fue el protagonista de miniseries de televisión que, sabe Dios quién lo decidió y por qué, se condensaron y presentaron como un largometraje.

Siendo todavía un niño, sus padres le llevaron un pastor alemán de nueve meses que era la viva estampa del London de *El pequeño vagabundo*. Lo llamó Sandokán. Lastimosamente, el perro se escapó a la semana. Él apenas comió ese día. Después lloró desconsolado cuando le dijeron que un irresponsable que no prestaba la debida atención al timón lo había arrollado al cruzar la avenida a dos cuadras de la casa.

Con el tiempo comenzó a darle otra connotación a su película favorita y no tardó mucho en concientizarse con los que durante milenios habían vivido a la sombra de quien dominaba la cadena alimenticia del planeta. Así descubrió su vocación por los animales.

Al final, Morales se graduó de biólogo y empezó a trabajar en el Acuario Nacional en el Departamento de Investigaciones. Allí conoció a Margarita, a la postre la mujer de su vida y madre de sus dos hijos. Pero su verdadero interés no era la fauna marina, mucho menos el mar. La tierra, y sobre todo los grandes felinos, lo llamaban en sus sueños. Horas se pasaba él frente a la jaula del tigre en el zoológico de 26 aquellos domingos memorables. Entonces recordaba, con tristeza pero nítidamente, la famosa pelea de Sandokán en la jungla, de cuando saltó cuchillo en mano al encuentro de la bestia y salió victorioso.

Gracias al primo de Margarita, jardinero con varios años de experiencia en el Zoológico Nacional y que por fortuna él conoció en una boda, Morales pudo resolver el traslado de su centro laboral en menos de una semana. En un pacto de caballero con el jefe, se comprometió a terminar las tareas pendientes y al cabo del mes empezó a trabajar en el zoológico más grande del país.

Poco a poco se fue adentrando en aquel mundo desconocido y fue intercalando sus tareas de investigación con el estudio *in situ* de uno de los ejemplares más fascinantes de la fauna terrestre: el tigre.

Morales giraba la cabeza a ambos lados y freía un huevo al oír la frase «el rey de la selva» cuando en la casa se referían al león. Un animal de la sabana, que caza ayudado por las hembras y que, para colmo, es de menor tamaño y corpulencia que el *Panthera tigris*, uno de los depredadores más temibles del reino animal.

La oportunidad que ahora tenía en el zoológico de aprender del comportamiento en tiempo real de su género preferido era un sueño hecho realidad. Leyó cuantos materiales encontró, hizo sus anotaciones y grabaciones, consultó con los entendidos y a los cinco años se podía decir que era casi un experto en el tema. Sin embargo, el único ejemplar en existencia rondaba los veinte años, y Morales no tuvo todo el tiempo que hubiera querido para compenetrarse con aquel.

Por esas vueltas que da la vida, Margarita asistió a una recepción en la residencia de la cónsul de la India y esa noche vino eufórica. Llave de la casa en mano y sin quitarse los tacones, le contó con lujo de detalles a Morales una idea que, al amparo de cocteles y una mesa bufé, había empezado a cocinar y después se convirtió en el tema principal de la actividad. Él no se podía creer las inmensas posibilidades de esa puerta que acababa de abrirse. Cuando hay deseos de hacer las cosas, cuando hay amor y, más que todo, si hay relaciones y recursos, las ideas pueden llegar muy lejos.

Morales y Margarita, M&M's, como los llegó a llamar la cónsul, fueron los precursores de un proyecto singular. Los Gobiernos de ambos países involucraron a un sinnúmero de especialistas de ministerios, organizaciones, instituciones, empresas y zoológicos. Finalmente, se acordó llevar a cabo la propuesta de donación que había salido a la luz en aquella conversación informal entre Margarita y la cónsul. Uno de los cuatro cachorros de tigre de Bengala recién nacidos en el Parque Zoológico Indira Gandhi casi tenía una patita en el avión para La Habana.

A sugerencia de la cónsul, nombraron representante por la parte cubana de dicha encomienda a una persona de vasta experiencia en la materia y probadas condiciones, no solo humanas, sino también morales, como su apellido.

Desde el primer momento él se sintió padre de un animal que conocía por un par de fotos que le habían mostrado. Con mucha insistencia y un poco de suerte logró que aceptaran cambiarle el nombre al futuro visitante. A los diez meses de haber venido a este mundo y justo antes de separarse de mamá tigresa, el cachorro ya se llamaba de la única manera que cabía esperar: Sandokán.

Aun con la experiencia acumulada del ejemplar anterior, faltaba mucho por aprender y hacer con el nuevo inquilino. Pero esta vez sí contaban con los medios. Muy pronto se materializaría una atención especializada de primer nivel. Los preparativos de la transportación, los entrenamientos al personal cubano, las adaptaciones que se realizaron en el zoológico y demás acciones de vital importancia recibieron el apoyo de todos los integrantes de la nutrida comisión intergubernamental creada para tales efectos.

Sería menos complicada la adaptación, puesto que, a diferencia del otro tigre, este llegaba con un año de nacido. Otras ventajas eran, además de los recursos disponibles, las inmensas ganas de trabajar del personal implicado.

El «gato» llegó el día esperado. El zoológico se vistió de gala. Hicieron una fiesta que estuvo

mejor que la del último Fin de Año, aunque es obvio que el animal no se diera por enterado. Todos auguraron el inicio de una nueva era. Se había logrado una parte clave del proyecto. Solamente restaba lo más difícil: criarlo.

Los primeros meses Morales casi vivía en el trabajo, no se apartaba de Sandokán. Llegaba extenuado a la casa y, aun así, dedicaba el tiempo necesario para poner al día a Margarita antes de dormirse. Ella, con su comprensión, un espíritu a prueba de balas y un manantial inagotable de ideas revolucionarias, fue determinante tanto en la consecución de la encomienda laboral de su marido como en el propio sustento del hogar.

Una de las tantas adaptaciones que había solicitado Morales fue instalar unas bocinas pequeñas en un extremo de la jaula interior de Sandokán. Con mucha paciencia y un disco de éxitos de Kenny G de música de fondo, Morales fue entrando de manera gradual en la vida del animal. Le hablaba sobre cualquier cosa, le cantaba, le silbaba, lo miraba a los ojos, lo acariciaba, jugaba con él, lo entrenaba...

Sandokán creció tan cariñoso como el gato más cariñoso, y eso que hay mininos por ahí con cada clase de «personalidad» áspera. Ya desde su llegada tenía un gran porte: su tamaño era similar al de un dóberman, lo cual presagiaba que la altura a los hombros sobrepasaría los cien centímetros cuando alcanzara la madurez en tres o cuatro años.

Morales y todo el equipo de trabajo, aquella no era empresa de una sola persona, nunca intentaron domar a Sandokán, ni tampoco dejaron que él se impusiera. Sabían que un animal salvaje como el tigre, depredador por excelencia, no había nacido para vivir en cautiverio. Estaban convencidos de que tenía en su ADN no solo el deseo de ser libre, sino también de dominar su entorno. Por eso, desde el día en que llegó el «gato», la fórmula no podía ser otra que tratarlo con amor y, especialmente, demostrarle que lo querían. Y tuvieron muchas maneras de lograrlo, porque lo que se hace con el corazón no conoce obstáculos.

Nadie se quejó de horas extras y fines de semana, ni de las cosas que hubo que repetir una y mil veces hasta que se consiguiera el resultado deseado. Morales compartió varias sesiones con sus antiguos colegas del Acuario Nacional y aprendió mucho del trato con los delfines, conocimientos que revirtió en el zoológico, salvando las diferencias cuando fue necesario.

La cónsul, madrina del proyecto, estuvo al tanto en todo momento. Gracias a ella, se destrabaron unos cuantos paraguas, la mayoría relacionados con el suministro de recursos. «M&M's, confío plenamente en ustedes», les decía a menudo a Morales y Margarita.

La recompensa, después de un año y medio de dedicación constante, llegó aquel sábado que inauguraron la exhibición de Sandokán. El comportamiento del animal fue el previsto: no se extrañó con tanta gente nueva. El sacrificio comenzaba a dar sus frutos: el zoológico volvió a cobrar vida.

Morales no se acordaba de cuándo había cogido sus últimas vacaciones y, satisfecho con los resultados alcanzados y confiado en que la retaguardia estaba garantizada, se tomó un merecido descanso de veinticinco días con la familia en Cárdenas.

Al regreso, como de costumbre antes de las ocho de la mañana, no entró en la oficina, sino que saludó de lejos a los colegas más allegados, quienes le dijeron por señas que en su buró había

una nota importante esperando por él.

Morales postergó los abrazos y estrechones de manos.

—Vengo enseguida —dijo.

Fue directo a la jaula, la cual se encontraba en el otro extremo del zoológico. A treinta metros de ella, comenzó a silbar la melodía de su película favorita.

El felino paró las orejas y se incorporó en un santiamén. Dado por el reducido campo visual que tenía delante, estuvo en alerta durante escasos segundos. Cuando su olfato le dio la luz verde, arrancó a correr hacia la reja con el mismo ímpetu que un tigre salvaje persigue a un ciervo despavorido, esta vez completamente seguro de que era «su padre» quien le silbaba así.

Cinco minutos detrás venía el electricista con la misión «de vida o muerte» que le habían encargado los colegas de la oficina de Morales. Nada más y nada menos que entregarle la nota que desde la semana pasada le habían dejado en su buró y que, escrita a mano en perfecto español, decía:

M&M's:

Encontramos una hermanita para Sandokán.

Llámenme.

La China

Llegué a aquel grupo de séptimo grado en el segundo semestre después de un traslado de secundaria. No fue difícil adaptarme a los nuevos compañeros de clase a pesar de los seis meses de ventaja que me llevaban. Al segundo día ya había hecho migas con Rolando, un mulato alto de espejuelos y voz grave. Cuando entramos en confianza y dejamos atrás los temas de pelota y música, le pregunté cómo se llamaba la muchacha de la cara achinada.

—Mariana Wong —dijo Rolando y continuó con una noticia mala y una buena—. Es la novia de Miguelito, aunque en este mes se han peleado dos veces.

Mariana le hacía honor al apellido gracias a sus marcados rasgos asiáticos. De pelo larguísimo y mirada encendida, despuntaba a los doce años por un cuerpo muy adelantado para su edad. Yo fui haciendo amistades en el aula y comencé a tratarla como a cualquier otra, pero a distancia, ya que no quería ganarme una bronca con el novio, un rubio fuerte y alardoso.

—A lo mejor le dio el sí con tal de ligar a uno de los líderes de la secundaria —dijo Rolando—. O por capricho; ten en cuenta que se sientan juntos.

«Puede ser», me dije. Pero, mirándola de arriba abajo, no le hacía falta nada ni nadie para destacarse: era bella como una diosa.

En cuanto a mí, tenía la suerte de caerle bien, sobre todo por mis chistes y ocurrencias. Una vez me dijo a la entrada de la escuela que ella se fijaría en mí si yo fuera un poquito más alto. No supe qué responderle.

Al cabo del mes empecé a practicar voleibol en Educación Física, hasta que la vida, y no el deporte, me regaló unos centímetros a finales del curso, lo justo para rebasar en un dedo la altura de la alumna que más me llamaba la atención.

A principios de octavo formamos un cuarteto de estudio y, obviamente, no podían faltar: Mariana, su brillante idea para suerte y felicidad mías; su mejor amiga, Yanet, una gordita de piel muy oscura y dotes de dirigente, y Rolando. Probamos en las cuatro casas y acordamos quedarnos en la de Yanet, allí nos sentíamos a gusto y podíamos estudiar entre semana. Los encuentros resultaron ser satisfactorios, éramos cuatro adolescentes ávidos de aprender y aprovechar el tiempo al máximo. Yo no perdía la oportunidad de mirar de reojo cuán bien le quedaba a la China aquel apretado *short* de mezclilla.

Un domingo fui a su casa para avisarle que el lunes tendríamos repaso por la tarde. Un muchachón fuerte, de pelo rizado y algunos años mayor que ella, atendió la puerta. No hubo ningún afecto en la manera que me trató la China. Tardé un minuto en saludarla, darle el recado y despedirme.

Ese incidente me descompuso, como si me hubiera subido en una montaña rusa después de haberme tomado un refresco gaseoso. El asunto es que yo no me decidía a declararme. Me

gustaba la China y nos llevábamos bien, pero tenía miedo de ser rechazado si le decía lo que sentía o, peor, no quería estar en boca de toda la escuela si por casualidad sedujera a una de sus atracciones. Tendría que arriesgarme entonces. No, tenía que luchar por lo que quería. Trabajo me costó dormir esa noche.

El lunes por la mañana me armé de valor. En la puerta de la escuela y delante de unos amigos, le dije: «Oye, ya yo soy de tu tamaño», y pareció no oírme. De hecho, no fui claro. Empecé con una frase que mostraba muy poco interés y desperdicié un posible diálogo que hacía rato tenía en mente. Chiquillo, al fin y al cabo, no seguí insistiendo después de sufrir la derrota en la batalla inicial. Debí haber escogido otro lugar, otro momento, otras palabras... Por la tarde no quise ir al repaso y fui para la casa a pensar con calma qué le iba a decir al día siguiente.

La prueba fue en el primer turno y no pudimos conversar antes. Ya en el aula, se sentó por primera vez a mi lado. Al minuto de empezar a escribir en su hoja, me pidió prestada la goma de borrar con su habitual sonrisa seductora. No entendí por qué usaría la mía si la suya era mejor, ni por qué había sido tan evasiva cuando estuve por su casa.

Al terminar la prueba todos salimos al patio. Allí le dije a Rolando que Mariana, a pesar de tener novio, jugaba conmigo y yo cortaría de cuajo: dejaría de hablarle. En principio, un absurdo malentendido que debió resolverse personalmente en cinco minutos lo llevé al extremo de no dirigirle más la palabra.

Y pasó el tiempo.

A la semana, y faltando poco para que se acabara octavo grado, no tenía yo ninguna intención de abandonar un empecinamiento que, al entender de cualquiera, carecía de sentido. En noveno estuvimos en aulas y sesiones distintas, ella por la tarde. No la vi en ese curso.

Y siguió pasando el tiempo.

Cuando entré al preuniversitario me dejé arrastrar por la costumbre. A pesar de haber caído en aulas contiguas, no di mi brazo a torcer. En esa nueva etapa de nuestras vidas, Mariana lucía celestial: más linda que nunca, con el pelo corto y unos ojos rasgados espectaculares. Indeciso ante el bache de un año y medio sin saber de ella, me resignaba a mirarla de lejos, toda una mujer y quizá la sensación del pre. Incluso la imaginaba dando el primer paso, rompiendo el hielo. Pura fantasía.

La mayoría de mis buenos amigos no quisieron, o no pudieron, entrar al pre; como Rolando, que se fue para un tecnológico. El resto cayó en otras aulas, como Yanet, que tuvo la suerte de seguir con Mariana. Pero nada de eso importaba: el pre era una tortura con la China, y sin ella también.

En décimo grado, Mariana se apuntó al equipo de ejercicios aeróbicos y llegó a clasificar para las competencias provinciales. Las exhibiciones de aeróbicos eran el furor de la época. Yo no me perdí ninguna. Iba a verla. Ella no lo sabía.

El coliseo de la Ciudad Deportiva podía albergar quince mil almas, la música de fondo levantar de sus asientos a la eufórica audiencia, la coreografía mostrar a doce muchachas en perfecto sincronismo y otras tantas sensaciones que puede producir un evento deportivo de tal magnitud, ninguna de las cuales yo disfrutaba. Sencillamente, me hallaba solo en la grada mientras la China

bailaba en silencio para mí. Entonces vestía el *short* de mezclilla y una blusa azul con las letras fosforescentes: «Anda, ven», que recordaban la famosa canción de Los Van Van, pero todo esfuerzo por levantarme de la butaca era inútil.

A Mariana le tocó un campamento a tres kilómetros del mío en la primera escuela al campo del pre. Los domingos, los seis que allí estuvimos, embullaba a mis compañeros a caminar esa distancia con el pretexto de divertirnos en el viaje y compartir con la gente del otro campamento, pero el propósito era que ella me viera venir a pie de tan lejos. El tercer domingo presencié un encuentro que le echó más leña al fuego: el último novio que le conocí, el de pelo rizado, iba a su encuentro con un ramo de flores, y ella, al verme unos metros detrás, sonrió de pronto y fue corriendo a abrazarlo, rebosante de alegría.

Cada cual siguió su camino y en duodécimo coincidimos en la tercera escuela al campo. Un buen día, en pleno lavadero, recuerdo que tenía ocho pilas y quedaba detrás de los albergues, Yanet, nuestra amiga común, me pidió cantarle una canción. Todos sabían que me gustaba el inglés, pero solo mi China tenía predilección por aquella rara canción de la secundaria. Entoné los primeros versos del tema mientras la verdadera solicitante aparentaba enjuagar algo en el otro extremo del lavadero, con su vista fija en el chorro de agua fría.

Esa especie de tertulia improvisada se repitió alguna que otra vez y, cuando intentaba hablarle, chocaba con una pared de concreto que me hacía desistir al momento. A ratos, los ojos rasgados con los que soñaba despierto dejaban de mirarme y, en su lugar, centelleaba el recurrente cartel: «Anda, ven». Era por gusto, no tenía fuerzas para ir.

La última semana de aquellos cuarenta y cinco días estuve a punto de hablarle. El frío era insoportable en esa parte de Pinar del Río y los labios se me cuarteaban a cada rato. Yanet, otra vez ella, me dijo que le pidiera a Mariana un crayón labial medicinal que tenía para esos casos. De nada me valió el dolor constante al abrir la boca, incluso la sangre. Tuve que aguantar las molestias. No supe cómo pararme delante de mi China.

Al regreso de la escuela al campo, la de mejores notas del aula y yo nos hicimos novios. Desde antes, Anabel me miraba tanto que ya había descubierto mi secreta lucha por Mariana, pero siguió adelante, no sin ocultar sus celos. Anabel siempre me había caído bien. Además, estar con la más inteligente tenía sus beneficios.

A mediados del curso empecé a jugar ajedrez en casa de uno de mi círculo de preferencia, ya que «el objetivo» vivía en la otra esquina. Le sugerí a Emilio jugar en el portal, y no en la sala, para desde allí tener la posibilidad de ver a mi China en su medio, fuera del entorno escolar. No tuve suerte. Nunca la vi pasar.

Una tarde, al terminar las clases, bajé rumbo a la salida por una de las cuatro escaleras que comunican los dos pisos del edificio de la escuela. Y nos vimos.

Subía apurada. Al parecer había olvidado algo en su aula. Me miró una inmensidad los tres segundos que duró toparnos en sentidos contrarios. Siguió de largo y casi llegaba al final de la escalera cuando desde el descanso la llamé por su nombre. Detuvo el ascenso, se volteó y esperó a que yo retrocediera los escalones que nos separaban.

A menos de un metro, puse suavemente mi mano sobre la que ella descansaba en la baranda y

le dije:

—¿Tú crees que podamos ser amigos de nuevo?

Respondió que sí. No solo eso, me regaló una sonrisa sana que hizo encenderse las luces de la planta alta, callarse la inevitable bulla de los alumnos al salir de las aulas y pintarse las paredes de un blanco igual al del mármol de la escalera. Su voz era tranquila y no mostraba rencor, como si el pasado no existiera. El popular «efecto bala» en *The Matrix* ya lo había experimentado años antes de estrenarse la película y ocurrió aquel instante a su lado.

A partir de esa tarde me quité un gran peso de encima. Entonces se desvanecieron para siempre las recurrentes letras: por fin anduve y fui. Pero hasta ahí. Nos saludamos varias veces en lo que quedó de curso, siempre restringidos por una formalidad desconcertante, como si fuéramos dos extraños; quizá porque Anabel era muy celosa y mi China, según las malas lenguas, estaba con un novio nuevo.

Empecé la universidad y no supe más de la China. Nunca tuvo teléfono, tampoco la visité ni estuve cerca de su casa. Con nuevos amigos y el peso de unos estudios intensivos, pasé cinco años sumergido en otro mundo, hasta hoy.

Mañana es la graduación, y la emoción de recibir tan importante título no logra privarme de escribir brevemente, y en eso estarán de acuerdo conmigo, sobre la única muchacha de la que me he enamorado en toda mi vida.

Los Suplai

Quien tú amas
te ama de tantas maneras.
GRAHAM RUSSELL

Así los llamaba mi abuela por parte de padre, que en paz descanse.

Tanto yo los ponía en la casa que por cansancio no me decían nada. Eran un himno obligado cada día, a todo volumen. Después vino la época del disco compacto en nuestra familia, mucho después de difundirse en Cuba, y aumentó la variedad del repertorio, pero siempre se mantuvo, a toda costa, su música melodiosa.

Estaba en quinto o sexto grado cuando escuché por primera vez una canción de ellos, de la voz de mi hermana. Ella nunca se dedicó al canto, pero a mí me gustaba como cantaba. Recuerdo que fue *The one that you love*. Un tiempo después, cuando oí la original, no me gustó tanto como la versión que conocía, ¿pueden creerlo?

Los temas se fueron sumando en aquellos casetes TDK sin orden cronológico y se empezaron a oír en la casa, puestos por mi hermana, ya que yo le llevaba la contraria, sin una buena razón, solo porque eran sus favoritos. Hasta que se hizo sentir su difusión en la radio y la televisión y la gente a cantarlos y mi hermana a ponerlos mucho más. Una vez le rompí uno de sus casetes durante una discusión. Entonces se viró la tortilla y me enamoré de ellos.

Air Supply ha sido mi vida desde los doce años y, como tal, seguirá siendo un sello distintivo de mi personalidad.

En la secundaria comencé a ver las letras de sus canciones, una buena vía también para adentrarme en el idioma inglés. Muchas eran conseguidas por compañeros de clase de mi hermana, sabe Dios de dónde las sacaban, y algunas tenían errores que más tarde detecté. Todavía guardo la libreta amarilla, la primera mitad manuscrita con The Beatles y la segunda con Air Supply.

En noveno grado me sabía de memoria más de treinta canciones, lo mismo las cantaba a capela que las escribía de carretilla. Una mañana, en el cambio de turno, llené la pizarra de canciones, y la gente me miraba y se preguntaba cómo era posible que yo perdiera el tiempo con tanta bobería. Todos me identificaban con la banda y decían que cantaba igual que el Chiquitico, así lo llamaba yo, pero hasta ahí, nada serio, incluso me criticaban que no conociera los nombres de sus integrantes.

El primer álbum que tuve de los Suplai, de acetato y usado, fue el *Hearts in motion* de 1986 y vino de la mano de un profesor de idiomas a finales de noveno grado; regalo que me tomó por

sorpresa. La carátula me llamó mucho la atención, una foto preciosa, pero seguía sin conocer los nombres de los músicos porque en los créditos no había nada que dijera quién era quién. A pesar de que la primera pista, *It's not too late*, sonaba rallada al principio y en el estribillo, aquello era la sensación en un tocadiscos Radiotecnica. Todavía lo conservo, al elepé, claro. Del aparato ruso solo mantuve las bocinas por su magnífica respuesta de frecuencia.

El preuniversitario fue otro escalón en el conocimiento y llegué a memorizar alrededor de setenta canciones. De casualidad me topé con un profesor de Física que era un experto en guitarra y canté, en pleno albergue de una escuela al campo en Pinar del Río, el supertema *Lost in love*, a dúo con un amigo del aula. Lo hicimos varias veces, siempre en un marco reducido. Los entendidos en música me daban la razón cuando decía que el empaste de voces de la canción original era sencillamente bello.

Por aquellos tiempos conocí a un amigo de mi prima que ya cantaba en una banda como aficionado por ahí. El mismo tema lo volví a cantar con él en mi casa y en la de mi prima. Muy bien nos salió las dos veces que lo hicimos. Lástima que no exploté más aquella oportunidad.

Un buen día compré el *Greatest hits* del 83, también de acetato y usado. Al revisar los créditos de la cubierta del disco, vi fotos y nombres: Graham Russell, a quien llamé el Rubio alto, compositor de una buena parte de los temas, y Russell Hitchcock, el Chiquitico y voz líder, con lo lindo que canta...

La novia del pre, con el tiempo hemos quedado como grandes amigos, me invitó a su boda años más tarde y allí me pidió cantar, junto a un grupo que allí tocaba, el tema de siempre y *Making love out of nothing at all*. Después me ha traído desde Miami cuatro CD que cuido como si fueran de oro. La amistad que cultivamos nació del mismo gusto que tenemos por la famosa banda. Ella los ha visto en conciertos en varias ciudades de Florida y a cada rato me manda fotos y noticias.

No hubo una sola fiesta en La Habana de los 80 del siglo xx donde no se haya puesto al menos una canción de Air Supply. Y cualquier selección de baladas que se haya compilado de manera extraoficial siempre incluyó un tema de ellos.

También era común que en las clases de inglés se pusieran canciones de Air Supply para facilitar el aprendizaje del idioma, puesto que el acento de Hitchcock no tenía un dejo ni muy americano ni muy británico: se le entendía todo o casi todo.

Un día me enteré de que la banda se había disuelto en el 87 y fue como haber perdido a un ser querido. Pero retornaron en 1991.

Fanático empedernido, lo primero que hice al descubrir Internet a finales de los 90 fue revisar su sitio oficial e imprimir todas sus letras. Entonces pude conocer que la primera grabación del dúo de origen australiano fue en 1976 y se hicieron famosos cuando irrumpieron en las listas de la *Billboard* en 1980 con cuatro sencillos de su álbum *Lost in love*. Luego la gente cambió su preferencia en los 90, aunque los discos del 91 y 93 y del concierto en vivo de 1995 bien vale la pena escucharlos. Del 2000 al 2010 tienen tres álbumes de estudio, con temas bellísimos pero prácticamente desconocidos.

Russell Hitchcock, el Chiquitico, grabó tres discos en solitario, siendo el epónimo de 1988 el

más popular. También grabó el sencillo *Swear to your heart*, que tuve la suerte de oír cuando los frentes fríos de 1990 y 1991 empujaban las estaciones de FM desde los cayos floridanos al radio Ritmo que tenía en el cuarto de arriba de la casa.

Yo sufría tratando de cantar como el Chiquitico. Una voz limpia, dulce, ¡y potente!, pero demasiado aguda para mí. Esos registros altísimos, que alcanzaba en la mayoría de los temas, eran imposibles. Así y todo, intentaba imitar su fraseo cada vez que podía.

¿Y quién me iba a decir que se cumpliría mi sueño de ver a los Suplai en vivo?

Estuvieron aquí en La Habana en julio del 2005. El concierto que dieron en el Malecón no me lo perdía ni muerto. Debía comenzar a las 9 p. m., pero se retrasó una hora y media porque a las nueve menos cinco cayó de pronto una clase de aguacero. Nadie se fue. Resistimos la lluvia a los acordes de *Hey Jude* que se amplificaban en ese momento y a las diez y media de la noche empezó la locura.

Yo estaba cerca, a menos de veinte metros del escenario. La primera canción era nueva para mí, algo impensable, pues las conocía todas, y tenía una melodía bella. Se llamaba *Remember me* y no he podido encontrar la letra, tampoco la he escuchado de nuevo. Siguieron con una versión de *Even the nights are better* cuya introducción me sorprendió, a tal punto que llegué a reconocer el tema después del tercer verso. Luego vinieron las restantes archiconocidas, todas cantadas por todos, mención especial para la versión acústica de *Two less lonely people in the world*. Ellos nunca se imaginaron que habría un público tan grande y entusiasta, que cantara a la par de ellos y que estallara como fuegos artificiales cuando los dos Russell se diluyeron en el gentío a los acordes de aquella primera canción que escuché de niño, *The one that you love*, su único número uno en las listas de Billboard Hot 100 Singles. El último tema, *Good night*, nos dejó gritando por más, deseando que nunca dejaran de cantar. Se veían emocionados, la energía de todos les llegó —en realidad, un artista no podría obtener mayor recompensa— y el concierto fue mágico. Gracias a mi apoyo y ánimo, mi novia aguantó aquella masa de algarabía y música antológica que terminó pasada la medianoche.

Según Internet, ese es su récord de asistencia para un concierto: más de cien mil personas. El día siguiente se suspendió por el inminente ciclón, pero prometieron volver. En todos los medios cubanos, el concierto fue el suceso de la década. Un tiempo después lo transmitieron por la televisión y lo grabé en VHS. Años más tarde supe de YouTube y, desde entonces, lo veo cuando me cae el gorrión y me da por pensar en mi abuela paterna y mi etapa de adolescente.

Hoy formo parte de un proyecto musical, todavía en ensayos, que me tiene muy entusiasmado. Buscaban a alguien que dominara el inglés, y yo estaba loco por cantar en un grupo de *rock*.

Pretendemos darnos a conocer con *covers* de los clásicos y algunos temas propios en español. Lo primero que montamos fue *Come together*, la pista con la que comienza el legendario *Abbey Road* de los cuatro dioses de Liverpool. Tuve que echar mano a la libreta amarilla de la secundaria. Ahí estaba la letra, esperándome, pero me costó trabajo memorizarla de tan rara que era.

Resulta que, luego de revisar una buena cantidad de temas candidatos, mis músicos le pusieron la tapa al pomo al posible repertorio cuando desempolvamos *Lost in love*. A mí, que no hay que

pedirme dos veces una canción de los Suplai. Por supuesto que no hizo falta buscar la letra, hasta dormido la recitaba. Al terminar el ensayo, sentí como si hubiera viajado veinticinco años al pasado. Y ahora me dicen que canto igual que el Chiquitico, ¿en serio?

El hijo del arcoíris

Una de mis tantas obligaciones de padre es velar por que mis hijos les dediquen a la televisión y la computadora el tiempo estrictamente necesario, el que les sea útil para su formación. La candidez y honestidad que caracterizan a los más pequeños de la familia a menudo se ven afectadas por el abuso de estos y otros adelantos tecnológicos, los que, además, penetran nocivamente en el sueño a edades tempranas como las de Anamary, la niña, y Amaury, el niño.

Por eso, de noche mantengo la tradición de mis viejos, que a su vez heredaron de los suyos: antes de acostarse, lo último que procesan mis dos hijos es un cuento infantil que les leo y adorno con mi imaginación. Solo que hoy no tenía ningún libro nuevo a mano y la reducida e inocente audiencia esperaba impaciente al amparo de sábanas, almohadas y muñecos de peluche. Con todo y eso, empecé diciendo:

Había una vez un joven que todavía no sabía cuál era el color que más le gustaba...

—Papi, ¿sin libro? —interrumpió Anamary y, al ver que Amaury, su hermanito, la reprendía con la mirada, prefirió acurrucarse y no hacer más preguntas hasta llegar el final.

Un tiempo atrás nuestro joven era un niño, igual que ustedes, y fue creciendo y conociendo la vida, pero no encontraba su color. De chiquito, su mamá lo vestía con lo menos difícil de conseguir y a la vez diferente de su hermana, tres años mayor. Lo que más él recordaba de su ropa infantil no era a través de fotos, ya que la mayoría eran en blanco y negro, sino por un puñado de diapositivas en colores que su papá solía poner en un antiguo proyector mecánico, como el que tenemos en el garaje, ¿se acuerdan?, y en ellas no había un tono que se repitiera, nada que llamara su atención.

Nuestro niño fue a la primaria, después a la secundaria y, cuando de joven entró en el tecnológico, seguía sin saber cuál era su color favorito.

Allí tuvo una novia que fue muy importante en su vida y a ella le encantaba el azul, en todas sus tonalidades, especialmente el azul cielo, ese que por la mañana miramos allá arriba cuando no hay nubes. A partir de ese momento, a él comenzó a gustarle el azul y dejó de importarle otro color si, por ejemplo, quería un pulóver o una camisa.

Pasó el tiempo y un día su prima le regaló un pantalón blanco que llegó a ponerse semana tras semana, no quería vestirse de otro color. Cuando intentó combinarlo con tenis y pulóver blancos, su mamá le dijo que, si salía así para la calle, lo iban a confundir con un santero. También podría ser un doctor, un panadero, un marinero, un piloto, incluso un esgrimista, pero siempre iban a prevalecer los criterios religiosos y era mejor

evitar preguntas y falsas suposiciones. Pronto se dio cuenta de que el blanco se ensuciaba con facilidad y empezó a buscar otros colores menos claros.

Por aquellos días notó que su hermana, ya toda una mujer, gustaba de vestir de verde olivo y *beige*...

—Pipo, ¿y el *beige* qué cosa es? —interrumpió mi hijo, y ahora era su hermana quien lo miraba con cara de pocos amigos.

—El *beige* es un color cremita, machi, como el de la silla de mimbre que tenemos en la sala.

Siempre me había gustado que hicieran preguntas. Eso era señal de que estaban prestando atención. Pero, sin un libro delante, no iba a ser fácil retomar el hilo. A menos que conociera el cuento como la palma de mi mano.

Pues a su hermana le quedaban muy lindos el verde olivo y el *beige*, ya que hacían juego con su pelo castaño. Antojado él, decidió cambiar para el verde olivo y poco a poco llegó a tener tres mudas de ropa de ese inusual color. Hasta que tuvo que pasar el servicio militar y, de tanto ponerse el uniforme de guardia, se aburrió del verde.

Un amigo del tecnológico que vivía en su cuadra tenía una camisa de mangas largas rosada y, cuando nuestro muchacho vio una similar en un perchero, se interesó por ella. Fue la hermana, junto a él en aquel recorrido por las tiendas, quien le comentó en voz baja que el rosado era un color más bien para las mujeres o al menos se veía raro en los hombres, según la opinión de la gente, decía ella. Él seguía sin encontrar su color.

Un sábado los amigos del barrio lo invitaron a un concierto de *rock*, de esos que tienen guitarras eléctricas y gente con pelo largo, y no supo qué ponerse para combinar con ellos. Su mejor amigo le prestó una camisa negra que parecía una extensión de su pelo y así pudo ir. En el teatro, la mayoría vestía de oscuro, y él se diluyó en aquel mar negro como uno más. Esa noche descubrió cuál era su mundo. Después de una semana, nuestro joven ya adulto se decidió por usar el negro.

Desde entonces ha tenido ropa negra, comprada por él o regalada por familiares y amistades, que saben que el negro es su tono preferido. No faltaron quienes le preguntaron si venía de un velorio o si era el Zorro; él ignoraba los comentarios de la gente. El negro lo hacía lucir más flaco y en el verano se sofocaba, pero era el color que lo hacía feliz, ¡por fin lo había encontrado!

Pasaron los meses y se hizo novio de una muchacha. Al segundo día de verse en el parque, notó que ella repetía el rojo y le preguntó por qué. Ella le dijo que era su color desde niña y casi siempre lo vestía. Luego le comentó que el rojo simbolizaba el fuego y, por ello, representaba la energía, el coraje, la pasión en el amor y muchas cosas emotivas, además de que pegaba con su pelo rubio natural. Él le dijo que el suyo era el negro, pero recién lo había descubierto y no sabía qué significaba. Ella le explicó lo que conocía del mismo y a partir de ese día salieron combinados: ella de rojo, él de negro.

Y, colorín colorado, este cuento se ha acabado.

—Mira a tu hermanito: está rendido, se perdió el final. Duérmete tú ahora, mi amor.

—Papi, ¡qué cuento más lindo! ¿Cómo se llama?

—Se llama..., a ver..., se llama *El hijo del arcoíris*. Sí, así mismo.

—Ese nunca lo habías hecho, papi. Ay, sí, llévate la almohada esa.

«Me la puso difícil», pensé, al ver que un pie de mi hijo reposaba como una mariposa sobre la almohada. Si se despertaba, ya no me quedaban cuentos debajo de la manga. También tenía que pasarlo para su camita, por muy refugiado que se sintiera al lado de su hermana. Mejor le dejaba esa tarea a la mamá, que siempre tuvo mejores manos para esas cosas. Yo ya había cumplido con la mía.

—Papito.

—Dime, mi vida.

—A mami le gusta mucho el rojo, ¿verdad?

—Bueno, así a memoria, desde el primer día que la vi.

—Y tú también te pones mucho el negro.

—Oye, tú te fijas en todo.

—¡Papi, ya yo estoy en segundo grado!

—Sí, ya eres grande, Anamary.

«¡Ay, papá, los hijos te sorprenden cada día! Y llegará el momento en que tú aprendas de ellos», me dije.

—Bueno, mañana me vuelves a hacer el cuento.

—Cómo no, mi vida. Si te gustó tanto...

—Papi, ¿y por fin qué significa el color negro, eh?

—Mejor lo dejamos para mañana, mi niña linda. Que duermas bien. ¿Te apago la lamparita?

Si no creyera en la locura
de la garganta del sinsonte.
SILVIO RODRÍGUEZ

Las aves, y por extensión los pájaros, son una maravilla de la naturaleza. Existen miles de especies en nuestro mundo y lamentamos que haya tantas que hoy solo vemos en libros o están en peligro de extinción.

En Cuba somos afortunados de tener una gran variedad de pájaros, y unos cuantos son endémicos. Solamente hay que ir al campo para comprobarlo, con un poco de suerte. Incluso la charada de la lotería, que jugamos cuando se puede, les reserva el número cuarenta y siete.

No hace mucho vi cerca de la playa de Jibacoa a un tocororo, nuestra ave nacional, aunque resulte difícil de encontrar por todo el país. Al carpintero verde y a la cartacuba los vi de casualidad allá por Viñales, en el medio del monte. Una vez cogí a un sijú en su propio nido, un hueco sospechoso que había en una ceiba a la entrada del campamento de la escuela al campo, y después lo solté. De tipo decorativo sí he visto cantidad, pero siempre detrás de una jaula, como los graciosos periquitos que tiene una tía mía o los agapornis del carnicero. También en cautiverio he podido apreciar canarios, azulejos y tomeguines del pinar, quienes se disputaban el protagonismo en la pajarera de Infanta y San Rafael, a la que fui dos o tres veces de muchacho.

De niño recuerdo las anécdotas de mis abuelos paternos sobre la cotorra que tuvieron en el patio de aquel pueblito de Las Villas. Contaban que le habían cortado algunas plumas de un ala para impedirle volar y toda esa energía contenida la empleaba en repetir a la perfección cuanta palabra le dijeran. Mi otra tía, que casualmente vive en el Cotorro, tuvo una cotorra que duró casi diez años y era experta en chiflarle a la gente que veía pasar por la acera.

Mi barrio tiene su encanto. A pesar de estar en el municipio más poblado de la capital, es testigo de un sinnúmero de aves. Y no precisamente por las garzas, las golondrinas, los cernícalos y las tiñosas que vemos volar bien alto. Mi casa, con su patio de hierba alrededor, es la escala obligada de muchas: un zunzún en busca de las flores que cuida mi viejo, una pareja de totíes a comer lo que encuentren, los omnipresentes gorriones que esperan por el arroz escogido al mediodía, además de bijiritas y mirlos, tórtolas de collar que desorientan la antena de televisión, palomas domésticas que sufren para evadir las piedras tiradas por los «educados» niños que dominan nuestras calles y, mágicamente, sinsontes.

De todos, incluyendo la fauna de afuera, el pájaro que prefiero es el sinsonte. De colores alternados en gris, negro y blanco, un tamaño sobre lo pequeño, gran agilidad y valentía para

enfrentar al posible enemigo y proteger lo suyo, sobresale por lo bárbaro de su canto. Hace lo que quiere con la voz, como Luis Miguel. El macho es el que canta y, si está callado, se distingue con facilidad porque tiene más blanco en sus alas que la hembra.

En la casa de El Vedado tuvimos uno. Era inmenso y muy blanco. Mi papá lo recuerda mejor, pues yo era chiquito «y del mango me chupaba la semilla», como dice el dicho. Me acuerdo del día que se escapó. Había aprendido a abrir la puerta de la jaula con el pico.

En la actual casa tuvimos el segundo sinsonte y tengo el orgullo de haberlo traído. Venía de la secundaria cuando se me cruzó en la acera, un crío todavía. Lógicamente, no quise dejarlo allí, indefenso, a merced de cualquier peligro, y después de algunas maniobras pude atraparlo. Mi mamá puso el grito en el cielo al verlo, pero mi papá dijo muy tranquilo: «Es macho». Le buscamos la jaula del anterior y, con el tiempo y mucha paciencia, le enseñamos a valerse por sí mismo.

Si poníamos la jaula en el patio, otros sinsontes silvestres podrían traerle alimentos envenenados para no sufrir viéndolo enjaulado, según la creencia de la abuela, o bien los gatos de enfrente se darían banquete, como alertó mi mamá. Por eso decidimos ponerla en el portal acristalado, el lugar más concurrido de la casa, además de ser la vía de entrada habitual.

Sinson, así lo llamamos, enseguida se acostumbró a nuestra compañía. Podíamos hablar alto, poner la radio, y él parecía estar en la playa de Santa María un lunes por la mañana, tranquilo en su pedacito. Una vez lo soltamos en la sala con todo cerrado y se sintió raro con tanta amplitud. Apenas se movió.

Sinson tenía un canto peculiar, que nadie sabe dónde aprendió. Sus trinos eran completamente distintos a los del resto y algunos los daba de noche; quizá como respuesta al televisor que oía de lejos. Una de las plumas blancas de su ala derecha nunca pudo acomodarse junto con el resto y sobresalía de una manera poco común, cómica o fea para muchos, pero no para mí. Y es que Sinson era el sinsonte más lindo del mundo. El principal valor que tuvo, al menos lo creo así, era cuidar la casa y avisarnos más que los perros del momento. Dada la posición de la jaula podía oír y divisar a quien que se parara detrás de la cerca y chocara el candado, para entonces avisarnos con el sonido característico que hacen los sinsontes cuando se alteran, similar a un beso fuerte y rápido en la palma de la mano. Nos veía buscando en la jaba de guardar el pan, detrás de la puerta de la cocina y a unos metros del portal acristalado, y se alborotaba más que el público en La Tropical con la Charanga Habanera, hasta que no le diéramos su parte. Igual le gustaba el cundiamor que comía cada vez que la enredadera en la reja del vecino nos regalaba sus frutos. Le pude dar comida, puesta en mi boca, varias veces a través de los alambres de la jaula. Estaba domesticado. Nos conocía.

Sinson fue parte del núcleo familiar durante cinco años. Un día enfermó de pronto, y no pudimos hacer nada. Está enterrado en el patio de atrás junto a las mascotas de siempre.

Si en algo nos sirve de consuelo, hay un sinsonte que a cada rato se posa en la antena del vecino del frente y desde allí nos canta lo último que aprendió. Entonces aplaudimos a Silvio Rodríguez por haber comenzado *La maza* de una manera tan bella, nos acordamos de Sinson y, sobre todo, rezamos por un mundo donde los pájaros puedan vivir en paz.

El hombre continúa siendo el principal depredador de la vida animal y forestal. Los pájaros, como cualquier especie, se ven amenazados una y otra vez. Ojalá podamos atenuar nuestro impacto en el medioambiente y concientizar a las nuevas generaciones. Ojalá la juventud aprenda a amar de verdad a los pájaros, pues se pudiera hacer un muro con tantas piedras que, es triste decirlo, todavía les tiran.

Los pájaros sobreviven en la naturaleza o simplemente viven según sus dueños les permiten. Así y todo, hoy me siento mucho mejor al verlos sobrevolar nuestro patio, aun cuando sería lindo tener uno bien cuidado en una jaula.

Volver atrás

Oh, yo creo
en el ayer.

LENNON-McCARTNEY

La noche del 16 de mayo fue la última vez que discutimos. A la mañana siguiente acordamos darnos un tiempo para decidir qué hacer con nuestras vidas. A los cuatro días la separación se hizo definitiva. Después conversamos en escenarios casuales, sin incluir la visita a la notaría, y creí aceptar las razones de peso que nos llevaron a disolver un matrimonio de tres años.

En estos meses y a pesar del distanciamiento impuesto, he seguido cuestionando el porqué de una ruptura tan repentina y dolorosa. Insatisfecha con las respuestas que he inventado para consolarme, dejé que la incertidumbre se apoderara de mis pensamientos y ahora lo extraño más que nunca.

Refugiarme en un pasado hartamente conocido puede ser un movimiento desesperado por recuperar el terreno perdido y recomenzar como si nada hubiera sucedido o quizá la vía para brindarle un poco de calma a mi sueño. Hace diez semanas que no lo veo y quiero comprobar si aún me estremece tenerlo cerca. No esperaré por él, lo conozco y es muy orgulloso. Mejor lo llamo para encontrarnos hoy mismo.

La voz de mi exmarido sigue cortándome el aliento cuando me responde desde el teléfono: «OK, Isabel, me parece perfecto el Malecón. Nos vemos entonces después del trabajo».

Le propongo pasar a buscarlo, pero con calma replica: «No te preocupes, Isa, yo voy a pie, me queda cerca. Te espero a eso de las seis menos cuarto frente a la cascada del Hotel Nacional. Un beso, chao».

Cuelgo y aprovecho que el aire vuelve a entrar normalmente en mis pulmones para ensayar en mi mente qué le diré. Solo sé que hoy necesito verlo. Ya averiguaremos la causa real de nuestra separación. En este encuentro no quiero darle a entender que estoy angustiada y debo tratar por todos los medios de llevar el hilo de la conversación.

Cojo el teléfono de nuevo, respiro hondo y llamo a mi novio.

—Ernesto, hoy tengo que quedarme después de hora. El sistema está dando unos palos raros y hay que resolverlos antes de la presentación del jueves. Ah, verdad, esta noche tienes guardia en el hospital, mi amor, ni me acordaba. —¡El camino está libre!—. Bueno, cuídate, nos vemos mañana. Un besito. Sí, yo también te quiero.

Ernesto es un buen muchacho, pero es justo eso: un muchacho. Siempre me gustaron mayores, así que me sorprende que hayamos durado tanto. Habrá sido porque un clavo saca a otro, él hacía

meses que me daba vueltas y yo no concibo estar sola. Nos va bien, aunque no es lo que esperaba. En el fondo lo quiero; a mi manera, claro. Solo que hoy necesito ver al que, hasta no hace mucho, fue mi esposo.

Son las seis menos cuarto y allí está, esperándome sentado en el muro del Malecón, de espaldas al mar. Las olas salpican el amplio arrecife debajo, mientras que el sol está a punto de despedirse de un puñado de nubes en el horizonte. Varias personas ya han ocupado sus lugarcitos, y me temo que en algún momento no habrá dónde sentarse.

Aminoró el paso los últimos veinte metros, pese a que los poros de mis brazos siguen erizados. También me reseca la boca nada más el hecho de verlo. Debí haber traído una botellita de agua.

«Tranquila, Isabel. Sonríele, salúdalo con un beso normal, como a cualquier amigo», me digo para aplacar el sobresalto que me causa su penetrante mirada al sentarme a su lado. Lo noto serio, a la defensiva. Se preguntará el sentido de encontrarnos aquí después de tanto tiempo.

—¿Y qué? ¿Cómo estás?

—Estoy bien, Isa, gracias. Oye, ¿tu novio sabe que estás aquí?

La conversación empezó por donde no debía. ¿Por qué tiene que importar eso más que el hecho de poder hablar aquí y ahora? Estamos divorciados, pero seguimos siendo amigos y no hay nada malo en vernos.

—Está de guardia hoy, por supuesto que no lo sabe —le respondo, y mi voz suena temblorosa, opacada.

Al ser un giro en el tema que traía para comentarle, aprovecharé para desahogarme con él y pedirle su consejo. Tres años de casados bastaron para que me conozca demasiado. Le cuento que la situación actual con la familia de mi novio es difícil, sobre todo por su madre. Se repite la historia, me están pasando cosas muy parecidas a las que antes tuve con mi ex y su mamá. ¿Seré yo la del problema?

Él se interesa por preguntar algunos detalles de mi relación con Ernesto y su madre para después sugerirme lo que haría si estuviera en mi lugar. Imparcial, coherente y con los pies en la tierra, se desvive por buscar la solución ideal para cada problema que le planteo. Yo sé que quiere mi felicidad, por eso no le molesta que hablemos de mi actual noviazgo.

La seguridad que siento a su lado, envuelta en sus sabias palabras, me relaja y facilita abordar el motivo de este encuentro cuando comenta que está enamorado de una muchacha de su trabajo, diez años menor, mientras que hay otra de mi edad que no le pierde ni pie ni pisada.

La idea prevista cambió nuevamente y ahora soy yo quien lo consuela e insta a rehacer su vida. Le manifiesto mi deseo de que intente buscar el amor en otra mujer y, sin proponérmelo, lo alejo más de mí. No ha tenido otra compañía, tal vez a la espera de volver conmigo, pero, si se enfrasca en una nueva relación, entonces se apartará de mí para siempre.

No tuve ánimo de continuar hablando. Las lágrimas querían salir ante la impotencia de abrazarlo y me cobijé en la distante luz del faro de El Morro. Le dije que me faltaba un largo viaje de regreso a casa, toqué suavemente su rodilla, y un seco «cuídate» sirvió de despedida. Me fui por donde mismo había venido, sin mirar atrás o, peor, sin comentarle el tema que traía entre manos.

A pesar de las circunstancias, anoche dormí en paz y descansé. Hoy me siento aliviada y la causa es obvia: haberle visto y escuchado fue un bálsamo regenerador que anhelaba, aunque no sé por qué rehusaba aceptarlo.

Temprano en la mañana le escribo un mensaje de correo, fresca nuestra conversación de ayer, donde le deseo lo mejor en su vida y le digo que puede contar conmigo como amiga incondicional. En este punto, mi mente le ordena a mis dedos pulsar otras teclas y, sin darme cuenta y lejos de despedirme con un triste «adiós», termino invitándolo hoy a las 6 p. m. a un lugar especial, una sorpresa. Sorpresa, al fin y al cabo, no la puedo revelar hasta que lleguemos allí.

Siguiéndole el juego al corazón, y no a la razón, acopio información de Internet y escojo el cuarto que alquilaremos para estar juntos al menos tres horas. Por teléfono hago la reservación con el encargado del lugar, al tiempo que echo a rodar mi imaginación con nuestra primera relación íntima después de... Sí, ya suman siete meses.

Emocionada por un raro cosquilleo que me eriza los pechos, intento concentrarme entre cinco ventanas de programas en ejecución y casi olvido llamar a mi novio para inventarle otra excusa. Esperemos que este día cargado de análisis e informes pase volando.

De novia o esposa nunca había estado con otro, no soy de mentir. Tampoco había alquilado solo para descargar con alguien. Puede que ahora haya más opciones y sitios que antes. Quizá busque algo que le falte a mi noviazgo. O quiero experimentar la infidelidad y punto. Entonces comprendo que ver a mi ex y oír sus sabios consejos no iba a ser suficiente, ni lo sería descubrir por qué nos separamos. Ahora está claro: desde ayer ansiaba volver a hacer el amor con él. Porque sí.

A tres minutos de arribar al cuarto reservado, le anuncio el verdadero motivo de nuestra cita y parece que lo asimila naturalmente, pero por dentro es un volcán en erupción; yo lo conozco bien. Y, como no he dejado de gustarle, poco le importa convertirse hoy de exmarido en amante furtivo. Tampoco le incomodará pagar por estas tres horas con tal de sentirme completa de nuevo. Además, es una magnífica oportunidad para poner en práctica su lema preferido: «La mujer invita, el hombre paga».

Asentimos callados las indicaciones que recibimos al presentarnos la habitación y cerramos la puerta con el mismo sosiego que definíamos nuestras fronteras de casados si queríamos privacidad. Cada uno se quita despacio todo lo que tiene puesto y hacemos algún que otro comentario sobre cualquier cosa. Él no se pierde ninguno de mis gestos y me atraviesa con la mirada, de arriba abajo y de abajo arriba. Siempre me contempló desnuda cual si fuera la primera vez. Me alegra saber que todavía se excita al detener sus voraces ojos en mi cuerpo y lamerme con el pensamiento. Sus brazos lucen más fuertes. Se habrá tomado en serio los ejercicios en estos meses.

—¿Nos damos una ducha? Hay agua caliente. Dale, tati.

Fue la manera que se me ocurrió de aprovechar el tiempo al máximo y llevar la iniciativa.

Camino de puntillas sobre los fríos azulejos y lo guío hacia la bañera con un ademán. Él, mirando de reojo unas nalgas que desde hace siete meses echa de menos, valora las comodidades

de un cuarto de baño bien equipado y, tan pronto como pruebo con mi pie derecho el chorro de la ducha, descorre la cortina y decide unirse, visiblemente excitado. Entonces me abraza, y mis oídos se derriten con susurros que no podrán ser escuchados a más de dos pasos.

El chorro de agua caliente se pierde en la distancia cuando su mano experta comienza a tocarme, como solo él sabe, ahí donde me enloquece. Mis ojos se ponen en blanco y mi parte más preciada, sedienta de actividad, se apodera del tiempo.

Olvidamos usar las toallas adrede y, todavía goteando, nos dejamos caer en una cama que espera secar nuestra lujuria. Todo vuelve a ser igual que antes. ¿Por qué compararlo con Ernesto? Cada uno en su mundo. Mi novio me satisface a plenitud, pero, sexo aparte, a veces es infantil. Este es diferente: fogoso pero sin prisa, recorre mi cuerpo con su boca, como si nunca hubiera probado una chirimoya madura, y el resto se desvanece...

—Tati.

—Dime, cosa rica —me dice, como implorando que yo le pida la luna.

—Tú eres malo, muy malo.

—Pero si yo no te he hecho nada... que a ti no te guste.

El roce inconsciente de su mentón, que apuesto que se afeitó anoche, es algo nuevo que no esperaba sentir más allá del ombligo. Parece que floto, ¿o vuelo? Fueron casi cuatro años juntos. No hay secretos. Me siento serena, libre. Soy yo misma.

La cama es amplia y sólida; esto último es crucial.

—¿Ya?!

Él sabe que mi reacción no podía ser otra.

Yo también adivino su respuesta en medio de caricias adictivas que me erizan de pies a cabeza:

—Prepárate, Isa, porque el segundo va a ser mejor.

—Ojalá, porque a este ni le cogí el gusto. Mentira, es chivándote... Espérate, tati. Quédate un ratito adentro, ¿no?

Minutos más tarde, voltea su cabeza hacia el reloj de la mesita de noche y, al ver que todavía nos queda una hora y media de alquiler, sonríe y vuelve a mi cuerpo jadeante para observarlo en su apogeo. Sé que está a punto de decirme: «Isa, mira que tú estás rica», pero no lo hace. En cambio, se relame con picardía y, sin apartarse de mis ojos, pasa el dorso de su mano derecha por mis rígidos pezones. De ahí continúa despacio hasta la insaciable entrepierna, donde deja reposar por instantes sus cálidos dedos, mientras que con la otra mano se frota el mentón, tal vez para confirmar que no está soñando.

Necesitaba este momento ardiente con él, ansiaba revivir nuestros recuerdos. Había perdido el rumbo y acabo de encontrarme. Era cuestión de confrontar lo que tengo con lo que un día tuve y pudiera seguir teniendo. Sin embargo, debo pensar muy bien qué hacer con mi vida. No quiero herir a ninguno de los dos, pero con ambos no puedo estar, ¿o sí? Es temprano para decidirme. Hoy me hacía falta esta rara y emotiva experiencia. Mañana no sé.

El deporte nacional

El béisbol sigue siendo, al menos oficialmente, nuestro deporte nacional. Hay campeonatos en todos los niveles y afuera llegamos a tener los títulos más importantes o casi todos. Un niño nace con una pelota en la mano y antes de decir: «Mamá», dice: «*Strike*», pero ¿y el dominó?

El dominó se puede jugar entre cuatro personas y hasta de noche con un solo bombillo. El dominó no necesita terreno, pelota, bate y demás implementos. No hay que esperar durante más de dos horas a que terminen nueve *innings*. No hay que entrenar o dedicarse por completo para ser bueno. Tampoco hay que sudar cayéndole atrás a una pelota o corriendo entre las bases. No provoca lesiones y, lo más bonito del caso, lo pueden jugar todos, desde una embarazada hasta un bisabuelo.

¿Vieron cuántas ventajas tiene? En concreto, el dominó se aprende sin estudiarlo y desde hace rato es un deporte masivo a pesar de no existir estadísticas que lo demuestren.

Cualquiera escogería una soleada tarde de domingo después de almuerzo para jugar dominó en plena acera debajo de una mata de almendras, todavía quedan algunas, y así de paso enterarse de los chismes del día y piropear a aquella muchacha que camina por la acera de enfrente. Nadie jugaría pelota a esa misma hora en un terreno enfangado, recuerden que los sábados siempre llueve, para gastar energías con la barriga llena, ¡qué va!

Cuba ha sido campeón mundial en la modalidad del doble-seis, jugada más bien en las provincias orientales, ya que en el occidente y, sobre todo, en La Habana se juega hasta el doble-nueve. Pero los torneos internacionales no tienen la sandunga del dominó jugado en el archipiélago. Nuestro dominó es distinto al del resto porque absorbe la idiosincrasia del cubano.

La diversión y la gozadera de jugar dominó vienen por toda la bulla que se forma, las frases ocurrentes, las discusiones entre los de la misma pareja, las fichas que se tiran para alardear, la gente de afuera que opina y se mete en el juego sin que los llamen, y si es en la calle, mejor, y si hay gente esperando por entrar, entonces la emoción es similar a la de un noveno *inning* con el marcador empatado a cero carreras.

Me imagino a un japonés jugando dominó, inmutable, impasible, cuando al final de la data diga: «Acabo de poner la última ficha y, con ello, nuestro partido termina. Ha sido un placer haber jugado con ustedes». Aquí decimos: «Me pegué. Que venga otro muerto que sepa más».

Ese es el dominó de la calle, que te insulta, te pone en aprietos, te tensa los músculos, te altera y te obliga a inventar en cada jugada si no quieres que el contrario conozca qué tienes y cuáles son tus intenciones. Lo ideal es conseguir que la pareja contraria se crea otra cosa, pero sin despistar a la tuya. Por eso el dominó es una batalla de la mente. La psicología de un experto en póker sería inútil en una mesa de dominó de Guanabacoa, por ejemplo. El dominó es guerra y en la guerra vale todo.

Así fue como nació el *agachao*. La salida y, en general, la ficha del contrario, la mata cuando menos lo espera el rival. El *agachao* nunca se queda cojo de una ficha y al final vira la tortilla a su favor y se pega. La técnica de esconderse y contraatacar bien pudiera reflejar la manera de ser del *agachao* en la vida real, quien, además, se burla del que lo critica por ir en contra de los fundamentos de un juego que todavía muchos pretenden conocer. A un amigo mío le decían el Buzo porque era tanto que se agachaba que ya no era debajo de la mesa, sino por debajo del agua, estilo submarino. «El resultado es lo que cuenta, asere», era su respuesta. Y miren que ganaba...

En un juego donde las fichas te tocan, como el pan de la bodega, todo depende de qué tiene cada uno, que nunca es igual. Por tanto, no se puede jugar lo mismo porque una misma jugada o situación es muy poco probable que se repita. Además, siempre quedan quince fichas afuera — habanero de nacimiento, yo juego hasta el doble-nueve— y en el transcurso de la data es imposible adivinar cuáles son, mucho menos las del resto. En resumen, hay que interiorizar los principios básicos del juego si quieres ganar, pero prima la suerte, pues juegas según tengas.

Hay quienes incluso creen en la mala suerte y no dejan de lamentarse por una especie de maldición que los persigue cada vez que levantan las diez fichas después de dar agua. Yo una vez cogí seis dobles, en otra cuatro dobles durante cinco datas seguidas y en una tuve albergado el doble-nueve seis datas. ¡Así no hay quien gane! Y el colmo, un día perdí con ocho fichas del mismo palo porque el mío se tiró del quinto piso del Habana Libre; a las claras se equivocó al trancar.

Tu pareja tiene que apoyarte en todo momento, «dar su vida» si es preciso. Y tú debes jugar para ella en la medida de lo posible. Pocas veces puedes imponerte por ti mismo, aunque en el fondo estés convencido de que puedas lograrlo, porque el dominó es un juego de pareja. El día que entiendas esa máxima, dejarás de discutir con tu pareja, que también quiere que juegues para él, o ella, según el caso. Bueno, yo he tenido incontables discusiones por jugadas de todo tipo, pero después nos hemos seguido tratando como si nada hubiese pasado.

También se dan situaciones muy complejas y seguir «el librito», del que tantos hablan y nadie nunca me enseñó, no funciona siempre. O será mejor hacerle caso a esa voz que, cual maestro Yoda, te indica que sigas tu corazón; en otras palabras: juega como te dé la gana.

Se lleva el gato al agua el que se pegue o el que tenga menos tantos si se tranca el juego, y esto último suele ocurrir con mayor frecuencia. De ahí que unos cuantos prefieran librarse de las fichas más cargadas sin pensarlo. «*Pa* fuera esta, que tiene muchos puntos», dicen los defensores de ese estilo de juego, de seguro el más aceptado. O bien: «Seré un botagorda, pero te gané, cadáver». Así que, ¡a botar la gorda!

Por eso viene el infarto en un buen partido de dominó cuando el que se cree ganador tranca y grita a todos los vientos que está bajito y vira con tremenda furia su única ficha: el blanco-seis.

El de arriba, que mantiene sus cuatro fichas bocabajo, le responde:

—Con esa mierda no le ganas a nadie. Suma todo eso, que perdieron.

Y, como mismo se sirve el té en un hotel de Tokio, vira una por una: el uno-uno, el blanco-dos, el blanco-uno y... el doble-blanco.

¡Cinco kilos en cuatro fichas!

—Así es como único me ganas, virándote bajito —le dice el doliente, con la rabia contenida.

—A llorar a Maternidad de Línea.

Miel y algo más

Tengo una mano en el bolsillo
y la otra toca el piano.
ALANIS MORISSETTE

Camila tenía veta musical. Desde pequeña presenció en familia esporádicas tertulias que, lejos de pasar inadvertidas, marcaron su vocación artística. Con el tiempo descubrió un extraño interés por el canto y una noche, aprovechando los acordes de guitarra de su padre ante el apagón programado, entonó sus primeros versos con un sentimiento que sorprendió a todos.

Sin prestarle atención a la técnica vocal, Camila amenizó sucesivas descargas en casa y recibió no pocas alabanzas a su peculiar timbre. «Tienes una voz rasgada pero muy emotiva», le decía el padre al terminar.

Dispuesta a probar suerte fuera del entorno familiar, le arrebató la iniciativa al muchacho que la enamoraba y un 14 de febrero le cantó suavemente al oído una balada que bien se ajustaba al ambiente de aquel parquecito de barrio. Ese día Camila comprendió que solo quería vivir y cantar.

A la semana, fue el novio quien la convenció para que cantase en la competencia de karaoke de una disco temba que visitaban por vez primera. Los contrincantes, improvisados e inexpertos como Camila, optaron por boleros archiconocidos en español. Ella quiso ser diferente y no solo escogió una canción en inglés, sino también de *rock*. La gente de la disco estalló en gritos cuando oyeron aquella voz ronca, potente, sentida, y al final la premiaron con la mayor cantidad de aplausos. Camila nunca olvidaría su primera prueba de fuego. Nada más faltaba dedicarse al canto en serio.

Dos meses después conoció por casualidad al tío de su mejor amiga, director de una reconocida orquesta de salsa, quien aceptó contratarla como corista porque acoplaría perfectamente con la corista que recién había ingresado y la magnífica voz de tenor del cantante principal. La idea de incorporar voces femeninas en los coros de las orquestas de salsa databa de algunos años, pero a nivel nacional todavía se consideraba una novedad. Camila tenía ante sí una oportunidad única. Era de esperar que su vida cambiara de la noche a la mañana.

El nuevo compromiso significaba un desafío que requería mantener apta su garganta, hasta ese momento carente de entrenamiento. Se avizoraba una fuerte carga de trabajo, tanto de ensayos como de presentaciones, pero se cumpliría su sueño de agarrar un micrófono en público y dejarse llevar.

«Eres un diamante en bruto, Camila. Yo creo en ti, pero tienes que pulir algunos detallitos todavía», le dijo amablemente el director de la orquesta y enseguida le recomendó acudir a un experimentado maestro de canto, responsable de los éxitos musicales de una buena parte de las estrellas del momento. Camila, que siempre fue una persona humilde, aceptó con gusto.

El maestro, un ancianito muy simpático y refinado, comenzó la clase introductoria con una interesante analogía entre el deporte y el canto.

—El deportista —dijo con el índice en alto— le saca provecho a sus músculos, igual que el cantante a sus cuerdas vocales, pues calienta antes de entrenar y solo compete cuando está listo. —Se sentó al piano, carraspeó y continuó diciendo—: Vocalizar y cantar en exceso es tan perjudicial para las cuerdas vocales como no hacerlo con frecuencia. Acostúmbrelas a la miel de abeja y a las gárgaras de agua con sal aun cuando domines la técnica.

El resto de la clase se enfocó en demostrar que la respiración es la base del canto. Entonces ella creyó entender cómo tomar y soltar el aire con el abdomen y así descartar la tendencia de los neófitos de llenar y vaciar los pulmones con el movimiento de los hombros.

La segunda clase fue pura vocalización. Camila se aburrió con tantas repeticiones. Ante ella se abrió un mundo lleno de conceptos teóricos y ejercicios rutinarios que la abrumaron. A la semana decidió cancelar por vía telefónica las clases siguientes. En la tranquilidad de su cuarto se dispuso a practicar lo poco que el buen maestro intentó enseñarle con tanta paciencia, pero la incertidumbre se apoderó de ella. Empezó a temer por su voz, y no porque pudiera afectarse, todavía la sentía fuerte, sino por los gallos, que se le iban sin ella poder evitarlo.

El creciente repertorio de la orquesta comenzaba a frenarse por la imposibilidad de Camila de apoyar correctamente al cantante en los ensayos. Ella anhelaba hacer voces en temas que retaban su registro en las notas altas y se resignaba a oír con cuánta facilidad su acompañante del coro las alcanzaba. Pronto los ensayos se convirtieron en un tedio. Camila intentaba prepararse con ejercicios de respiración y vocalizaciones que creía dominar, pero, al cantar, su voz no hacía lo que ella deseaba. Llegó a odiar aquellas sesiones en las que se avanzaba poco y la mayoría de las veces terminaba ronca. Sin embargo, el novio no se perdió una. De hecho, fue el único espectador que se mantuvo fiel desde el principio a pesar de que en el garaje donde ensayaban apenas había espacio para estar de pie. Según él, aquello era como estar en un concierto de verdad.

Entonces apareció el primer catarro, justo a las puertas de un esperado concierto. Camila no era de enfermarse con la llegada de un frente frío, pero este la afectó en demasía. Apenas se escuchaba su voz, tomada por una congestión nasal y una tos que a ratos era insoportable. Se disculpó por ausentarse del último ensayo antes de la función y esos dos días durmió más de lo normal. Había leído que el reposo de voz absoluto era la mejor miel que pudiera tomar su garganta y lo siguió al pie de la letra.

La noche de la actuación Camila irrumpió en el escenario con un aire descansado y libre de cualquier preocupación. Fue directo a su micrófono segundos antes de retumbar los metales. Cuando le tocó hacer el primer coro, emitió un sonido hasta ahora desconocido para ella. A pesar de estar ronca, su voz salía limpia, incluso más potente que antes. Con el transcurso de la canción

notó un agradable cosquilleo en su nariz con cada nota alcanzada al tiempo que una rara compresión se apoderaba de su abdomen. Era como si la voz surgiera desde sus entrañas y caprichosamente escogiera su cavidad nasal para salir. No cantaba con su garganta y eso le preocupó. Al sonar los acordes que cerraron el concierto, notó la misma ronquera que tenía al comienzo, aunque no sentía molestias si cantaba. ¿Qué explicación habría para ese contradictorio estado? De momento, no entendía nada.

Al día siguiente comentó el suceso con el cantante de la orquesta, quien le respondió:

—Sin quererlo, quizá por instinto, cantaste con el diafragma, Camila. Acabas de descubrir tu verdadera voz.

No fue el único que la alentó. Su mejor amiga le comentó que el tío, el director, la había llamado justo después del concierto para decirle que se había impresionado con su aporte la noche anterior. Al padre se le aguaron los ojos cuando se enteró de su actuación, y no se le ocurrió otra cosa que abrazarla como si hubiera estado un año sin verla. El novio llamó a sus amigos en presencia de ella y les dijo que su novia ya era famosa.

Tres meses después, Camila agradeció a los músicos por todo lo aprendido en aquella orquesta, su única escuela, y se despidió. Tenía otra ambición: ser la cantante principal de una banda de *rock*.

A muchos les pareció una idea descabellada, pero el cantante la animó con efusividad:

—Tienes el carisma y el timbre ideal para ese género, Camila. ¡Solo déjate llevar!

El director observó apaciblemente:

—Siempre me pareció extraño que estuvieras con nosotros, cuando te veía imitar, muy emocionada, a decir verdad, a esa cantante canadiense que tanto oyes. Estoy seguro de que te va a ir muy bien.

Los comentarios se aceptaron. Todos le desearon éxitos en su futura faceta.

Poco a poco Camila fue adquiriendo collares, pulsos y demás adornos propios del género. Se tatuó una crucecita en el dorso de la mano derecha y la palabra «*Family*» debajo de la clavícula izquierda. Empezó a ir a un gimnasio. Compró un gorro rojo, un par de botas y dos sayas de color oscuro, entre otras prendas distintivas. Incluso se tiñó el pelo de negro y lo dejó crecer más allá de los hombros. Pero su canto nunca cambió.

A la cantante novel le va de maravilla. En tan solo cinco meses los logros alcanzados saltan a la vista. Ostenta un aval profesional que a muchos les cuesta trabajo conseguir. Tiene un contrato con una agencia artística que le garantiza presentarse en lugares de renombre durante varios meses. Su álbum debut navega viento en popa y a toda vela por la principal emisora radial del país. Acaba de grabar un programa de televisión donde la entrevistan y canta un par de canciones que los espectadores de la pantalla chica podrán disfrutar, según la productora, la semana próxima. Los músicos que la acompañan saben muy bien lo que hacen y se han mantenido desde el primer ensayo; cosa rara en ese medio. Y, por si no bastara, ya está nominada a cantante revelación del año, gracias a una crítica especializada que la compara con lo mejor de la década.

Hoy deleita en vivo a las multitudes y su voz rasgada le recorre el cuerpo como el primer aguacero de mayo.

Otro mundo

Había tenido que soportar el paso de una cantidad nada despreciable de ciclones en toda su vida, pero el de principios de noviembre de 2001, un huracán categoría cuatro, sería imposible de olvidar para Santiesteban.

Solo faltaba comprar el pasaje de ida y vuelta entre La Habana y Toronto con fecha de salida para el sábado. El pasaporte visado estaba listo. El curso de entrenamiento de lunes a viernes la semana entrante ya estaba pagado. Cardoso, su compañero de estudios de la universidad, y la mujer lo esperaban del otro lado con el refrigerador lleno y un cuartico con lo necesario para dormir siete noches; de esa manera, Santiesteban se ahorraría el dinero en efectivo que le daban en su trabajo para el hospedaje como parte de un proyecto internacional.

Todo parecía indicar que, finalmente, viajaría por primera vez al extranjero, con veintiocho años recién cumplidos. Pero quiso el mar Caribe que viniera Michelle a punto de terminarse la temporada ciclónica, el huracán más intenso del que se tenía registro en las últimas cuatro décadas, y se cancelaron los vuelos del fin de semana. El viaje estaba en peligro.

Santiesteban llamó al jefe y este le sugirió hablar con la pelirroja de Recursos Humanos, quien un mes atrás había pasado un curso similar y que, amigo Cardoso mediante, se había ahorrado casi cuatrocientos dólares canadienses por concepto de hospedaje; una fortuna en cualquier época. Ayudado por Olga Lidia, Santiesteban encontró que repetían el mismo curso dos semanas después, aunque en Ottawa. Enseguida cambió la fecha del curso y se lo informó al jefe, quien se encargó de gestionar el pasaje de Toronto. Olga Lidia también aportó sus conocimientos en la reserva de un modesto motel cerca del recinto que acogería el curso.

Tendría él que viajar el tramo adicional de Ottawa y no le quedaría más remedio que pagar por un lugar donde quedarse allí, pero su primer viaje ya era inminente.

—Me lo creo cuando esté montado en el avión —dijo Santiesteban.

—Mírale el lado bueno, Santi —le dijo Olga Lidia como consuelo—. El vuelo mío a Toronto duró seis horas porque el avión tuvo que bordear la costa este de Estados Unidos en vez de ir por el centro. Y el regreso fue igual. De aquí a quince días es muy probable que quiten las restricciones del 11 de septiembre y el tuyo va a durar las tres horas y media de siempre.

A casa de Evelio fue Santiesteban a pedirle prestado un abrigo. El amigo de la esquina conocía media Europa y, dado que ambos usaban la misma talla y había confianza, le dio sin vacilar un sobretodo negro que pesaba una tonelada, guantes y bufanda. La maleta, vieja pero fuerte todavía, se la prestó la tía. La ropa interior térmica nueva la consiguió gracias al tío de la novia, quien la tenía guardada en una jaba desde un viaje a Moscú en los 80. Los zapatos eran lo más difícil, pero su madre sacó las botas de la milicia del garaje, de las que él se había olvidado, y con mucha paciencia les dio betún hasta que quedaron como nuevas.

Cualquier preocupación sería poca para un cubano que nunca había viajado, cuya experiencia en inviernos era nula. Todos lo alertaron del frío en Canadá, aun siendo mediados de noviembre. El padre le dijo que lo más importante era salir a la calle bien abrigado y que evitara lavarse la cabeza antes, a menos que usara una secadora de pelo, porque el resfriado podría venir con cualquier cambio brusco de temperatura.

Días más tarde, Santiesteban se enfrentó por vez primera a los trámites del aeropuerto, al *duty-free*, a las indicaciones por el altavoz de un capitán de vuelo que supuso que eran en inglés, a un despegue que le entumeció las manos de tanto aferrarse a los brazos del asiento y a la merienda que trajo la aeromoza. Prefirió no levantarse, quizá no tuvo fuerzas, y aguantó estoicamente las ganas de orinar las tres horas y veinticinco minutos que duró el viaje. Menos mal que tenía varios canales de música para él solo y no le costó trabajo aislarse del ruido de las turbinas. Sin otro paisaje afuera que el ala derecha, cerró los ojos y acompañó en silencio a Mr. Mister en su *Broken wings*, que justo logró sintonizar en el canal 04 cuando se apagó la señal del cinturón de seguridad.

Neófito en aeropuertos, al llegar a Toronto decidió seguir a los que creyó conocedores, aquellos que caminaban a paso apurado y sin mirar a los lados, y como uno más de la avanzada salió victorioso de una serie interminable de esteras, pasillos, escaleras, puertas y puntos de control, hasta que vio a lo lejos el cartel lumínico de la salida.

Pronto se acordaría de su padre, quien le había dicho que se pusiera toda la ropa de invierno antes de bajarse del avión y se la quitara en el momento que llegara al destino final, no solo para evitar un posible golpe de frío, sino también con el objetivo de dejar una mano libre para cualquier cosa, ya que la maleta y la mochila al menos ocuparían una y en el trayecto hay que moverse, mostrar documentos y demás. Pero él, acalorado por la caminata, pagó la novatada. Vio un asiento libre a pocos metros de la salida, se quitó sobretodo, chaqueta, guantes y bufanda, y se sentó a coger un cinco. El calor era insoportable. ¿Qué iba a saber él que afuera había dos grados? ¿Qué iba a saber él que adentro había calefacción?

Tan importante como su pasaporte era el celular de su amigo Cardoso, que había anotado en un papelito allá en La Habana. Sin Cardoso, no era nadie en Toronto, incluso con un idioma inglés que creía dominar. A un costado de la puerta de salida se sorprendió al ver seis teléfonos públicos desocupados. Por mucho desarrollo que hubiera en Canadá, pensó que no serían muy distintos de los cubanos. Sin perder de vista sus cosas, se dirigió al primero, buscó las monedas que le había regalado su colega Olga Lidia del viaje anterior y llamó a Cardoso. El amigo le respondió desde el carro. Estaba esperándolo, desde hacía dos minutos, justo afuera, en una zona donde no estaba permitido ni detenerse.

«Vamos, Santi. Esto es pan comido», murmuró, agarró sus pertenencias como pudo y salió a la calle.

Lo saludaron efusivamente miles de puñales invisibles. Hubiera querido tener una tercera mano para poder abrigarse más rápido en los escasos segundos que transcurrieron desde la puerta de la terminal hasta aquel Ford con aspecto de nave espacial que le esperaba. A todo correr, acotejó maleta y mochila en el asiento de atrás y se sentó delante. Poniéndose los guantes, saludó a lo

cubano a Cardoso y miró el termómetro del panel frontal: ¡1,3 grados! El padre tenía razón, ¿cuándo no?

Apenas tuvo tiempo de conversar con Cardoso, quien en cuestión de minutos lo dejó en una estación de ómnibus de Greyhound con un boleto para Ottawa. Se volverían a ver el próximo sábado, al regreso.

Cuatro horas y media de Toronto a Ottawa en una guagua moderna, aun ya entrada la noche, fueron un paraíso en comparación con aquel viaje que había hecho de La Habana a Ciego de Ávila, distancia similar, hacía dos años. Esta vez disfrutó a sus anchas el desfile majestuoso de calles, autopistas, señales de tránsito, anuncios, casas, edificios, carros de otra galaxia y luces, muchas luces.

El motel, un tres estrellas de cinco pisos en el centro de la capital, no tenía nada que envidiarle a los hoteles que él conocía por fotos. Fue allí donde vivió en carne propia el significado de la frase «descubrir el agua tibia», al probar varias veces la llave de la ducha y decidirse por dejarla abierta justo apuntando el centro, para que el agua no saliera ni muy fría ni muy caliente.

A pesar de la rejuvenecedora ducha en la madrugada, él tenía que bañarse sí o sí después de un viaje tan largo, le llevó un buen rato conciliar el sueño. Tuvo que conformarse con dormir bocarriba, puesto que le atormentaba el latido de la sien contra la almohada si dormía de lado. Era de suponer tamaño sobresalto después de una jornada sin precedentes.

El domingo descubrió otras maravillas: los dulces y bocaditos de la máquina de la recepción y los incontables canales del televisorcito de la habitación. No salió del motel en todo el día.

El lunes se despertó temprano para el curso y sintió la habitación más clara que de costumbre. Miró por la ventana y estaba nublado. Extrañado, se levantó y entonces la vio.

«¡Ño, la nieve!», gritó.

No era mucha, pero poco a poco se estaba poniendo todo de blanco. Ya le empezaba a gustar el frío.

La gente en la calle caminaba igual que los que él había seguido al bajarse del avión el sábado, como si el resto del mundo no existiera. A sabiendas de no hacer el ridículo, porque nadie estaba al tanto de nadie, quiso disfrutar el caminar sobre la nieve por primera vez. No pocas veces dio fuertes pisadas en el trayecto al edificio del curso, parecía que mataba cucarachas. Incluso se agachó e intentó hacer una bola de nieve, que se deshizo enseguida. Cogió la camarita, vieja pero en perfecto estado, y no prendió. No tenía pilas. De no haberse pasado todo el domingo viendo canales, hubiera recordado que tenía que comprar pilas.

El curso no incluyó nada especial en cuanto a contenido teórico, aunque sí por el equipamiento que Santiesteban tuvo la posibilidad de configurar y probar con sus propias manos. Lo que más le impactó de aquellas sesiones de lunes a viernes fue la mesa que había en el fondo del salón con tal variedad de dulces finos que él nunca tuvo tiempo de probarlos todos. En uno de los recesos, el participante que se sentaba a su lado le preguntó qué tipo de dulce comía, y él, que tampoco sabía el nombre en español, levantó las cejas por respuesta. Afortunadamente, vino otro en su ayuda y entre risas dijo que el nombre no importaba, era carbohidrato y punto.

El martes Santiesteban se aburrió de los bocaditos del motel y entró en el primer lugar que le

llamó la atención para comer algo distinto. Resultó ser una McDonald's. De haber sido el Yankee Stadium, se habría demorado lo mismo en dar el primer paso dentro. Por suerte, ponían a Bryan Adams en el televisor y eso le dio el valor para pararse delante del mostrador. Con la soltura de un cliente habitual, pidió el menú especial. ¿Para qué complicarse con tantas opciones? Sería imposible decidirse. Todo era nuevo. Lo más fácil era pedir lo que saltaba a la vista: el menú especial. Sin embargo, le preguntaron si le apetecía té caliente en vez de Coca-Cola, y él se mantuvo firme en la oferta original. «Hay que estar loco para comerse una hamburguesa sin refresco», pensó él, que nunca se había comido una de verdad. En lo que pagaba con unos dólares canadienses que ya le resultaban familiares, quiso practicar el idioma y le dijo a la camarera que le encantaba la música de Bryan Adams, a lo que ella respondió: «Lo siento, no sé quién es». Él abrió los ojos a más no poder.

A los cuatro minutos estaba listo para el combate. Esa sí era una hamburguesa. Y vaya presentación, aunque él se conformaba con menos papas fritas. El vaso de refresco era tan grande que solo pudo tomarse la mitad y quiso llevárselo para el motel cuando terminó de comer. No caminó ni una cuadra. Con guantes puestos y abrigado hasta los dientes, de pronto dejó de sentir las manos. A falta de una jaba que olvidó pedir antes de irse, tuvo que botar el refresco congelado en el primer cesto que encontró. «La próxima vez pido té caliente», se dijo.

De regreso a Toronto el sábado en la tarde, lo esperaba su compañero de estudios donde mismo lo había dejado el sábado anterior. Cardoso y la mujer, emigrada ella de Viña del Mar junto con sus padres desde los tiempos de Allende y prácticamente criada en Canadá, lo invitaron a una actividad cultural de la comunidad chilena esa noche.

Había comida, bebidas, charlas y trovadores. El ambiente era sano, agradable, íntimo. Después de dos tragos de Johnnie Walker puro, Santiesteban no pudo contenerse y se dirigió al micrófono para cantar a capela *Yo pisaré las calles nuevamente*. A duras penas pasó el estribillo por el sobrecogimiento que le produjo cantarle a un público chileno aquella emblemática canción, casualmente la primera que se aprendió de memoria, incluso antes que el himno nacional. Entonces se convirtió en la atracción principal. Todos vinieron a conocerlo.

Una pregunta se repetía una y otra vez por cada rostro nuevo que lo saludaba: «¿No te vas a quedar?».

Unas veces él respondía: «¿Para qué? Si yo nada más vine aquí por el curso».

En otras decía: «Yo nací en El Vedado. Tengo mi familia, mi novia y mi vida en La Habana».

Incluso llegó a decir: «No, la verdad es que no me hace falta».

La gente lo miraba como si fuera un marciano. Él quiso ser lo más convincente y respetuoso posible, y no esquivó ninguna pregunta por muy incómoda que le resultara.

A pesar de la insistencia sobre el mismo tema, Santiesteban pasó una noche inolvidable.

Para terminar el viaje con broche de oro, el domingo salió con Cardoso al timón.

Como faltaban encargos y regalos que comprar, fueron al Walmart más grande de Toronto. La tienda no tenía fin. En su vida había visto tantos estantes llenos de productos. Por ética, o quizá por pena, se privó de tirar fotos. La cajera, acostumbrada a contabilizar cuanta mercancía le pasaba por las manos en una tienda que tenía de todo, se asombró al ver dos reproductores de

DVD en la estera. Solo a Santiesteban, y a cualquiera que viviera en su tierra, se le ocurriría comprar dos. Lógicamente, con la venta de uno al triple del precio en Cuba, el segundo salía gratis para la casa y quedaba dinero de sobra.

Tres horas y media antes de despedirse, Cardoso lo llevó a la CN Tower, pero le dio miedo subir tan alto. Se contentó con mirarla desde los alrededores. La torre se perdía en el cielo. No hubo manera de tirar una foto donde cupiera completa. Trató de compararla con los edificios de El Vedado que él conocía. Se quedó corto. «Ni poniendo cuatro como el Focsa, uno arriba del otro», se dijo.

El vuelo de regreso aportó un hecho interesante: gracias a su pasaporte oficial, de una carátula roja que contrastaba con la azul de los pasaportes ordinarios, los trámites aduaneros en el aeropuerto de La Habana fueron expeditos.

Santiesteban estuvo días haciendo los cuentos del viaje y repartiendo encargos y regalos. «La nieve es lo que más me impresionó», decía. Sus seres queridos estaban encantados con las cosas traídas «de afuera». El reproductor de DVD que quería vender, sellado en su caja desde la tienda y por el cual él rezaba que estuviera en regla, duró menos que un merengue en la puerta de un colegio.

A la semana, la novia lo invitó a un espectáculo humorístico en el Karl Marx. Teatro repleto. Un monólogo detrás de otro, apenas con el tiempo para darse masajes en la quijada debido a la risa constante. El último fue sobre las experiencias de un habanero que viajaba al extranjero por primera vez. Llovían los aplausos en reconocimiento a un comediante que se burlaba de cuanta desgracia le pasaba e inventaba chistes hasta de las cosas más inverosímiles. El tipo, feo y simpático como nadie, se robó el *show* desde que levantaron las cortinas. La multitud se rio a piernas sueltas. Santiesteban fue el único que lloró.

Un cubano en la India

Al cubano cuando viaja al extranjero le pasan tantas cosas...

Es difícil encontrar a uno que no traiga una anécdota curiosa, que no haga un cuento gracioso, que no describa con pelos y señales tal o más cual suceso que al que nunca ha viajado, cubano también, le parece increíble. Y es más difícil que por sus cuentos no lo cataloguen de exagerado o autosuficiente.

Un paréntesis necesario: ¿viste que no tiene sentido complicarse con el llamado «lenguaje inclusivo»?

Bien, adonde iba.

Todavía me parece un sueño, pero yo estuve en la India por un curso hace dos años entre noviembre y enero, como quien dice: «El otro día».

El viaje de ida duró cuarenta y tres horas entre vuelos y escalas. Monté tres aviones: dos grandes a Moscú y Delhi y uno chiquito a Chandigarh. En el aeropuerto de Delhi merendé un sándwich que era picante puro. Debí haberme imaginado lo que me esperaba después.

A Chandigarh, que queda a unos doscientos kilómetros al norte de la capital, se le conoce como la Ciudad Bella. Tiene una arquitectura modernista y un gran interés en promover los lugares de esparcimiento y admiración a la naturaleza, sin apartarse de la estética occidental.

Olvídate de cuanto conozcas por revistas y documentales: las flores de la Ciudad Bella no tienen comparación. Las de las casas, los edificios, los parterres, las rotondas y las del jardín por excelencia: el Rose Garden. El famoso Jardín de las Rosas es un parque gigante que parece salido de un libro de cuentos, con caminos de serpiente pavimentados, árboles medicinales y cincuenta mil rosales de mil seiscientas especies diferentes. A los pocos jardineros que vi en toda la ciudad no los pude sorprender en otra faena que no fuera regando las plantas. Será ese el misterio de por qué los jardines, y sus flores, son espectaculares.

Chandigarh también tiene el Rock Garden, ideado por un ingeniero sobre la base de recolectar materias primas, desechos de construcciones y pedazos de cosas. El hombre dedicó años a un diseño que incluye bancos, muros, cascadas, parquecitos, puentes, caminos y, especialmente, esculturas raras. Aquello es una mezcla del Parque Lenin con una película de Frodo Baggins. Si lo miras en su conjunto, no puedes definir a qué época pertenece el Rock Garden o incluso si es de este mundo. Ahí te olvidas de la calle Monte a las dos de la tarde de un sábado o de la feria agropecuaria de Santa Catalina a fin de mes. Simplemente, disfrutas el paisaje, te relajas y vives.

Camina por la ciudad y verás que no todas las calles tienen aceras ni pasos para peatones. Y es que sigue en construcción. La tierra es arenosa y los parterres son muy anchos, algunos de hasta diez metros. Si quieres andar decente, tienes que limpiar los zapatos todos los días.

Pon atención al cruzar la calle porque, igual que en Gran Bretaña, Australia, Jamaica y demás, el tráfico es ¡al revés del resto del mundo!

Es típico que utilicen en la intersección de las calles una rotonda, como la de Guanabacoa, pero con estatuas, adornos y matas lindas. Hay rotondas que son verdaderas obras de arte. El carro que entra tiene prioridad, a diferencia de las rotondas tradicionales. Lo increíble es la sincronización que tienen los que entran, a una velocidad de espanto, con los que ya circulan.

Lo más difícil de soportar fue la sazón y el picante en la comida. Yo rezaba por que no estuviera cargada en especias y mucho menos en pimienta, pero lo normal para los nativos era inaguantable para mí. Claro, siempre hubo lugares occidentales con pollos fritos y hamburguesas, aunque yo no quería gastar todo el dinero del estipendio en esas cosas y la mesa bufé del hotel, con su picante, estaba incluida en el hospedaje. En cuanto al postre, el helado de vainilla no faltó nunca. Decían que era lo único que quitaba el picante del paladar. La proteína animal tampoco faltó en el hotel. Por cierto, ahora recuerdo que en los primeros días veía ardillas y urracas por los alrededores, pero con el tiempo vi menos. No, yo no creo que en la mesa bufé hayan puesto...

El hotel lo alquilaban para celebraciones de bodas. La del primer fin de semana fue una bulla que duró tres días, con desfile, trajes típicos, luces, flores, ceremonias, comidas y banda de música con una gaita que todavía el lunes seguía sonando. Los novios llegaron en un Mercedes y se fueron montados en un caballo blanco que le daría envidia al del rey Arturo.

Por la noche bajaba de diez grados y no había calefacción en la habitación, solo un calentador portátil chiquito que pedí en la carpeta y decidí poner al pie de la cama.

En la Ciudad Bella hacen un alto al mediodía, aunque esté por caer un meteorito, para tomar un té caliente con leche. Las calles se llenan de quioscos con fogones artesanales de donde sale una infusión que se sirve casi hirviendo. Las pocas veces que probé el té, aclaro que nunca fue el de los quioscos, me gustó. Solo una vez pequé de inocente, pues lo acompañé con unas galleticas que lucían de lo más ricas, pero tenían incrustado nada más y nada menos que ¡comino!, en vez de chocolate. Y al arroz blanco también le echaban comino. Esas combinaciones nunca las entendí.

Los perros más grandes que he visto en mi vida son los de la Ciudad Bella; la mayoría callejeros, igual que en Santos Suárez. Mototaxis hay más que bicicletas, que ya de por sí son muchas. Vacas en la calle hay más que mototaxis. Niños pidiendo limosnas hay más que vacas.

Suerte que en el curso éramos cuatro latinos. El español nos dio la posibilidad de hablar en los comercios cuando nos queríamos poner de acuerdo con algo. ¡Qué bueno era poder decir abiertamente: «No compres esa basura, que está cara cantidad», sabiendo que no te entendían! En las tiendas de aquí tienes que hablar por señas.

Yo seguía al costarricense, que era un experto negociando en la calle. Aprendí a regatear, algo que nunca hice en Cuba porque no tiene sentido; compres una camisa o un contenedor de camisas, el precio unitario se mantiene inmutable en el tiempo. Resulta que tenía unos dólares que necesitaba cambiar a rupias, la moneda oficial. Le hice caso al costarricense y fuimos a un banco que casualmente tenía otro al lado. Los diálogos fueron más o menos así:

En el banco uno:

—¿A cuánto está el cambio del dólar?

—Está a cuarenta.

—Gracias. —Y nos vamos al otro banco.

En el banco dos:

—¿A cómo está el dólar?

—A cuarenta.

—Yo tengo cien dólares americanos. En el banco de al lado me los cambian a cuarenta y uno.

—Cuarenta y dos —me dicen una vez que consultaron adentro con el jefe.

—Gracias, después volvemos.

En el banco uno de nuevo:

—Yo tengo cien USD. En el banco de al lado me los cambian a cuarenta y tres.

—Cuarenta y cuatro —me dicen, igual después de consultar.

—Muchas gracias. —Y nos vamos.

Para no hacer el cuento muy largo, después de varios *innings*, los cambié a cuarenta y ocho. Se dice y no se cree, ¡regatear en un banco!

En Chandigarh prepararon dos excursiones los dos últimos fines de semana de enero: una a Shimla y la otra a Agra. El dinero para los gastos de transporte y hospedaje se recogió días antes.

Shimla es una ciudad de un grupo montañoso que queda en la base de los Himalayas, a unos doscientos kilómetros al norte de Chandigarh.

El viaje es desesperante. No he ido a La Farola en Baracoa, dicen que es peligrosa la carretera, pero a la de Shimla no le gana nadie. Pasamos los precipicios con la punta de la goma casi rozando el borde. De milagro cabían dos carros y siempre había que arrimarse a la montaña o detenerse para dejar pasar al que venía por fuera.

Llegamos de noche a Shimla con el tiempo justo para bañarnos y comer un fricasé de pollo, o de urraca, con tanto picante que la lengua echaba candela. ¡Qué sufrimiento sin helado de vainilla! Nos acostamos cuando se extinguió la fogata gigante que habían hecho de recibimiento en el patio trasero del hostel donde nos quedamos.

Al otro día dimos un recorrido. Había restos de nieve y el chofer de la guagua nos convenció de no seguir hasta las cumbres heladas a unos kilómetros porque sería mucho más peligroso continuar el viaje de lo que ya había sido hasta allí. Yo, que solo conocía la loma detrás de la funeraria de La Víbora, miré aquella señal al borde del camino que decía 2350 metros de altitud y me froté los ojos.

En la plaza del centro de la ciudad puse sendas rosas al pie de las estatuas del Padre de la Patria y de su hija y me conformé con ver las cumbres heladas a lo lejos.

Los atractivos de Shimla saltan a la vista para quienes no estén acostumbrados a los entornos rurales. Las construcciones son ingeniosas: la casa que se hace desde la acera hacia el precipicio pone el parqueo del carro en su techo, que a su vez queda al nivel de la calle. Los monos andan como los perros, sueltos dondequiera. Los negocios con artesanías y bisuterías del lugar son una tortura para los que lleven poco dinero encima.

Debido a los factores altura y finales de enero, el frío fue insoportable, pero valió la pena dejarnos hipnotizar un fin de semana completo por una naturaleza impresionante.

La segunda excursión incluyó el sábado en la capital. La zona donde estuve en Delhi es lo más parecido a la calle Neptuno, pero con doble sentido y gente vendiendo cosas a ambos lados.

Fui a una feria subterránea inmensa, el Palika Bazaar, y me pasó lo siguiente:

—¿Cuánto vale esa saya? —Bordada a mano, de lienzo y con lentejuelas. Siempre pensando en mi esposa.

—Para usted son solo doscientas cincuenta rupias, señor —responde un tipo alto con barba y turbante.

—OK, gracias. —Yo nada más quería saber el precio para compararla con la que ya había comprado.

—¿No la va a comprar, señor?

—Ya tengo una —digo con la intención de dar media vuelta para irme.

—Señor, es de calidad suprema.

—Gracias, pero no.

—Se la dejo en doscientas.

—No —digo y me voy, pero veo con el rabillo del ojo que el tipo sale del mostrador.

—Ciento cincuenta. ¡Última oferta! —El tipo camina y sigue insistiendo detrás de mí.

—Que no, le dije que no me interesa.

—¡Cien!

—¿Cuánto dijiste?

Por supuesto que la compré.

Y el domingo llegamos a Agra, a doscientos treinta y tres kilómetros al sur de Delhi, célebre por tener una de las maravillas más hermosas del mundo, si no la más hermosa: el Taj Mahal.

Lee todo lo que quieras en Internet: de cómo un emperador mandó a construir un monumento en homenaje a su tercera esposa, quien falleció en el parto de su decimocuarto hijo, la descripción del lugar, los recursos que se destinaron, el tiempo en que se hizo... Mira fotos y videos, oye los cuentos de la gente, pero hay que estar allí para sentirlo de verdad.

Todavía recuerdo rebasar la entrada del paseo que lleva al afamado mausoleo de mármol blanco y que se ve imponente a unos doscientos metros. Cuando era chiquito, me empujaron a una piscina al aire libre en pleno invierno y no pude moverme, por poco me congeló. Algo similar me pasó frente al Taj Mahal. Tuve que tragar en seco varias veces, los pies me temblaban. Aquello es un Capitolio de merengue, a lo Walt Disney.

Para entrar a la base de la edificación y sus alrededores tienes que quitarte los zapatos o ponerte unas plantillas. Es la manera que tienen de conservar el lugar de tantos que lo visitan a diario. Después he visto fotos que se publican por ahí donde se ve poca gente, pero ese día había más de cinco mil personas.

Según la historia, el pollo del arroz con pollo es la tumba que el edificio contiene en el centro de su habitación principal y única accesible para el visitante. Adentro hay poco espacio, es medio oscuro, le das la vuelta en círculo como a la Ceiba del Templete y no puedes tirar fotos.

La edificación en sí tiene su magia, con las incrustaciones en piedras preciosas, una terraza a la redonda cuyo piso es casi un espejo, la cúpula y las cuatro torres, o los minaretes, según los entendidos. Y, por si fuera poco, un mausoleo a cada lado, jardines con estanques de agua cristalina y un río detrás que se pierde en la distancia.

¿Serán más excitantes la Gran Muralla China, Machu Picchu, Chichén Itzá e incluso las pirámides de Egipto? Documentate o piénsalo bien antes de responder.

Es una lástima que el Taj Mahal contraste con el lugar donde está ubicado, Agra, un empobrecido pueblecito de campo.

Además de las fotos de aquel domingo inolvidable, que a cada rato miro para decirme que sí estuve allí, la sala de mi casa está adornada con una réplica en miniatura del monumento. Por cierto, en las afueras de la tienda donde compré el adorno, había varios merolicos con ofertas similares pero a un tercio del precio. El costarricense me dijo que comprara las cosas en la tienda oficial, puesto que él no se fiaba de la calidad de los otros productos.

Y, ahora que lo pienso, yo estuve a punto de no ver el Taj Mahal. La entrada había que pagarla aparte; si mal no recuerdo, unas cuatrocientas cincuenta rupias. Hubo algunos del curso que se quedaron afuera porque no podían darse el lujo, según ellos, de gastarse tanto dinero. El costarricense tuvo razón desde el principio: a decir verdad, aquellas rupias no eran mías, sino una parte del estipendio. «A equino otorgado en dádiva generosa, no se le realizan exámenes odontológicos en los caninos superiores», me dijo.

En la India pasé mi primer fin de año fuera de Cuba. Nos reunimos en la habitación del azerbaiyano y a las doce de la noche salimos por los pasillos del hotel, cerveza en mano, a gritar el «¡feliz Año Nuevo!»; en inglés, claro está. Los pocos huéspedes y trabajadores que estaban despiertos habrán pensado, por la manera en que nos miraron, que estábamos borrachos o locos. A lo mejor es porque ellos no celebran esa fecha.

Son diez horas y media de diferencia con mi tierra. Gracias al correo electrónico, mis padres y yo nos pudimos mantener al tanto, aunque con un día de retraso. En los pocos teléfonos que encontré, cada vez que marcaba «0053» para llamarlos, la voz automática del otro lado decía: «Código internacional desconocido». Sin embargo, me pude comunicar con varios amigos de otros países sin problemas.

En el aeropuerto de Chandigarh tuve que poner cara de gato de *Shrek* para justificar que la ropa, el calzado y los productos de aseo de la segunda maleta eran para mi familia, ya que en Cuba no había esas cosas, y así me libré de pagar el impuesto por exceso de equipaje.

El regreso duró treinta y ocho horas, con las mismas escalas.

Por mi madre que yo me bañé todos los días, tendría que estar loco para no hacerlo, y lavé lo necesario, pero, cuando llegué, mi esposa me dijo que tenía una peste a jaula del zoológico de 26 que no había quién la aguantara. Habrá sido por la comida tan condimentada. Bueno, todavía me dice que al cabo de la semana yo sudaba raro. Pero el amor lo vence todo.

Ya te contaré, paciente lector, que hasta aquí conmigo has llegado, otras anécdotas del segundo país en población del mundo, donde nacieron el yoga, el *Kamasutra*, el ajedrez, Tagore y Gandhi.

El viaje

A Journey, una de mis bandas favoritas.

Vuelve a antojarse otoñal el séptimo mes del año en esta ciudad inundada con autos de Mercedes-Benz y Volkswagen. Amanece el lunes igual que el anterior: con un cielo encapotado y, sobre todo, frío para la época. Atrás quedaron los recuerdos de autos americanos de los años 50 del siglo xx, allá en la isla donde mis padres y yo tuvimos que acostumbrarnos a veranos interminables y ciclones tropicales.

Hoy poco le importa al sol, temeroso y escurridizo, que la barra de mercurio roce el número catorce cuando a las siete de la mañana vacilo en enfrentarme a la calle con la ropa idónea de octubre. Sin trazas de sueño, abro la puerta de la casa e imagino los rostros con los que me toparé: distantes, evasivos, quizá acongojados por una fría llovizna matutina que amenaza con extenderse hasta la tarde. Miro hacia delante y con el pie derecho comienzo un viaje cuyo preámbulo consiste en pedirle a los audífonos las canciones que mejor se adapten a esta mañana atípica.

Hace rato que aclaró, pero la calle, de nombre impronunciable, me recibe desierta. Sin darme cuenta, camino los primeros doscientos metros a un paso más rápido que de costumbre, como si la música que escucho me impulsara a pisar la mojada acera en pos de un tren mañanero que debo tomar.

Neil, ciego de nacimiento, viene a mi encuentro conducido por su lazarillo Schon y la llovizna amaina para propiciar el saludo del día. Tal parece que Neil guía a su perro, quien luce como una extensión del cuerpo de aquel. Hombre y animal conforman un ente mágico y se comunican en un lenguaje que solo ellos entienden. El transeúnte común descubre que al dueño le basta con rasgar suavemente la correa para que su compañero conozca cuál orden debe ejecutar, mas no sospecha que bajo esa simple acción subyace una sólida conexión espiritual. El fiel amigo meneas su cola al verme y emite un ladrido corto, la cuerda que los une físicamente pierde tensión y la pareja se detiene. Neil percibe mi cercanía, sonríe y recita sus dos versos favoritos:

So now I come to you

with open arms.

Schon y yo nos contagiamos con su sonrisa. Los tres caminamos en silencio el tramo que resta a la estación de tren. Llegamos con el tiempo justo para abordar el segundo vagón, que apenas

trae gente.

La misma ventana me espera a la hora exacta. Esta vez no necesito gafas. Las luces de la ciudad se apagaron y el relevo del astro rey brilla por su ausencia en un horizonte atestado de nubes. En el asiento del frente, una joven aeromoza de completo uniforme se diluye en un teléfono ultramoderno para charlar con su amiga de la infancia. Sus dedos teclean con la precisión de una pianista avezada y las letras pulsadas no solo se iluminan, sino que emiten notas distintivas, pero su mente está en otro lugar. Jona, así indica el membrete de la chaqueta, sabe que no verá a su esposo en cinco días y temprano en la mañana lo extraña demasiado. En señal de apoyo, su amiga le envía un tono que al reproducirse en el móvil no consigue consolar a Jona; todo lo contrario, le arranca una lágrima cuando la melodía recrea la conocida frase:

Well, my friend, I'm lonely too

I wanna get back to my city by the bay.

El frenado del tren disuelve abruptamente la canción al anunciarse la primera parada del trayecto.

A mi izquierda duerme un caballero rodeado de bultos que deben de haberlo acompañado durante años, como también lo sugiere una chaqueta desgastada con símbolos alegóricos al *rock 'n' roll* que despierta la curiosidad. Salvo las canas y un par de bultos descoloridos, el negro se apodera de este hombre, que no está dormido, pues su bota derecha acaricia el piso con una cadencia que delata un *blues* alegre, de esos que ya no se escuchan. Tal vez es un músico que vio pasar sus momentos de gloria y hoy se empeña en recordar aquel club nocturno donde compartía emociones con un público exigente que disfrutaba de su virtuosismo. Este señor, al que llamaré Ross en alusión a la bolsa de Rossmann que sobresale de sus bultos, mantiene cerrados los ojos y el ceño fruncido, y balbucea para sí en un lenguaje incomprensible, mientras que su diestra se apoya sobre el muslo y los dedos índice y del medio se roban la iniciativa. No lleva audífonos, tampoco escucho sonido alguno. La música se lo come por dentro. Mis sentidos intentan descifrar el movimiento de sus labios y tardo un buen rato en captar que tararea una interminable seguidilla:

Na na nanana, na na nanana...

Mi pie derecho se suma por instinto a su pegajoso ritmo, y el cartel lumínico del pasillo indica la proximidad de la segunda parada.

Un taconeo trepidante hace desviar la mirada de todos hacia una señora que irrumpe en el vagón a paso ágil y se sienta frente a Ross. Su esposo es el señor Smith, dueño de una prestigiosa clínica estomatológica. A la dama pocos le conocen el nombre de pila, ella es simplemente la señora Smith. No la recuerdo en otro calzado que no fuera ese modelo de tacones, los que se

esmera en repiquetear cual redoble de tambores para hacerse notar dondequiera que esté. Ahora ocupa dos puestos y no precisamente por su enorme anatomía: trae dos platillos y una pandereta que, junto a la cartera, coloca al descuido en el asiento contiguo. Con el propósito de aislarse como el resto, toma la cartera y extrae una revista que enseguida comienza a leer. El brusco movimiento hace que uno de los platillos se caiga. El estruendo del metal contra el suelo empasta a la perfección con el eco de un taconeo que mis oídos habían grabado inconscientemente, como bloque de una canción que culmina en el momento esperado. La señora Smith lo recoge y le reprende cantando:

So hold tight, hold tight

Ooh, baby, hold tight.

Después nos explica que los instrumentos son para su hijo menor que recién empieza a estudiar percusión.

En la tercera parada prácticamente se vacía el vagón y permanezco junto a Neil y su fiel amigo Schon, Jona, Ross y la señora Smith. Una joven pareja entra tomada de la mano en dirección a los asientos del fondo y el tren continúa su viaje. Los muchachos no escatiman en profesar su cariño delante de todos. Se dicen cosas al oído, sonríen con picardía y comenzamos a sentir un raro calor a pesar de estar abiertas todas las ventanillas de un vagón que marcha a 60 km/h. El amor que emana de la pareja nos entenece y logra succionarnos de la urna de cristal en la que veníamos desde antes de iniciar el viaje. Ellos continúan mirándose embelesados. Nosotros apenas notamos que ahora formamos parte de una charla amena como si fuéramos amigos. Súbitamente, el joven, de pelo lacio y rostro aguileño, se levanta frente a su amada, la mira y luego se arrodilla. Ella no puede explicar lo que está por suceder. Él extrae un anillo del bolsillo, le toma la mano y le pregunta si lo acepta a él, Steve, como esposo para toda la vida. La novia llora un «¡sí!» desgarrador que opaca el molesto chirrido del tren al aproximarse la cuarta parada. Con el sentimiento que requiere la ocasión, Steve, todavía arrodillado, le canta:

I'm forever yours, faithfully.

Todos estallamos en aplausos y chiflidos ante la mirada atónita de los que entran.

De tanta emoción casi olvido bajarme en la cuarta parada. Deseando haberme despedido con besos y abrazos de mis compañeros de viaje, debo correr hacia un andén que aguarda empapado. El sol se esfuerza por asomar el rostro y sobre el segundo vagón se vislumbra un incipiente arcoíris.

El tren tarda unos segundos en salir. Miro el reloj de la estación y calculo que tengo el tiempo justo para llegar puntual a la oficina. De pronto, la calma absoluta atrapa la estación de un zarpazo, como si alguien lo hubiese controlado todo con un único botón. Extrañado ante el suceso, sigo parado a pocos metros del vagón que me albergaba, en espera de su partida.

El transporte cierra sus puertas y reanuda lentamente su habitual recorrido. Mis amigos abandonan los asientos en busca de sus instrumentos y la mole de hierro se pierde en la distancia a los compases de guitarra eléctrica, piano, bajo y batería, mientras que, más allá del espectro de colores recién creado por la lluvia y el sol, una voz singular canta con el alma:

Wheel in the sky keeps on turnin'...

Reanudo el paso. Tal parece que salgo del concierto de una de mis bandas favoritas y no de una simple estación de trenes. Ganas tenía de sentarme un rato en uno de sus bancos, pero el deber me llama. Así y todo, mi mente divaga por un instante en un lindo recuerdo de mi época de adolescente, allá en la isla de veranos interminables y ciclones tropicales.

Un gran amigo de la secundaria desfila en solitario por el medio de la calle, vestido de negro, orondo, desafiante, sujetando con elegancia una vara larga donde ondea el estandarte de la banda americana del momento y chapurreando sin complejos un estribillo que nunca nos aburrimos de escuchar:

Don't stop believing

Hold on to that feeling.

Camino hasta la esquina y un mar de sombrillas negras ralentiza mi paso. Espero por la señal lumínica del hombrecito verde para poder cruzar la calle, también de nombre impronunciable. Cruzo. Me detengo frente a una edificación de cuatro pisos. El número de su fachada es recurrente en el pie de firma de cada mensaje de correo que envió de lunes a viernes en el horario de ocho de la mañana a cinco de la tarde. Antes de abrir la puerta principal, miro al cielo con la esperanza de que cese la fría llovizna y, solo entonces, me quito los audífonos.

Fin de semana

Linda se sorprendió por la mañana de no haber visto más nieve en los alrededores del edificio. ¿Se habría derretido durante la noche?

«Para volver a sentir el agradable caminar sobre un piso frío y crujiente, habrá que esperar a la siguiente nevada». Eso creyó entenderle a su papá, quien hablaba lo imprescindible y hoy no iba a ser el día que decidiera repetir sus palabras, aunque decía hasta el cansancio que donde él nació, en una isla allá por el Caribe, solo veían la nieve por la televisión.

En el corto recorrido matutino, Linda recibió saludos de los amigos de la comunidad que mantienen sus costumbres tan temprano, pero no vio a todos los que esperaba. Su papá la guiaba y, por momentos, le interrumpía con alguna observación que le impedía concentrarse en comprender cuán diferente es la vida cuando la nieve nos abandona. Hasta el carácter de los vecinos cambia. Menos el de su papá, que permanece impasible como las paredes del edificio. ¿Sería tan distinta la gente de aquella isla del Caribe donde nunca había nevado?

«En realidad, no puedo quejarme —pensó Linda—. Mis verdaderos padres me abandonaron al nacer y, si a estas alturas quedan pocos recuerdos de mi estancia en el centro de adopción, es porque el amor de mi actual familia me ha hecho olvidar aquellos ajetreados días».

De regreso al edificio, le pasó por delante el muchacho que habitualmente rueda los contenedores de basura entre el nicho de la entrada y el camión que espera en la calle; ahora con las manos libres, otra ropa y un olor diferente. Ansiosa por saludarlo, se detuvo, pero él siguió de largo como si no la hubiese visto.

Al entrar en casa prosiguió con el mismo razonamiento de minutos antes para convencerse una vez más de que había sido dichosa: «Me acogió un matrimonio con un hijo muy pequeño y hoy estoy orgullosa de tener un hermanito para jugar y contarnos historias de todo tipo y una mamá y un papá que son una bendición». Sonrió y caminó hacia el refrigerador; con el apuro por ir de paseo, se le había olvidado desayunar.

Algo distrajo su atención y decidió postergar la leche que religiosamente tomaba por la mañana. El televisor encendido era señal de estar su hermano acurrucado en el enorme sofá de la sala, con una taza de chocolate caliente, disfrutando la programación infantil antes de ser llevado a la escuela. Lógicamente, fue a darle los buenos días. Había salido antes de él despertarse y por nada del mundo se perdería la alegría que veía en sus ojos con cada amanecer. Se sentó a su lado, pero él no le hizo caso. Ni trayendo la pelota azul pudo apartarlo de unos dibujos animados que ella nunca entendió.

Sintió el revoloteo de la urraca en el balcón y quiso ir a espantarla. No era justo que las plantas, que mamá cuidaba con tanto esmero, tuvieran que sufrir los picotazos del malvado pájaro; el frío

ya era suficiente motivo de preocupación para ellas. Pero no hizo falta salir en defensa de las vulnerables: la urraca se fue volando como mismo vino.

Pronto captó que hoy el ambiente en casa era distinto: no veía las conocidas carreras que se formaban al prepararse para ir a la escuela y el trabajo.

«A mi hermano lo agita mi papá cuando se le hace tarde y a este lo apura mi mamá que, sin apartarse de la ternura, siempre dice la última palabra, porque es toda sabiduría», recordó Linda, y su rostro no podía mostrar mayor felicidad.

Entonces se paró en el medio de la sala.

—¿Y dónde está mamá? —preguntó a todos.

Oyó su voz amorosa, que sonaba como una canción de cuna, desde el dormitorio principal. Hacia allá corrió. Cuando la vio en el umbral de la puerta hablando con papá en la cocina, decidió quedarse en el pasillo, el cual conecta a todas las habitaciones de la casa, para desde allí estar al tanto de un diálogo crucial.

—Sírvale la leche —dijo mamá.

—Sí, claro —respondió tranquilo papá, abriendo el refrigerador.

—Hoy es sábado —dijo mamá—, pero la perra no entiende de levantarse tarde el fin de semana y debe de tener hambre.

—¡Linda, ven!

Y ella no podía resistirse a esas palabras mágicas de su papá.

La peña del parque

—Oye, Oscarito, ¿la peña del parque se mantiene? —le pregunté a mi amigo de la infancia.

—Sí, ahí está. Y hoy sábado viene más gente. Cuando tú quieras, vamos.

—Bueno, andando se quita el frío, *brother*.

La tentación de ir a la peña deportiva del parque era muy grande. Imposible no extrañarla después de veintitrés meses.

Ya no podía seguir la Serie Nacional como antes. Viviendo afuera tenía que conformarme con la poca información que publicaban y los escasos juegos que se transmitían por Internet; aunque, honestamente, dejé de seguirla cuando empecé a ver otra pelota de mucha más calidad. Con la aplicación MLB At Bat y la subscripción de MLB.TV para ver todos los partidos, aun con el inconveniente de la diferencia horaria entre Estados Unidos y Europa, era lógico que me inclinara por el béisbol de Grandes Ligas. Iría entonces a la peña con una idea bien clara: debatir sobre el mejor torneo de pelota del mundo; en el que también había unos cuantos cubanos, sea cual fuera la vía por la que llegaron allí.

Nos llevó diez minutos a Oscarito y a mí caminar las dos cuadras que hay de su casa al parque. Los vecinos me saludaban y preguntaban lo mismo de siempre. La mata de aguacate de Juan Francisco estaba llena de flores. El mostrador del quiosco de Alexander no conocía tiempos malos y las *pizzas* salían una detrás de otra. La riquísima de Odalys, con su licra de infarto y descalza, baldeaba agua del portal para la calle.

En la medida que nos acercamos, comencé a reconocer varios rostros en el gentío. Solo los dos fundadores de la peña ocupaban el único banco en buen estado del parque. Rodeados de fanáticos y curiosos, estos dos viejitos eran eminencias en el deporte de las bolas y los *strikes*. Se habían ganado el respeto y cariño de todos por la objetividad e imparcialidad de sus análisis, los cuales hacían cuando notaban que la discusión se estancaba, o bien se apartaba demasiado del objetivo inicial. Era costumbre que se hiciera silencio total si levantaban la mano para hablar.

Esta vez, parecía que el debate recién había empezado, porque eran pocos los que gesticulaban y hacían valer sus criterios.

—¿Quién me viera a mí en la nieve? —decía Yoel, el mensajero.

—¡Frío, que venga el frío! —gritaba mi amigo Dagoberto, alzando los brazos y mirando para arriba.

«¡¿No están hablando de pelota?!», pensé mientras me unía al nutrido y entusiasta grupo. Miré a Oscarito, quien se rio cuando le pregunté qué clase de peña de pelota era aquella. Con todo lo que me había preparado. Las ganas que tenía de hablar sobre equipos, peloteros, estadísticas, jugadas y cuanto dato me sabía de memoria del deporte que más reglas y números tiene. Que

hablaran de cualquier otra cosa menos del frío, del que me había ido huyendo hacía unos días para recargar las pilas bajo este sol habanero que en nada se parece al europeo.

—Psst, aquí les traigo al experto en bolas de nieve —dijo Oscarito, abriéndose paso entre el círculo de fanáticos más cercano a los fundadores y poniéndome un brazo sobre el hombro.

Rafael, el presidente, fue el primero en hablar:

—Muchacho, estabas perdido. ¿Cómo te va en el primer mundo?

—Con frío, Rafael. Y hoy vengo loco por oírlos a ustedes discutir de pelota y ahora veo que son fanáticos de Rubiera.

—Chico, es que anoche el tipo anunció otro frente frío. El tema está bueno, ¿tú no crees?

—Mmm, sí, es verdad, Rafael —dije y, dirigiéndome a todos, prendí la mecha—: Bueno, señores, díganme una sola cosa buena del frío.

Enseguida la polémica se puso al rojo vivo, cual si fuera sobre los mejores peloteros en la historia de las series nacionales.

—Fácil: no sudas —respondió Rafael.

—No se te va el dinero en el aire acondicionado —dijo Dagoberto, tocándose el bolsillo del pantalón.

—Dormir con colcha —dijo el flaco de espejuelos, de quien nunca me acordé cómo se llamaba.

—¿En el frío hay mosquitos? —preguntó un muchachón con un pulóver del Barcelona.

Fueron varios los que intervinieron, la mayoría con razonamientos lógicos, pero el invierno cubano no es invierno. ¿Cuántos habrían visto la nieve? Esa que dura quince días y te obliga a caminar despacio. La mierda blanca.

El otro fundador, Benítez, el de la gorra de los Yankees, levantó un dedo y todos se callaron como si aquel hubiera pulsado el *mute* del control remoto del televisor.

—Gracias, mi gente —dijo—. Bueno, extranjero, dime qué de malo tiene el frío. Una sola cosa. Convénceme.

Hablar de pelota estaba descartado. Igual le darían por la vena del gusto a un tipo como yo, cinta negra y tercer dan en inviernos. Mil y un cuentos que contar.

En primera, el sol no calienta igual. Incluso dicen que los rayos ultravioleta son más dañinos. Súmale que casi todos los días está nublado y no sabes si son las nueve de la mañana o las dos de la tarde. El recorrido del sol tampoco es el mismo y el día es más corto. A las cuatro de la tarde ya es de noche, y eso solo les cuadra a los vampiros; si es que todavía alguien cree en ellos. Después están los árboles, que se quedan sin hojas. Se pierden el verde, las flores, los mirlos, las ardillas... y la gente empieza a vestirse de negro. Yo odio la nieve, de verdad. Puede parecer muy bonito todo de blanco y, en realidad, es aburrido, triste, monótono, además que resbalas por cualquier cosa. Sí, está bien que no sudas, pero te demoras media hora vistiéndote, por todo lo que tienes que ponerte, desde el gorro hasta los guantes y la bufanda. Una vez por poco me orino en los pantalones al llegar a la casa porque se me trabó el zíper del abrigo. Los restaurantes y las cafeterías quitan las sillas de la acera, donde antes te podías sentar a tomar algo tranquilo en lo que veías pasar a la gente. Ni pensar en ir a un parque o pasear por ahí. Las ventanas de la casa: cerradas casi todo el día. ¿Y la calefacción? Puesta a toda hora. El aire adentro es distinto:

respiras seco, raro, viciado. ¿Qué decir de cosas tan elementales como la cerveza, los helados y andar descalzo en la casa? De eso nada, mucho té caliente y dos pares de medias. Puede bajar fácilmente a menos cinco grados durante tres semanas, peor si te mueves hacia el norte. No hay quien aguante eso, ¿o seré yo muy friolento? Con quince grados, que aquí en La Habana es frío, yo haría una fiesta allá afuera. De todo eso y mucho más les hablé.

La gente me escuchó con atención. Hicieron algún que otro comentario que cuestionaba cosas que nunca habían oído, o bien me llevaron la contraria porque ese era el instinto en cualquier discusión. Razones tenía de sobra de mis últimos cinco años europeos. Así y todo, me iba de vacaciones a Cuba en invierno, ya que cuarenta años habaneros eran más que suficientes para no querer saber nada del verano cubano.

Al cabo del rato, ni se acordaban de mí y la algarabía había vuelto a su nivel de siempre. Gritos, manoteos, pasos al frente, ceños fruncidos, brazos cruzados, burlas, risas... El típico cubano.

¡Qué decepción venir de tan lejos y perder una batalla que creí ganada desde el principio! No pude convencerlos con ninguno de mis argumentos. En algo tenía que pensar para poder despedirme victorioso de la peña del parque. «El frío se aguanta con ropa, extranjero», me dijeron varios, entre ellos Oscarito. Estaba claro que si veían lindo el blanco de la nieve, igual dirían del negro con el que casi todos se vestían allá afuera. Sí, la ropa, siempre la ropa...

De pronto me acordé de Odalys y su licra de infarto. Esa sería mi arma secreta. Nadie podría batear mi recta de 105 mph. Me sentí ganador.

Benítez me vio pedir la palabra y se quitó la gorra más vendida de la galaxia. Entonces se volvieron a oír las guaguas de la calzada a dos cuadras y el sinsonte en la mata de aguacate de Juan Francisco.

—Perdiste, chama —dijo Benítez sonriendo.

—¡Esto no se acaba hasta que se acabe! —dije con la autoridad de quien conoce el futuro.

De nuevo me convertí en la atracción principal de la peña. Aquella frase de la leyenda Yogi Berra había activado el resorte exacto en cada uno de sus integrantes.

Inmóviles, como congelados por un invierno que quizás algún día no les quedaría más remedio que soportar, se poncharon con un argumento que los cogió desprevenidos:

—¿Ustedes se imaginan a la riquísima de Odalys en el frío de allá? Tanta ropa arriba que tú no sabes si una jeva está buena o no. ¿A quién vas a vacilar con todos esos trapos puestos, eh? Incluso hay veces que de lejos no se sabe si es un tipo o una tipa...

Le guiñé un ojo a Oscarito y me fui sin esperar respuestas.

Habría sido uno de los fundadores quien empezó a aplaudir. El resto hizo lo mismo.

La musa

A Javier siempre le gustó leer. Desde niño le fascinaron los policíacos y la ciencia ficción. Empero, nunca sospechó que pasaría a ser un elemento activo en la disciplina de las letras y una soleada mañana de marzo, a escasos días de cumplir treinta y seis años, comenzó a escribir poemas como pasatiempo.

En el ámbito laboral, su redacción y ortografía llegaron a ser impecables, siendo la tesis de maestría el mayor reto que hubiera enfrentado, pero nunca había aplicado sus empíricos conocimientos literarios al arte de hacer poesía.

Las circunstancias específicas que lo impulsaron a seguir los pasos de Neruda no estaban tan claras. Simplemente, tenía ganas de escribir o, más bien, le hacía falta. La musa que lo inspiraba y a ratos él plasmaba en sus versos era su entonces novia, a la cual adoraba y consideraba la mujer de su vida.

Javier recordaba haber garabateado en unos pólits ciertas ideas en bruto que alguien o algo, no podía explicarlo, le traían a la mente y después las refinaba con mucha dedicación, evitando la rima y la métrica. Los amigos alababan el dramatismo que afloraba en sus versos, mientras que la novia no entendía por qué se empeñaba en rubricar tanto sufrimiento; él tampoco. A menudo se releía y luego sacaba sus propias experiencias, las que enriquecía con las opiniones del naciente público para liberar cada nuevo poema más cautivador que el precedente.

Un tiempo después de terminar, muy a pesar suyo, una relación que llegó a considerar indestructible y eterna, Javier pudo comprender el verdadero motivo de la mayoría de sus creaciones. Las historias que contaba se referían a lo que nunca deseó que sucediera: separarse de ella. Su noviazgo iba viento en popa y a toda vela y, quizá sin quererlo, su poesía reflejaba el absurdo de lidiar con la soledad, de extrañar al ser querido que le abandona o vivir con un amor no correspondido. Desafortunadamente, el improbable escenario recreado en versos se hizo realidad.

Durante semanas Javier estuvo destrozado por la ruptura. Apenas hablaba en el trabajo, mientras que en la casa se encerraba, incluso los fines de semana. La soledad del hogar era su mejor amiga. A regañadientes, fue con los colegas del departamento al concierto de una experimentada bolerista un sábado por la noche. Allí aprendió que las grandes creaciones no le cantaban al amor, sino todo lo contrario: al desamor. El pecho oprimido por la desilusión, el desengaño y otros sentimientos que acongojan el alma eran el caldo de cultivo de poetas y cantantes.

Esa noche, al regreso del concierto y visiblemente conmovido, escribió en un pequeño cuaderno el estribillo de una canción que acababa de ocurrírsele. Ahora sí sentía la soledad en carne propia, ¡qué fácil se le hacía escribir! Decidido a no dejar para después las ideas que lo

asaltaban, aprovechó la tranquilidad de la madrugada del recién comenzado domingo y, cuando los rayos del sol lo saludaron, ya tenía su primera canción: una balada, con los mismos ingredientes de aquellos éxitos de los años 80.

Contento de haber acoplado los versos de la canción con una rima pegajosa, intentó memorizar la melodía y el ritmo, pues desconocía una teoría que le permitiera transcribir la música o al menos descifrar los acordes. El tema le pareció refrescante, sencillo, algo comercial y a esto último podía sacarle provecho si alguien con recursos lo tomase en serio. Analizó si valdría la pena registrarlo en derecho de autor, grabarlo, difundirlo y materializar otros proyectos, pero los planes se sucedían con tal rapidez en su trasnochada mente que prefirió descansar para después examinar con calma cada paso.

Javier durmió seis horas seguidas y, al despertar, su primer pensamiento fue hacia la musa, irreal y convincente, de la noche anterior. A ella le agradeció la visita con una sonrisa que mantuvo el resto del día.

Feliz por su nuevo engendro y esperanzado en repetirlo bajo la tutela de la estrenada deidad, se dedicó de lleno a componer canciones románticas en las semanas siguientes. Por esa fecha se las arreglaba para hallar el momento apropiado en su cuarto de estudio, donde los versos fluían con relativa facilidad. Las melodías impregnaban su mente, a la espera de verse realizadas en grabaciones, mientras que las letras se afianzaban en la computadora y desde allí deleitaban a amigos y conocidos. Uno de ellos vino un día con su hermano, músico instrumentista de escuela, quien después de oír a Javier tararear el primer tema dictaminó que en la melodía predominaban los acordes menores, lo cual era típico en canciones de corte triste. «No hay por qué preocuparse, Javi: no tienes a nadie que perder», se consoló él mismo cuando su amigo y el hermano se fueron.

Javier siguió escribiendo en su tiempo libre. El cuerpo se lo pedía.

Al culminar la sexta canción se desvanecieron los poderes de la musa o él no fue capaz de continuar captando las intenciones de aquella. El poeta se sumió en una angustia que duró días. Intentó de todo a fin de crear nuevos hábitos y atraer la inspiración. Pensó que probar otras rutas, hacia y desde la oficina, escuchar música de diversos géneros y leer para dormir darían sus dividendos. Al cabo de un mes, solo consiguió sacarle media docena de palabras al teclado. Entonces cogió el bolígrafo, pero su mano tampoco le respondía.

Una tempestuosa noche de octubre se resignó a dejar en seis temas su soñada carrera musical y se aventuró a narrar una novela de misterio, de esas que a él le encantaba leer antes de acostarse. Tenía sed de escribir. Empero, no sabía cómo desahogarse en el editor de texto. Ahora no contaba con una musa y apenas pudo alcanzar la segunda página, sin una idea clara de cómo caracterizar un personaje, mucho menos elaborar el nudo de la novela. Aun así, no abandonó su propósito de escribir y mantuvo el bolígrafo y los pósitos a mano en sus salidas a la calle.

Fue una de esas tardes, de regreso a casa, cuando la vio por primera vez en aquella guagua.

Hora pico. Un calor sofocante, de esos que noviembre le pide prestado a junio. Decenas de pasajeros apretujados unos a otros, algunos felices junto a las ventanillas que miraban el este y la mayoría a punto de desmayarse en las del oeste. Nada de lo cual parecía notar Javier desde su

asiento, pues hacía rato que sus ojos tenían un único objetivo. A decir verdad, no sabía cómo mantenerse sentado ante semejante belleza: piel canela que le haría la boca agua a cualquiera, nariz dibujada a lápiz con trazos perfectos, pelo corto y un cuerpo de guitarra que anunciaba treinta y tantos años con sumo desenfado, quizá cuarenta, pensó él.

Cada vez que ella intentaba acomodarse el pelo, demasiado corto como para que hiciera falta retocarlo, él seguía aquella mano experta con la vista. Hasta que, en contra de su voluntad, quedó hipnotizado cuando la vio sonreír, tal era la magia irradiada por la encantadora mujer. Ella continuaba charlando con su amiga y aparentaba no notar cómo él la observaba con tanta ternura. Minutos después, siquiera vaciló ella en responder una llamada del insistente móvil mientras él pedía a gritos que abrieran nuevamente la puerta trasera al haber olvidado bajarse en su parada.

La tarde siguiente Javier se bajó en su parada a la misma hora y se puso a revisar las anotaciones que había hecho en los pósits cuando una voz familiar le interrumpió amablemente:

—Oye, si te invito a un helado, ¿me dedicarías la canción que estás escribiendo?

¡Era la Criollita de Wilson del día anterior! La tenía cerca y no solo caminaba a su lado, sino que se había lanzado con una pregunta en extremo original. Quedó estupefacto y a duras penas pudo decir:

—S-sí, ¿p-pero c-cómo tú...?

Ella sonrió al escucharlo tartamudear. Enseguida desaparecieron las nubes y el sol le hizo una reverencia a su flamante reina. Ahora sí cobraba sentido para Javier lo último que había escrito. Sin lugar a duda, ella era su musa, quien no tardó en explicarle el motivo de este encuentro.

Él no advirtió que, por obra del destino, estaba sentado en la guagua junto a la mujer que lo había embelesado veinticuatro horas antes y se abstraía al escribir los versos iniciales de una balada que le rondaba la cabeza desde bien temprano.

Ella lo reconoció al instante. Recordó que el día anterior lo había impresionado y le causó gracia que él estuviera a punto de perder su parada por culpa de ella. Esta vez no lo quiso importunar. Era evidente que él estaba inspirado y concentrado, a tal punto que no se había percatado de su presencia. Le dejó escribir y a ratos miraba sus anotaciones, esperando por el momento oportuno para conversar, puesto que el tema de aquella canción en ciernes le llamaba mucho la atención.

Pasados unos minutos, el poeta se levantó bruscamente y se dirigió a la puerta. La musa no resistió la curiosidad de conocer el estribillo o, al menos, descubrir qué personalidad se escondía detrás de alguien tan romántico y se bajó detrás de él.

Un impulso loco e incontrolable hizo que la musa le preguntara algo atrevido en plena acera y ahora, bajo los efectos de un delicioso helado de fresa y habiéndole contado todo lo ocurrido, se emocionara profundamente al enterarse de que el poeta ya había comenzado a dedicarle aquella canción desde esa misma mañana.

Gracias a la música

Miro al mundo y me doy cuenta de que gira
mientras mi guitarra llora apaciblemente.

GEORGE HARRISON

«La música es el mar que con sus perennes olas, unas veces rítmicas y otras tempestuosas, nos baña de matices sonoros. La música es el sol que no calienta a todos por igual y solo aquellos iluminados la sienten cada día. La música es la nave que nos transporta hacia el infinito y desde allí apreciamos la pequeñez del mundo y la grandeza del ser humano».

¡Qué bonito habla el maestro! Él siempre suelta cada frase, pero *pa* mí que esta vez se le fue la mano. *Na*, qué va, es de cariño. Yo lo respeto y admiro cantidad.

Pues venía yo tranquilo en mi bicicleta con la vista fija en el tramo de calle que tenía delante y recitando las palabras del maestro cuando...

¡¡Búmbata!!

No pude esquivar el camión.

¡¿Cómo el bárbaro este se llevó el pare?!

Traté de levantarme. Fue por gusto. Me habían chocado por el costado izquierdo y todo eso me dolía como si me estuvieran dando candela. Empecé a ver borroso y...

—Ya pasó lo peor, Mayito —dijo mi mamá cuando me desperté.

—¿Dónde estoy?

Mi mamá se demoró en responder. Estaba alterada, nerviosa, con los ojos rojos. Me puso una mano en la cabeza, tragó en seco y casi llorando dijo:

—Seguro te dan el alta pronto, mijo. Y fíjate, tienes que ser fuerte y echar *p'alante*.

—¡¡Me amputaron el brazo!!

¡No podía creerlo!

Mi mamá trató de calmarme, más bien me aguantó el otro hombro, y no tuve más remedio que quedarme acostado. Entonces hizo el cuento de cómo el propio chofer del camión me había traído al hospital y un amigo del barrio que vio el accidente la avisó en la casa. También resumió la explicación del médico al salir del salón de operación: hicieron todo lo posible por salvar mi antebrazo izquierdo y su mano.

Miré otra vez lo que quedaba del brazo: llegaba un poquito más allá del codo.

—¿Y ahora qué voy a hacer con mi vida? —pensé en voz alta.

—Vivir con lo que tienes y aprender a vivir con lo que te falta —dijo mi hermana, que estaba sentada en la punta de la cama de aquella sala de hospital donde estuve un par de días antes de

virar *pa* la casa.

«¡Quince años y manco!», fue lo primero que me vino a la mente cuando me vi solo en el cuarto. Y qué clase de palabrita: sonaba a recta de Chapman por la cabeza. A sufrir en el tecnológico, se acabaron las jevas, la música...

—Mami, ¿y la guitarra? —grité bien alto, *pa* que me oyeran en todo el edificio.

Algo dijeron desde la cocina, pero lo poco que entendí no me gustó nada. Salí del cuarto con la cabeza echando humo.

—¿Cómo que «guardada»? ¡A mí no hay quien me la quite! —dije y ya lo tenía decidido.

De no haberme acordado palabra por palabra cómo el maestro definía la música, hubiera prestado más atención al timón y hubiera podido esquivar al loco ese que me dio el trastazo. Peores sustos había tenido en la calzada de Luyanó y nunca me caí del chivo ni choqué. Vaya, eso fue antes de las clases de guitarra. El *teacher* estaba claro: «La música es algo especial, por eso necesitas entregarte a ella ciento por ciento». «Y no pega con la bicicleta», le pondría yo al final.

—Oigan bien: yo no voy a dejar las clases —volví a la carga, sin hacer caso a lo que hablaban—. Mañana mismo llamo al maestro.

Mi mamá miraba *pa'l* techo, mi hermana miraba *pa'l* piso...

Silencio total.

—Bueno, está bien. Lo dejo *pa* cuando me quiten los puntos —negocié.

Pero el dolor en el codo no había quién coño lo aguantara. Difícil que se me fuera a quitar en dos semanas.

Pasaron los catorce días y ya estaba listo *pa* la pelea.

El maestro me recibió como si nada hubiese cambiado. Habló poco. Yo me entusiasmé más de la cuenta.

—Olvídate de la guitarra española, Mayito. Búscate una eléctrica y tú verás. Talento te sobra —recomendó quien me enseñaba desde hacía tres años.

Vendí la guitarra clásica y las piezas del chivo que pude rescatar y a los cuatro meses reuní un poco de dinero para comprarle una guitarra eléctrica de medio palo a un músico de la Casa de la Cultura. Yo creo que la rebaja que hizo fue porque nunca había visto a un manco tan *entusiasmao*, a no ser que estuviera puesto *pa* mi hermana, que estaba presente, y quisiera ganarse un punto conmigo.

Guitarra en mano, aproveché y fui a ver al maestro, que me había llamado el día antes *pa* darme una buena noticia. Había mandado a hacer una especie de garfio que se amarraba al codo con una tira de pega-pega y terminaba en un ganchito de metal que hacía la función de púa. Fue casualidad, y de las malas, que perdiera la mano izquierda, pero al ser zurdo podía mantener la derecha *pa* los acordes y era cuestión de acostumbrarme a puntear en vez de digitar. Bueno, y acostumbrarme a pila de cosas más.

El *teacher* me ayudó a ponerme la guitarra con su faja y después ajustó el invento en el brazo malo. Toqué los primeros acordes con los ojos aguados. No todo estaba perdido, al contrario: ¡podía tocar la guitarra!

Tenía que dedicarme al *rock*, que ya me estaba empezando a gustar. ¡La música es lo más grande del mundo!

Cuando llegué a la casa, mi mamá me estaba esperando con un equipo de multiefectos de segunda mano en muy buen estado y cara de haberse sacado algo en la bolita. No digo yo, una guitarra en modo *clean* suena rico, pero con distorsión es mejor. Enseguida configuré el timbre que me cuadró y en menos de media hora aprendí a ponerme la guitarra y conectarlo todo sin pedirle ayuda a nadie.

A los dos años el maestro me dijo que mi ritmo de aprendizaje había sido fenomenal en los últimos meses. Podía seguir yendo a sus clases, claro, pero no le quedaba mucho por enseñarme. Según él, ya yo estaba preparado para dedicarme en serio a la música. «Mayito, no tienes nada que envidiarle a los guitarristas profesionales que conozco», terminó diciendo, y sentí una cosa de lo más rica en el pecho, como si me hubiera tomado dos jarras de té acabado de hacer en enero o febrero.

Me gradué de técnico medio con buenas notas y encontré pincha en una empresa informática, pero, cuando me sentaba en una máquina, no sentía ningún calorcito en el pecho. Mi vida seguía siendo tocar, practicar y tocar...

Salía *pa* la calle con mi guitarra en la espalda, sin complejos, mirando siempre *p'alante*, y le decía a todo el mundo que lo mío iba en serio.

Muy pronto aparecieron músicos de varias bandas de *rock*. Querían comprobar si de verdad era bueno, aunque creo que más bien pensaban en la posibilidad de captar a un guitarrista discapacitado como yo. El invento que tenía puesto sería un gancho *pa'l* público; nunca mejor empleada la palabrita. La gente diría: «¿Un manquito que toca la guitarra? ¿No jodas? ¡Eso no me lo pierdo ni muerto!», y otras cosas por el estilo. Al final irían a vernos. Así que no iba a echarle la culpa a los interesados en contratarme. Yo sería «el nené» en cualquier concierto. *Pa* mi mamá siempre lo había sido, qué más daba *pa'l* resto.

Me decidí por un piquete que nadie conocía. Es que no eran una banda todavía. Tres tembas aficionados que sonaban bien y tenían oficio, eso sí, no iban a llegar a ninguna parte sin una guitarra eléctrica. Su director soñaba despierto con miles de ideas para salir adelante y hacerse popular. Si yo era informático y guitarrista, ¿por qué él no podía ser veterinario, también de profesión, y bajista? El tipo me convenció en un dos por tres. Se le ocurrió preguntarme si me sabía el solo de *Hotel California*, que era como preguntarle a un niño si quería comer helado de chocolate. La canción en inglés más escuchada de toda una vida en Cuba, ¡sin discusión alguna!, y que yo tocaba desde hacía meses con los ojos cerrados. No hizo falta que me oyera hasta el final. Ya teníamos el primer tema. Ahí mismo nos pusimos a montar el segundo, ese de los Beatles que muchos conocen como *El llanto de mi guitarra*, pero de seguro no todos saben que el solo es de Eric Clapton.

¡Cómo pasa el tiempo! Ahorita cumpla seis meses con mis músicos. Son gente muy chévere, la verdad.

Por cierto, el director se da un aire al maestro, a quien le doy una vuelta de vez en cuando, como es lógico, y entonces me acuerdo de aquellas palabras tan lindas:

«La música es el mar que con sus perennes olas, unas veces rítmicas y otras tempestuosas, nos baña de matices sonoros...».

Pero, ¡ojo!, que ni se me ocurra volver a recitarlas antes de cruzar la calle, no vaya a ser que de pronto se aparezca otro loco manejando un camión y me coja fuera de base. ¡Solavaya!

CAPÍTULO DOS: CONFESIONES DE INVIERNO

Renacer

Fue el destino, o la dicha, quien puso en mi camino a una mujer como tú. Y el solo hecho de haber intentado entrar en tu vida cambió la mía por completo.

Diluidos en un colectivo numeroso y devoto del trabajo, cualquier posibilidad de vernos, saludarnos o conversar era prácticamente nula. Así y todo, fue inevitable fijarme en ti, como también aproximarme sin reparos y fomentar alguna que otra charla sobre temas traídos por sorpresa. Con el tiempo llegaste a ser una especie de polo magnético, y mi mente concibió la respuesta esperada: orientar cada paso en tu dirección.

Al principio sentí envidia por el lenguaje de aquel perro callejero al que le regalabas parte de la merienda a las nueve y cinco en la puerta del trabajo. Después me intrigó el comportamiento de las losas de la recepción que se encendían con el rítmico caminar de tus tacones mientras las lámparas del techo alumbraban con mayor intensidad sobre tus sensuales hombros. En la medida que fui adentrándome en tu ambiente, me dejé llevar por la tensión que se creaba en el aire cuando fruncías el ceño y hasta llegué a entristecer junto a los adornos de tu buró si te ausentabas de la oficina.

Pero eso no era todo, tenía que haber algo más en ti.

Y, en esa lucha constante por descubrir la inexplicable onda que me conectaba contigo, comencé hablando de música y terminé invitándote a salir. Al final salimos. Más de una vez. Yo me sorprendí doblemente: por haber tenido el valor de invitarte y porque aceptaste sin dudarlo.

Fueron sitios emblemáticos de La Habana que, quizá amañados por la fortuna, se relacionan con el mar. Es fácil evocar un restaurante a la entrada de la bahía, una fonda de mariscos del Barrio Chino y el Malecón.

Mas si exquisitos estuvieron los platos degustados y acogedores los entornos, al punto de encantarnos cual cuento de hadas, la verdad es que apenas noté dónde estábamos. Podía ser el paraíso, éramos nosotros dos y nada más importaba. En cada lugar fuiste el centro de mi atención.

Eres un faro que cualquier navío extraviado anhela divisar en la distancia. Tienes un ángel que cautiva a quienes te rodean y atrae a los que no te conocen. En ti hay una mezcla inusitada, a ratos mágica, de cultura, buen humor, pasión por defender lo apreciado, una voz cálida y un rostro que no solo impacta e inspira a escritores, pintores y músicos, sino que desestabiliza y atormenta al simple mortal que tenga la suerte de estar a tu lado. En dos palabras: una musa. ¿Tendrán celos de ti los dioses?

Yo deseaba perderme en tus ojos y en algún momento ganarme tu amistad. Si eso lo acompañaba con escucharte y, entre tantas ambiciones, enredar mis dedos en tu rubia cabellera o besar tus mejillas, entonces se esfumaba la idea de que algún día no te vería más. Idea que pasó

de ser remota a muy probable con el transcurso de los meses, a la par que tu presencia se hizo adictiva.

Por eso, cuando el sueño de mi partida amenazó con hacerse realidad, ya era muy tarde para olvidarme de cuanto había avanzado en busca de tu cariño.

No fueron pocas las noches que mi almohada habló contigo con la esperanza de que correspondieras mis sentimientos. Después de todo, acepté que te robaras el aire que respiraba al mirarte, vencí obstáculos y propicié oportunidades para que cada una de nuestras citas fuesen románticas, aprendí a extrañarte, dejé que invadieras mi alma y, finalmente, enloquecí de amor.

Sin embargo, no me arrepiento de haber corrido esos y otros riesgos, porque ya había vuelto a nacer desde el día que el destino, o la dicha, te puso en mi camino.

Nostalgia

No me he ido todavía y ya lo extraño todo.

Empecé a sentirme así desde la semana pasada. Terminé de leer *Loca*, con la imponente imagen de Barbra Streisand en cada pasaje, y proseguí con *Atrapado sin salida*. Al llegar a la segunda página de la novela de Kesey, Jack Nicholson volteó su contraído rostro de la portada para decirme: «Oye, tú no estás loco», y enseguida comprendí la verdadera causa de este tormento que me quita el sueño.

El asunto es que comienzo a valorar cosas en las que antes ni me fijaba: eran tan rutinarias y necesarias que llenaban mi existencia sin saberlo. Ahora las veo, oigo, huelo y toco y a la vez me despido, aún sin irme.

¿Será porque en los cuatro viajes anteriores conocía muy bien qué encontraría? Este, a la vuelta de la esquina, es todo un misterio. Resulta complicado saber *a priori* cuánto tiempo estaré fuera, lejos de los míos, de mis costumbres. Depende de lo que enfrente en la vida. Sé que regresaré, pero falta mucho para estimar cuándo. Tampoco puedo augurar cómo serán la gente y las cosas para ese entonces. Y es lógico que esas ideas me desconcierten y haya suficiente caldo de cultivo para la melancolía.

Hoy me asombra descubrir que el orégano y las cepas de plátanos del patio tienen otros colores, que la enredadera de buganvilla, sembrada con el adiós a una perrita muy querida, desafía la gravedad y surca el infinito, o bien que los parches cementados del techo del cuarto se visten de un gris reluciente para combinar con la ropa que guardo a sus pies.

Casi lloro al ver a mi padre cuando aprovechaba la cuota de entrada del líquido máspreciado para baldear el polvo de los pasillos exteriores y regar el verde que nos abraza. Es lo que hace temprano cada fin de semana, solo que este sábado sentí que pasarían muchos sin volver a contemplar cuánto lo disfruta.

Igual voy a echar de menos el dulce de fruta bomba, la mermelada de guayaba y otros tantos manjares que mi mamá se empeña en superar para deleite de todos. Ya me falta el empuje del avejentado Lada para que mi papá pueda arrancarlo con menor dificultad. Ya me faltan las charlas de pelota mientras él friega cada noche. Ya extraño cargar la perra y llevársela a mi mamá para que juntos la acariciemos y le susurremos más ternuras que las que me dijeron de niño. Ya extraño lavar la ropa y limpiar esta enorme casa los fines de semana en aras de liberar a mis padres de una carga que soporto mejor y que, cuando termino, me llena el cuerpo de satisfacción por tan noble labor. Ya noto la ausencia de los Industriales y su Latinoamericano, del sol de las diez de la mañana y la gente que nos saluda por teléfono, de los juegos de dominó en plena calle, de los ladridos, los pregones y el cañonazo de las nueve.

En realidad, nada ha cambiado, pero en estos días, víspera del viaje, todo deja de ser ordinario y cada detalle cuenta. Muy acertado estuvo Carlos Varela al llamarlos: «Pequeños sueños que también ayudan a vivir».

Justo ahora los temas de Adams, Morissette y Perry suenan distinto. Forman parte de los clásicos que he recopilado durante años y que, por la extensa y variada lista de canciones que me rodean, tienen que esperar su momento para ser escuchados. Si no logro cargarlos a todos en una suerte de arca de Noé, quedarán muchos recuerdos atrás.

Cada canción que conservo tiene su ángel, su historia y, aunque no lo crean, mi ánimo es hijo del viento, siendo la música la encargada de canalizarlo. Por eso presiento que, al irme, no cantaré más con la pasión que requiere una descarga en la casa, ni podré tocar esa guitarra que desde hace tiempo me acompaña desinteresadamente.

Tal vez la música es más fácil de recordar que la gente y su entorno, pues basta con tararear una canción o cantarla y enseguida te inunda, cual si fuera la original.

Excepto una joven, de ojos como par de lunas llenas en una despejada noche de invierno, a quien el otro día vi pasar mientras esperaba por el regreso a casa y nos miramos durante algunos segundos y después me reproché por no haberla acompañado a la parada de ómnibus o hasta donde pudiera.

Esa muchacha bien le roba exclusividad a la música: basta con cerrar los ojos y pensar en ella y enseguida te inunda, cual si fuera la original.

Y necesito conocerla, tenerla cerca, pero también me conforta pensar en ella, en su sonrisa iluminadora y su peculiar manera de apreciar la vida.

Se me ocurre tener la dicha de verla por la mañana, saludarla y atesorar ese beso formal hasta la jornada siguiente, con la esperanza de repetir el ritual. Quizá me atreva a mostrarle, a través de un caprichoso Messenger, un sinnúmero de emociones que me encantaría expresarle en persona si algún día se presentara la ocasión. La imagino caminando a mi lado, saboreando juntos unas paleticas de chocolate en La Rampa. O ser el hombre más afortunado del mundo si me aceptara invitarla a comer en un restaurante, allá por El Morro, para charlar sobre disímiles temas y entonces confesarle que el mar habanero y la puesta de sol que está por venir tienen que envidiarle demasiado a sus bellos ojos de joven cubana.

Son muchas cosas que, en estos días antes de partir, seguiré sintiendo como si fueran novedosas; imposible evitarlo. ¿Será hoy la última vez que las sienta o, cuando menos, pasará tanto tiempo que algún día duela extrañarlas o sea difícil recordarlas?

Consulta

—Nunca te había oído hablar de esa forma. Te dio fuerte, ¡ja, ja! —sonó la voz de mi amiga desde el auricular del teléfono.

Al poco rato de haber descolgado, la charla tomaba un rumbo inesperado. Podía refugiarme en el aparato y ocultar mis gestos, pero me delataba la voz. Éramos amigos de antaño y nos teníamos confianza. Muy pocos me conocían como ella, que preguntaba con precisión milimétrica y sabía cómo atar cabos a partir de las respuestas, incluso por la inflexión. Por eso, en un abrir y cerrar de ojos, intuía que me interesaba una mujer.

—Así que la invitaste a comer allá por El Morro. —Ella solía repetir lo último que escuchaba para instar a su interpelado y, como apenas dije: «Sí», prosiguió—: Entonces es en serio, chico.

—¡Claro! ¿Sabes que no pienso en más nadie y lo único que quiero es estar a su lado? Me tiene loco. Falta que ella sienta lo mismo —respondí con la entonación de un galán de telenovela.

Tardé segundos en recordar que un par de días antes estuve a punto de revelarle similares palabras a quien se convertía en el tema improvisado de esta conversación telefónica.

—¿Y cómo se llama? —preguntó mi amiga.

—Bueno, por ahora prefiero llamarla Equis.

—¡Uy, qué misterio!

—Todo a su tiempo.

—¿O será que yo la conozco?

—No, no lo creo, pero con lo chiquito que es el mundo, ¿quién sabe?

—¿Y te siguen gustando las mujeres con buenas piernas?

—¡Siempre!

—Me imagino entonces que Equis no va a ser la excepción.

—Ni me digas nada, que se me hace la boca agua.

—Candela... Pues en algún momento, cuando tengas más confianza con ella, díselo.

La mente se me perdió en el reloj de la sala, la pared se deshizo como por arte de magia y detrás apareció un impactante short rojo que apenas cubría unos muslos tallados a mano.

—Oye, yo aplaudo que no te hayas declarado en la primera salida. A nosotras nos gusta conocer por dónde caminamos y nos sentimos bien cuando ustedes no fuerzan las cosas —dijo tácitamente mi amiga.

—Chica, ¿tú puedes creer que me aguanté? Paseamos cantidad, comimos riquísimo, después entramos a La Cabaña y nos sentamos un rato. La tarde estaba linda, ella mucho más. Yo tenía tremendas ganas de darle un beso, pero tuve miedo de echarlo todo a perder y preferí seguir conversando.

—Igual te digo que el primer beso no se pide ni se anuncia: hay que robárselo —continuó ella para redondear su idea—. Y ahí aceptamos que sea el hombre quien lleve la iniciativa, pero esa costumbre no tiene por qué ser eterna.

De repente me hallé descansando en un sofá inmenso, con los ojos cerrados y la imagen nítida de cada pasaje que rememoraba junto a mi enamorada, como si los hubiera vivido apenas segundos antes y no dos días atrás. A ratos abría los ojos y recreaba a mi «psicóloga», sentada en una butaca a menos de dos metros a la derecha, con lo digno de confiar, desprovisto de pena y detalles personales. La energía de sus comentarios y su voz grave hacían que ignorara el calor imperante y la humedad en la habitación. Tampoco importaban el cenicero atestado de colillas que descansaba sobre la mesita de cristal que se interponía entre nosotros y el cigarro a medio consumir que sujetaba con maestría. Yo decía lo necesario, ella lo comprendía todo y el resto se lo imaginaba. Tales eran los efectos secundarios de hablarle. Asistía a su consulta y no podía estar más agradecido. ¡Qué suerte contar con su amistad!

El trance con mi «psicóloga» se extendió más de la cuenta, porque al principio no recordé cómo había continuado nuestra conversación. De vuelta a la realidad, su tono era el mismo y fue fácil seguir el hilo.

—¿Tú notaste si ella se tocó el pelo mientras hablaba contigo?

—¿Y a qué viene eso?

—Fácil: la mujer suele responderle de esa manera al hombre que le interesa. Es el lenguaje corporal. Tienes que fijarte más en ese tipo de señales.

—Bueno, si lo hizo, no me di cuenta. Será para la próxima, aunque no sé si ella quiera volver a salir conmigo.

—¿Y por qué no? Tú sigue insistiendo. Si ella te acepta es porque hay una puerta abierta.

Esto último no lo entendí y le pedí que me lo explicara.

Mi amiga opinaba que a lo mejor Equis se vio atrapada, sin quererlo, en la mitad de un ancho río y ahora se comportaba con cautela. Según ella, Equis reuniría los elementos necesarios para analizar la situación y remar hacia la orilla de mejores garantías.

—Puede que tú no seas el único pretendiente. Y, si ese fuera el caso, recuerda que el amor se resume en corresponderle a la pareja que te ofrezca mayor seguridad: la pasión y la incertidumbre son agua y aceite —dijo para concluir su razonamiento.

¡Qué manera de consolarme o prepararme para enfrentar el futuro! Vocabulario y experiencia le sobraban, eso sí. Siete años atrás sufrió un dilema parecido y al final optó por aferrarse a su matrimonio, hoy tristemente traído a la memoria en fotos desempolvadas el día de aniversario de bodas. No hace mucho le dio por fumar. Y empezó a bajar de peso. Varias libras. La semana pasada me dijo que ya estaba decidida a dejar el vicio. Si hicieran una película sobre su vida, el título ideal sería *Los golpes enseñan*.

—Oye, ¿ya le contaste de tus planes de viajar?

A mi amiga no se le escapaba una. Fuera de mis familiares más cercanos, ella era la única que sabía que yo tenía un viaje en la mirilla. Sinceramente, me daba miedo empezar a enamorar a una

mujer y, en la primera salida juntos, decirle que en unos meses sería probable que me fuera para el extranjero.

Ella absorbió la pausa de apenas dos segundos que hice y no esperó por mi respuesta.

—Díselo, chico. Las cosas duraderas se sustentan en la honestidad. Pon siempre la verdad por encima de todo. Ocultar algo importante es igual que mentir.

—Tienes razón.

—Ah, y no te demores mucho en decirle lo que sientes por ella. Tampoco ensayes qué le vas a decir. Sé directo, espontáneo y, sobre todo, sé tú mismo —sentenció la experta en desencantos y aflicciones.

Si hasta hace unos minutos una parte de mí quería seguir insistiendo con esta mujer que recién aparecía en mi vida y la otra se conformaba con dejar las cosas como estaban, después de oír a mi amiga me quedó todo claro.

Cuando intenté agradecerle de nuevo por sus comentarios —de hecho, ella siempre manejó las riendas de esta llamada— y despedirme con «bueno, no te pierdas», se adelantó y reforzó su punto de vista:

—En su momento, Equis tendrá que decidirse y en ello influirá cómo te sigas comportando con ella.

Miré de nuevo el reloj de la sala.

Mi amiga terminó la llamada con una de sus frases brillantes:

—Ten en cuenta que: «El hombre primero busca el físico y después se enamora, la mujer aprende a querer antes de fijarse en el atractivo». Tengo que colgar. Un beso, cuídate.

Facetas

Cuando debiera estar haciendo todo lo que debo hacer,
pienso en ti.
BRYAN ADAMS

Han pasado dos semanas desde que llegué al Viejo Mundo. Pudiera parecer menos o mucho más, puesto que depende de lo que tenga en mente sobre mi estancia aquí.

Si pensara en mi familia o en mis antiguos colegas de trabajo, entonces diría que he estado lejos muy pocos días. Nos mantenemos actualizados, básicamente a través del correo electrónico, y la comunicación fluye en ambos sentidos, aunque más rápido de aquí hacia La Habana, tal vez porque en esta región el sol sale primero. Siempre estoy al tanto de todo lo que sucede allá. Es como si no los hubiese dejado.

«El tiempo pasa volando cuando te diviertes», oí al comienzo de una canción y así mismo ha sido: desde que llegué a Europa, mi cuerpo no se ha bajado de este inmenso carrusel.

Y no solo es por las atracciones inherentes a un mundo desarrollado que nos maravillan día tras día, sino porque aquí la vida es más agitada. El tiempo tiene otra connotación. Los servicios públicos, y en particular el transporte, se llevan el crédito, pues funcionan de manera tan exacta que los simples mortales que salimos de casa no sabemos qué es esperar más de tres minutos por ellos. Incluso las distancias no se miden en kilómetros, más bien en cuánto nos demoraría recorrerlas. Mientras, la arquitectura urbana inserta relojes por doquier, ya sea para recalcar la importancia de cada minuto, para que me olvide de la necesidad de un reloj de pulsera o, quizá, para que desista en preguntarle la hora a esa atractiva mujer que se apresura en llegar puntual a cualquier lugar.

De existir alguna comparación con mi tierra, sería de mi última semana allí, que avanzó vertiginosa y de ninguna manera duró siete días. Por eso no tengo dudas que la causa se repite: al divertirnos y pasarla bien, nos olvidamos del dios Cronos. Incluso pudiera agregar: no importa dónde estemos y sí quiénes nos rodean.

Así que, en la práctica, el tiempo transcurre muy rápido, sobre todo aquí, pero...

Si pensara en una muchacha que continúa volviéndome loco, entonces el escenario es distinto por completo y ahí unos minutos se convertirían en horas y un par de horas en un día.

En un típico día europeo, a duras penas aguantaría hasta las dos de la tarde, que serían las ocho de la mañana en La Habana, solo para saber que ella empezó su jornada y puede responder mis mensajes de correo.

Ya desde la una y media mi reloj biológico anuncia a gritos la hora del almuerzo. Supongo que veinticinco minutos bastarán para preparar y saborear un plato de origen italiano, ese que a diario satisface a los cubanos en plena calle y que ahora, en una casa del primer mundo, transita casi crudo del congelador al horno y de allí pedirá salir, atractivo y apetitoso, después de doce agonizantes minutos. Empero, el conteo regresivo del relojito de la cocina se demora una eternidad, como si adicionara tres minutos por cada uno rebajado del tiempo restante, y el hambre hace estragos y las ocho de la mañana de La Habana no llegan nunca.

Ella es el amor de mi vida desde antes de marcharme. Al leerle, sus palabras me rejuvenecen, cual sol del mediodía en estos nublados días de invierno, pero la espera es agobiante. Será imposible concentrarme en algo mientras tanto, a menos que el reloj de la sala se olvide de alargar la tarde con su estruendosa maquinaria. Tacatá, tacatá, tacatá... El maldito secundario suena como el galopar de sesenta corceles y estoy convencido de que la cura a tamaño sufrimiento no puede ser otra que saber de ella. Tacatá, tacatá, tacatá...

Es tan difícil vivir así, pero me siento bien amándola en la distancia. Al fin y al cabo, respiro por la posibilidad de que nos encontraremos de nuevo, hablo desde que le dije que me enamoré de ella, me río desde que me envió una foto suya, camino hacia adelante en la vida porque tengo la ilusión de que me ganaré su corazón, de alguna manera, algún día.

¡Vaya contradicción la que he experimentado desde que llegué al Viejo Mundo!

Por momentos las horas pasan volando, como el latido del corazón al correr un kilómetro, pero el resto del tiempo es como esperar frente a la interminable luz roja del semáforo para cruzar la calle con media hora de retraso.

Entonces, ¿realmente he estado aquí quince días?

Ruego

Allá te comportabas de una manera completamente distinta. Yo siempre estaba al tanto de ti y sentía que me correspondías. Aquí he intentado seguir siendo el mismo, pero parece que la distancia lo cambia todo. ¿O habrás cambiado tú?

A falta de tu presencia, tengo que conformarme con memorizar una imagen tuya que se aparta demasiado de la realidad. Escribo sobre ti, canto baladas que tienen que ver contigo, te llamo y te busco, mas no apareces, como si disfrutaras de ocultarte.

Son los amigos del momento los que insisten en inventar cualquier excusa para ponerte en mi contra, y tú, a pesar de mis reclamos, temes dar el paso al frente. No me explico cómo es que ahora te dejas llevar por ellos, si hasta el otro día hacías valer tus criterios con autoridad.

Pensándolo bien, mi amor por ti se ha intensificado y hoy te necesito más que ayer. Es una pasión que ha crecido poco a poco, a pasos lentos pero firmes, desde que llegué a este frío lugar.

Y menos mal que después de una interminable noche, atormentado por un súbito y punzante dolor de muelas, mi día se recompone al verte.

En efecto, abrigado por un cálido desayuno que rompió con la costumbre de bocados mañaneros algo frescos, me alumbraste el alma con tu intensa luz. Entonces noté que mantienes tu poderío aun en tierras lejanas y confirmé que agradecemos tu reinado, pero no te miramos a los ojos por respeto.

En el sofisticado termómetro digital tu imagen era la misma cuando el número más consultado empezó a aumentar por una simple orden tuya. La fuerza milenaria que nunca has perdido te acaba de librar, ¡por fin!, de aquellos amigos oportunistas que antes habían nublado el firmamento con el pretexto de cuidarte.

Mantente así, ¿puedes? Sabes perfectamente que tu indiferencia solo nos traería amargura.

Una cosa más te ruego: como debes de conocer el tiempo, ya que siempre lo hemos medido gracias a ti, cuando allá comiencen a vivir un nuevo día bajo tu calor tropical, por favor, envíale un beso bien grande a esa muchacha de ojos bellos que seguro recuerdas, pues juntos te despedimos una tarde a la entrada de la bahía. Dile que la extraño como nunca y que hoy podríamos compartirte por primera vez en la semana.

Flecha

La quietud de la madrugada y mi sueño se vieron interrumpidos por un ruido extraño. Al abrir los ojos, la noche se iluminó de repente sobre mi lecho. Quise incorporarme, todavía medio dormido, aunque consciente de que algo raro ocurría. Fue inútil: una fuerza invisible me sostuvo y, cuando intenté gritar, perdí el conocimiento.

Un fuerte olor a rosas me despertó del letargo. Tras una rápida ojeada, descubrí que estaba sentado en un salón de dimensiones colosales que nunca había visitado. Sin embargo, me resultaban familiares tanto el mármol del piso y las columnas como la ausencia de techo, y quienes me rodeaban, con sus túnicas de blanco, mucho más.

Enseguida recordé el reciente atrevimiento de retar a los que gobiernan el universo cuando narré la influencia que sobre mí ejerce la mujer de la que estoy enamorado. Con grandes sospechas de haber sido convocado para rendir cuentas ante tal desafío, me sentí insignificante y perdí el habla. Entonces miré hacia arriba y un sinnúmero de estrellas se alinearon caprichosamente para dibujar una pregunta que ya me había hecho: «¿Tendrán celos de ti los dioses?».

Todavía perplejo y atado con correas invisibles a una antigua silla de madera, no me quedó más remedio que presenciar un juicio singular por parte de los vestidos de blanco, quienes obviaron las presentaciones y fueron directo al grano.

—Me ocupo de muchas cosas en este mundo, pero tengo que respetar nuestras leyes. No puedo mantener al sol brillando a la vez en dos lugares tan distantes. Ni quiero que sirva de recadero y envíe besos de un continente a otro.

—Vamos, Apolo —ripostó la autoritaria Hera—, una vez en la vida no se nota tanto. El muchacho no sabía a quién más acudir. Deberías estar satisfecho con su proceder. Está estudiando música y ahora le dio por escribir cuentos, incluso le dedicó uno a ese sol que dominas.

Confirmadas las sospechas: yo era el demandado. Cabía esperar entonces que las deidades no solo estuvieran al tanto de todos mis pasos, sino que también se jactaran de su incuestionable poderío.

—Oigan, déjenme los recados a mí —intercedió Hermes, resuelto como siempre—. Conozco bien cómo hacer llegar un mensaje, fácil y rápido, a su destino. Ya encontraré una vía ocurrente para enviarle besos a esa muchacha la próxima vez que él se inspire.

Hera aceptó tranquilamente la proposición y, al tiempo que se ajustaba su corona, ordenó a Hermes que invitara a Afrodita, Atenea, Deméter y Eros a tomar parte en aquella informal reunión. En fracciones de segundo, aparecieron los aludidos, justo detrás del mensajero de los dioses.

—Sé por qué nos llamaste —comenzó diciendo Afrodita—. Es natural que él se sienta de esa manera. Si yo les doy a los humanos el poder de amar, no debiera quitárselo si lo encuentran. ¿Recuerdan cuando le sugerimos aquella canción a Céline Dion, *El amor mueve montañas*? En verdad, se vuelven poderosos.

—Tendrá él que seguir obrando con sabiduría, Afrodita —intervino Atenea y me miró de reojo—. De cierto modo, el amor que tú riges se compara con la guerra estratégica y de seguro él aceptará mis consejos en esos campos.

Hera adivinó mi preocupación y con un chasquido de dedos pulverizó las correas que me ataban; pero yo no me iba a ir de allí, solo quería estar más cómodo. Luego dirigió su mirada a Deméter, diosa de la naturaleza y las estaciones del año.

—Ustedes saben que no me alegraré hasta que mi hija Perséfone regrese del inframundo —sollozó Deméter y prosiguió con una voz entrecortada—. Todavía restan días de invierno en Europa. Si este visitante no se acostumbra y se deprime, será su problema.

—Si quieren, podría lanzar una de mis flechas.

Todos miramos a Eros, dios del amor sexual.

—¡Magnífica idea, hijo! —respondió sobresaltada Afrodita. La alegría asomaba a sus ojos.

—Mis flechas siempre han dado buenos resultados y, en todos los casos, con efectos irreversibles —continuó sonriente Eros y me guiñó un ojo.

—Escuchen bien: no debemos interceder en el curso normal de los acontecimientos —dijo Hera con la mayor solemnidad posible—. Las cosas suceden en su momento, cuando todo indique que tienen que suceder. No podemos cambiar lo que está escrito en las estrellas.

Entonces se deshizo la frase celestial que antes había llamado mi atención y, en su lugar, surgieron algunas nubes.

—Pero un empujoncito nunca viene mal —casi suplicó Afrodita.

—Está bien, pero solo una flecha —le orientó la reina de los dioses a Eros y, dirigiéndose a mí, dio por concluido el peculiar encuentro con una pregunta—: Oye, muchacho, ¿quién te dijo que nosotros tenemos celos de ella?

«De ella..., de ella...»

El eco retumbó en el monte Olimpo y esa noche nevó más de lo usual en Europa. Mientras tanto, se anunciaba la llegada de un nuevo frente frío en el occidente de la mayor de las Antillas.

Sueños

Dicen que es al principio de dormir y poco antes de despertar cuando más intenso es lo soñado y, por tanto, más propenso a ser recordado. Dicen también que las vivencias del día, las de mayor impacto o incluso las de días recientes pueden regir los sueños, pues, de alguna manera, ese estado inconsciente al que se llega durante tan necesario descanso es un reflejo de lo experimentado al estar despierto.

No soy de mucho soñar o al menos no suelo fijar lo que sueño. El caso es que hoy me acuerdo perfectamente de lo que soñé anoche. Si es la primera vez que escribo al respecto, será porque, dada la enorme confianza que me inspiras, tengo la urgente necesidad de contártelo, amén de que pueda no resultar importante.

Ayer no fue el típico día de estar en casa, tal vez agobiado por el comienzo de una tos que se lució desde el almuerzo, aunque sí conmocionado por la llegada de ciertas fotos de una joven que siempre tengo presente. ¿Quién crees tú que sería esa joven?

Bueno, había media Habana, pero, sobre todo, estábamos nosotros dos en la Feria Internacional del Libro en La Cabaña. Tú lucías espectacular y desafiante, vestida de azul.

¿Por qué sería ese lugar precisamente?

Supongo que sea porque estamos a principios de febrero, sabes que la feria es por esa fecha, y casi termino de leer *Zorro*, otra genialidad de Isabel Allende.

¿Y por qué ese color?

Es que me mandaste tres fotos y en una apareces delante de un imponente Chevrolet del 57 adornado con calcomanías de los Industriales en su eterno añil. ¡El carro y el equipo de mi preferencia!

Curiosa, y válida, asociación de ideas para incitarme a soñar contigo.

Otras interrogantes relativas al día, la hora y el punto donde quedamos en vernos antes de ir a esta feria en el norte de la capital, el transporte que elegimos para cruzar la bahía y alguna que otra descripción propia de un evento al que anualmente concurren miles de personas, continúan sin respuesta por más que intente recordar.

Pues faltaba muy poco para perdernos en aquella muchedumbre ávida de acaparar libros. Entonces me guiaste por instinto y entramos tomados de la mano a uno de los pabellones de exposición. Adentro había más gente que afuera. Me pareció que estábamos en la sección de cárnicos de un supermercado a minutos del cierre. Compramos ejemplares de tantos autores que parecía que nunca llegaríamos al cajero. No me costó mucho trabajo convencerte para que pagáramos a la habanera: mitad tú, mitad yo. Y salimos al aire libre.

Después ojeamos dos o tres libros al amparo de un sol que hacía rato calentaba el improvisado sofá de piedra centenaria donde nos sentamos, tan cerca uno del otro que sentía tu respiración

pese al bullicio del famoso recinto.

Detuvimos la rápida lectura para comer un turrón de maní garapiñado que sabía a gloria. No habíamos terminado cuando la conversación cambió de tema y sugeriste ir a otro sitio. Acepté dubitativo y, de pronto, así de incomprensibles son los sueños, nos hallamos solos en una habitación.

Recuerdo cada detalle de tu cuerpo y todos los sonidos articulados por tu seductora boca, que no vienen al caso en una carta de este tipo. Baste decir que apenas atiné a canturrear unos versos de Pablo Milanés que casualmente se oían de fondo:

Déjame repasar tus accidentes

Detenerme a palpar cada medida

Humedecer tus ojos y tu fuente

y penetrar al fondo de tu vida.

Entonces nos diluimos en una penumbra acogedora y nos besamos hasta los deseos...

Minutos, o segundos, más tarde, las cortinas del ventanal del cuarto se rindieron ante la claridad de afuera y con ello se fue desvaneciendo tu rostro angelical para angustia mía.

No pude hacer otra cosa que despertarme y asumir la realidad, pensando en ti.

El resto de la mañana tu imagen se ha mostrado esporádicamente, algo difusa, pero con una pregunta muy clara en tus ojos: «¿Cuándo nos volvemos a ver?».

Detalles

Hace un rato que me levanté y, lejos de desayunar o incluso tomarme el consabido vaso de agua, agarré la *laptop*.

Mi intención no es atiborrarme con las noticias del día ni ver los resúmenes de pelota de la noche anterior. Tampoco es volver a revisar el parte del tiempo que ayer creí memorizar para las próximas horas. El cuerpo me pide escribirte.

Ya se va haciendo costumbre confesarte lo que siento y contarte sobre mi pasado, presente y futuro sin que todavía sepa cómo apartarte de cada uno.

¿Te acuerdas de la primera vez que hablamos? Yo me acuerdo como si fuera hoy mismo, palabra por palabra.

En aquella ocasión me preguntaste:

—¿Dónde puedo ver a la directora?

Y abriste los ojos como si hubieras visto un extraterrestre cuando respondí:

—Las diez y cuarto.

Resulta que salías de la oficina de Finanzas, y yo casualmente iba hacia allí. Al verte, me quedé paralizado en el medio del pasillo. Juraría que habías preguntado si podías saber la hora y en ese instante, con el piloto automático puesto, solo se me ocurrió mirar el reloj y decírtela. ¡Qué pena pasé ese día! El único consuelo es que a partir de entonces, cada vez que recuerdo nuestro primer, y corto, intercambio, empiezo a reírme como un bobo.

¿Te acuerdas de la actividad de fin de año? Yo sufrí cantidad.

Formabas parte del grupo de recién graduados que se habían incorporado la semana anterior y ya tenías alborotada a media empresa. Esa tarde, todos los que querían bailar contigo se dieron tremendo gusto. No rechazaste a ninguno. A las claras se notaba que te divertías como si fuera tu cumpleaños. Hubo una sola persona que rezaba para que pusieran algo más suave, quizá una balada, pero era ilógico que cambiaran la música cuando tanta gente la estaba pasando de maravilla con la salsa. El asunto es que «esa persona» no sabía bailar salsa, ni creo que otra cosa. Bueno, al menos tú la pasaste muy bien. Ya buscaría otras maneras de acercarme a ti.

¿Qué me dices del sábado que nos acostamos bocarriba en aquel muro de La Cabaña? Fue la primera vez que salimos.

Allí reposamos la paella que nos habíamos comido en ese restaurante que queda cerca y cuyo nombre lo tengo ahora en la punta de la lengua, pero supongo que a ti no se te olvide. Me imagino que la vista de la bahía de La Habana desde ese lugar que escogiste para sentarnos habrá sido espectacular. Yo apenas pude apartar mis ojos de tu *short* rojo; demasiado corto, diría cualquiera, para salir a la calle. Había mucho calor, es verdad, aunque puede ser que ese día hayas decidido mostrarle al mundo la clase de muslos que tienes: voluminosos, tonificados,

apetitosos, con unos vellos diminutos, escasos, rubios, casi imperceptibles, misteriosos, que tampoco pude dejar de mirar.

¿Y la reunión de balance trimestral en la que te sentaste delante de mí?

Yo dije que la silla a mi derecha estaba ocupada, esperanzado con que vieras ese puesto cuando entraras al salón. Sin embargo, la fila delante de mí estaba vacía y al entrar fuiste directo hacia allí. No me preguntes qué temas se trataron ni quiénes hablaron. Tu cuello fue la atracción principal. Por eso te agradezco que hubieras venido con el pelo recogido para así enseñarme, conscientemente o no, una parte de ti que hasta ese momento era motivo de sueños y fantasías. Si tuviera que resumirte en una frase aquellas dos horas y catorce minutos de mi vida, te diría que despertaste en mí el instinto de vampiro. Ahí fue cuando comenzaste a moverme el piso. Y yo, ilusionado, creí que muy pronto me llevarías al cielo.

Si todavía no te parece suficiente cuánto me he abierto contigo, dímelo sin pena. Con gusto te contaré otras cosas sobre nosotros que quizá no recuerdes tan bien como yo.

Pero es mejor que sea un poquito más tarde, porque ya el cuerpo me pide adelantar el horario de almuerzo y, de paso, me dice que hoy solo es recalentar lo que cociné anoche: arroz blanco y muslos de pollo con zanahorias y habichuelas.

Encrucijada

Contigo en la distancia,
amada mía, estoy.
CÉSAR PORTILLO DE LA LUZ

Tardamos algunos minutos en leer estas líneas y mucho más en comprenderlas a plenitud. Nos puede llevar toda una vida conocer cuán compleja es la mente. Quizá entendamos una de las tantas maneras de expresarse de nuestro maravilloso entretejido de neuronas al enfrentarnos a un dilema cuyas posibles soluciones difieran como el día y la noche y, a la vez, armonicen como los instrumentos musicales de una sinfonía. Y no basta con escuchar comentarios al respecto, hay que sentir en carne propia el pesar y la satisfacción que preceden a una determinación crucial.

Las últimas setenta y dos horas son un ejemplo fehaciente de los vericuetos recorridos por una mente que debe valorar cada aspecto de la situación actual a fin de tomar la decisión más importante del año: mantenerme separado de mis orígenes.

De la misma forma que solemos recordar lo malo sobre lo bueno, prestamos más atención a lo negativo que a lo positivo cuando escogemos un camino y desecharnos otros. Debiéramos sopesar con justeza cada dirección de la encrucijada, pero la mente es en extremo complicada e intenta desviarnos hacia la solución en apariencia más sencilla, quizá la que requerimos con mayor urgencia, y nos nubla el horizonte o, peor, nos troncha la perspectiva de mediano y largo plazo.

Mi perspectiva inmediata, simple, posible y anhelada es regresar ahora y verte. No sé si bastará saludarte, probar tus cachetes, tomarte de la mano y decir con la mirada cuánto te he echado de menos estos dos meses. Si será suficiente conversar un rato, sentados frente al cómplice de nuestras últimas salidas, para pedirle a la brisa costera que lo agite y te salpique el rostro con su salitre. Si sería lo máximo despertar y que sean tus ojos acaramelados lo primero que vea en una mañana de domingo.

Estás conmigo en cada paso que doy, amor, y son tantos los momentos de mi vida donde encajas que, al extrañarte con locura, mi mente no se pone de acuerdo sobre cuál manera de compartir contigo me causaría mayor regocijo. Es inevitable que imagine escenarios poco factibles para así amortiguar el sonar de una campana que cada una hora me recuerda el consabido argumento de que no correspondes mis sentimientos.

Regresar ahora implica hacerle caso al corazón y, con toda probabilidad, verte. Por otro lado, es desaprovechar una oportunidad única en mi proyecto profesional y abandonar el camino que elegí al emprender este singular viaje.

La razón aconseja entonces mantener el rumbo, hacer los sacrificios que sean necesarios, dedicarme por entero al inminente trabajo y, si la suerte me acompaña, adaptarme a este desconocido modo de vivir. Quedarme aquí también conlleva el franqueo de unas puertas que, una vez cerradas, me apartarán más de ti, aun cuando no me quieres igual o todavía no estás lista para amarme.

Es ahí donde la mente se ofusca y el día se confunde con la noche.

Pero ¿qué hubiera sucedido si antes yo ocupara tu tiempo con el mismo ímpetu con el que todavía te apoderas del mío? No te extrañaría en la distancia como ahora. O mejor para ambos: el mundo entero envidiaría sanamente a la pareja del año. Solo que la situación era bien distinta.

Marcharme nunca fue una muestra de resignación, mucho menos una vía de escape. Demasiadas neuronas anticiparon hace meses algunas jugadas en este ajedrez llamado vida y han ido moviendo sus piezas con total convicción y objetividad. La garantía del futuro depende de cuán sólidos sean los cimientos del presente.

No fue casual que el interés profesional hiciera acto de presencia y, con sobrados argumentos, recomendara probar fortuna a miles de kilómetros de distancia en pos de ese bienestar personal que todos anhelamos; remedio socorrido ya por tanta gente conocida que ni vale la pena llevar la cuenta. Esa era la única salida. Y no carecía de libertad por el hecho de ser la única.

Sin embargo, mi mente no expuso todas sus cartas y con certeza guardará la reina de corazones para el momento oportuno. Lo sé, porque acaba de brindarme una fugaz visión donde tú, sin dudas esa figura, eres la protagonista de una historia que transcurre por estos lares. «Ojalá», me dije esperanzado, aunque después pensé que ese deseo no es nada descabellado y perfectamente pudiera fructificar si así nos lo proponemos. Te digo más, el cuándo y el cómo dependen, desde ahora mismo, de ti. Recursos hay.

Ya pasarás entonces por donde yo he pasado cuando tu mente te ofrezca un dilema similar al que hoy tengo sobre la mesa. O al menos eso es lo que mi mente quiere que conjeture acerca de ti.

Entretanto, agradezco que te aparezcas sin previo aviso en mis meditaciones y con ello se dificulte un poco esta ineludible toma de decisión. Sabemos que la meta no se disfruta a plenitud si la ruta está exenta de vicisitudes.

De ser posible pedir un solo deseo, como guinda del pastel, quisiera que, en adelante, sigas siendo parte de mis sueños, porque mi mente también necesita descansar y tener placer contigo.

Regreso

Regresé adonde nací después de disfrutar seis meses en un país que pensé me acogería sin muchos contratiempos. Partí de aquí con una idea que al final no resultó y ahora, acostumbrado a lo que antes había dejado, con la mente tranquila y a la vez inspirado por la combinación mágica de un caluroso octubre y la sensibilidad de *Love song* de Adele, me desahogo con un teclado que anhelaba enterarse de mi intimidad.

Era lógico que me detuviera a analizar las consecuencias de despedir a mi familia europea y reencontrarme con lo harto conocido, aunque averiguar la causa de tales cambios me inquietaba mucho más. Busqué el consuelo al entender que debía apartarme de unos para compartir con los otros, pero el desenlace se veía venir comoquiera.

Nuestra vida es una serie de acontecimientos que se engranan a la perfección y nos empujan hacia un destino raras veces insospechado. En ella influyen poderosas fuerzas del universo, como los designios de los dioses, el movimiento de los astros, el pensamiento positivo, o negativo, de quienes nos rodean y, en especial, nuestro deseo.

El deseo que nos acompaña al despertar a diario, ese sueño quizá atolondrado que espera hacerse realidad, aquel que ocultamos, pero que nos alimenta las entrañas, guiará inexorablemente nuestros pasos en la vida. Y no importa que nos propongamos metas abarcadoras para marcar la diferencia y andar con la frente erguida, pues la magnitud y exclusividad de ese deseo, por muy simple que parezca, tiende a opacar el resto de nuestras aspiraciones a pesar del empeño que pongamos en lograrlas.

Previo a mi viaje a Europa, me atormentaba un solo deseo, un antojo algo loco dado las circunstancias de nuestra incipiente amistad: quería probar tus labios.

Mi mejor amigo, el del espejo, aconsejó dejar las cosas como estaban y enfocarme en los trámites de mi partida. Así hice, en contra de mi voluntad.

Llegado el día, el Atlántico pasó bajo mis pies en un vuelo que parecía no tener fin, por la sencilla razón de que en ningún momento pude parar de comerme tu boca aun con los ojos abiertos.

El proyecto que comencé a edificar desde que arribé al Viejo Continente parecía sólido. Con paciencia y dedicación fui venciendo cada prueba que ponía la vida. Se avizoraba un futuro próspero.

En ese escenario, las predicciones indicaban que me alejaría de ti para siempre. Pero las brasas de tu imagen, que nunca llegaron a extinguirse, demostraron todo lo contrario.

Poco a poco tus palabras y demás gestos cautivadores fueron arropando mi cuerpo y entibiando mi alma, hasta que sentí como si estuvieras delante de mí. Y, de tanto que soñaba con verte, casi te vi. De pie. Mirándome fijamente. Recitando unos versos en un lenguaje incomprensible, con

los brazos abiertos, las palmas hacia el cielo y tu larga cabellera agitándose por un fuerte viento que te envolvía de pies a cabeza. Entonces me dejé llevar sin oponer resistencia y, cuando el hechizo estuvo a punto de consumarse, ya era demasiado tarde para dar marcha atrás: de tanto que soñaba con besarte, casi te besé.

Las fuerzas del universo se conjugaron en pos de un único objetivo y aquel antojo algo alocado de probar tus labios se convirtió de la noche a la mañana en una caballería andante guiada por Gandalf que anunciaba arrasar con lo que se interpusiera en su camino. En ese momento comprendí que la distancia que nos separaba se acortaría irremediablemente y me entusiasmé con la idea de contar los días que faltaban para acercarme a ti.

Consciente de que nada había cambiado entre nosotros, la posibilidad de volver a verte era un lujo comparado con vivir en Europa. No pretendía conversar contigo y así compartir experiencias que solo conocíamos por cartas, tampoco me ilusionaba con tu amor. Apenas ansiaba sentir la energía que desprenden tus ojos de mujer en plena juventud y embriagarme con tu presencia.

Por eso les respondo a quienes se sorprenden de mi retorno que, debido a ciertos tecnicismos burocráticos inherentes al sistema europeo, fue imposible prolongar mi estancia allá. Les digo cuán satisfecho estoy al saber que de mí no dependió manejar un destino diferente y no dejo de estar contento de volver a mis orígenes.

Pero en el fondo hay un sentimiento latente que únicamente tú pudieras entender.

Pasadas incontables semanas imbricado en esta cotidianidad y de un tiempo acá identificado por completo con ese primer verso de *Love song* que reza: «Cuando estoy solo contigo...», ahora sé, aun con la incertidumbre de ser tuyo algún día, que regresé para verte de nuevo.

CAPÍTULO TRES:

CALIDOSCOPIO

Sin darse cuenta

Daniel supo que se había roto la rutina tan pronto como abordó el ómnibus de regreso a casa.

El vehículo no había cambiado. Tampoco los regulares, quienes incluso escogieron los mismos asientos que antes ocuparon en el mañanero viaje de ida hacia el punto de reunión. Sin embargo, no todos eran regulares. A mitad de pasillo y al lado de tres colegas de su trabajo, advirtió la presencia de un rostro nuevo y enseguida se sintió atraído, o incómodo, ante los seductores ojos negros de aquella joven. Al acercarse, Daniel estuvo a punto de tener el primer ataque de un asma que nunca había padecido. Tragó en seco y, sin perderla de vista, se unió a la conversación del grupo para disimular su agitada respiración.

Esa tarde la soledad abandonó a Daniel. Los subsiguientes viajes en ómnibus hacia y desde el punto de reunión dejaron de ser monótonos cada vez que coincidía con ella; oportunidad que aprovechaba para hacerle comentarios marcadamente jocosos sobre diversos temas, los que fueron más frecuentes por las sonrisas que obtenía como respuesta. Y, aunque tardó setenta y dos horas en preguntarle su nombre, ya al cuarto día Daniel y Alexa se sentaban juntos y a la semana hacían una linda pareja.

Alexa llegó a convertirse en el aire para Daniel y él era su sol. Salían a lugares nuevos, charlaban con gusto, se reían a carcajadas, hacían el amor sin tapujos, se compenetraban. No había dudas de que estaban perdidamente enamorados. Él hizo un uso mayor de las tecnologías informáticas para acercarse a ella mientras cada cual cumplía con su respectiva jornada laboral. La mensajería instantánea y el correo electrónico eran las herramientas ideales para mantenerse al día, sin ánimo de interrumpir el tedioso trabajo o quizá como vía de escape. Así estuvieron meses: vivían juntos, viajaban de la mano y no se aburrían de conversar por la red de lunes a viernes. La rutina era una bendición.

El primer cambio sucedió casi de improviso para ambos. Alexa llevaba tiempo disgustada en su empresa y a raíz de una reunión con el director general, la única opción que acordaron fue el traslado a una sucursal. Casualmente, la nueva oficina de Alexa distaba solo dos cuerdas del trabajo de Daniel. Ahora él la podía visitar cuando quisiera, pero el flamante puesto y sus responsabilidades acarrearón desventajas significativas: ella apenas podía consumir su hora de almuerzo y no solamente adolecía de correo y chat, sino que a menudo tenía que trabajar horas extras.

Daniel se privó de escribirle y con frecuencia dejó de verla en el viaje de regreso a casa. La pérdida gradual de los elementos que propiciaron y fomentaron el noviazgo, los diálogos en el ómnibus y por computadora, parecía imperceptible a la vista de ambos, dado que seguían viviendo juntos. Sin embargo, la situación empeoró cuando a finales de mes Alexa tuvo que quedarse hasta tarde en la noche durante cinco días consecutivos. Él la entendía, el trabajo era

importante, y ella debía cumplir con sus funciones, pero ¿a costa de la vida de pareja? De manera subrepticia e inevitable, la relación comenzó a deteriorarse, y ninguno lo notó.

Cuando un sábado en la playa, bañados en arena y acariciados por el tibio sol de diciembre, pensaron en la posibilidad de que Alexa tuviera que volver a asumir su obligación de laborar horas extras el mes siguiente, ella decidió dejar su trabajo, quizá ya con otras opciones en mente.

Tal suceso trajo otros problemas que nadie pudo predecir. Daniel empezó a levantarse y prepararse para el trabajo a solas, y así viajaba también, ida y vuelta. El teléfono era la única vía de comunicación con ella, a quien veía una vez finalizado su horario de trabajo. El hecho de tener una vida normal de pareja después de cada jornada hacía que no se dieran cuenta de que precisamente el tiempo que antes compartían durante el trabajo era un componente vital en la llama de su amor. Uno nunca se cansa de ver a quien ama.

Alexa, como toda mujer moderna y, sobre todo, profesional, no soportó el encierro de la casa, y la amargura se apoderó de ella, lo cual comenzó a repercutir de manera negativa en las relaciones íntimas, aunque Daniel ni se dio por enterado.

Una tarde, bañada y acostada en el cuarto, decidió esperarlo con una película lista para ver, pero justo al encender la *laptop* recibió una llamada del primo que vivía en Italia, quien por fin le proponía irse. Al colgar, ya existía una intención concreta de viaje y estancia prolongada. Entonces llenó de aire sus pulmones y prefirió demorar la noticia hasta la noche, pues no quería apartarse del objetivo inicial de sorprender a su novio con un melodrama americano y su piel impregnada de Black Opium. Al cabo de la hora, el sobresalto persistía y le impidió concentrarse en la película, siquiera sentir la presencia de Daniel, quien sí la disfrutó bien acurrucado a ella desde la escena inicial. No fue hasta después de la comida que le contó del asunto, y él, tranquilo en apariencia, aceptó los argumentos.

A la mañana siguiente, Alexa inició los trámites de su viaje, segura de que el primo cumpliría con su parte. No faltaron las preocupaciones y gestiones de última hora, pero en cuestión de mes y medio el viaje era una realidad. Durante ese periodo, los novios se concentraron solo en analizar las posibilidades de búsqueda de empleo de ella y los pasos que seguir para que se reunieran en Italia cuando lo consiguiera. No se preocuparon por disfrutar los últimos días que vivirían juntos. Dieron por sentado que en pocos meses se volverían a ver.

En el aeropuerto se despidieron muy emocionados, decididos a extrañarse el tiempo que les permitiera sus corazones. Antes de soltarle la mano, Daniel le dijo: «Escríbeme», y ella asintió con la cabeza en lo que se dirigía al control aduanal. Minutos después, la perdió de vista.

Pasaron los días y se mantenían en contacto gracias a los milagrosos mensajes que ofrece la tecnología. Él no se percataba de que ya ella no era suya.

A los dos meses, Daniel no recibió la esperada noticia del éxito laboral de Alexa. En su lugar, leyó un escueto mensaje donde ella le comunicaba que era mejor terminar la relación. Había aparecido alguien en su vida y estaba decidida a abrirse camino en aquel país, cuya oferta laboral sobrepasaba con creces sus aspiraciones.

Daniel leyó por tercera vez el mensaje, tomó aire como si fuera a sumergirse en el mar y echó una mirada retrospectiva a los últimos meses.

El tesoro anhelado de toda pareja, que es amarse cada día un poco menos que el siguiente y del cual él llegó a sentirse no solo orgulloso, sino seguro, no fue más que una cortina de humo. Como también fue una quimera la idea de estar hechos el uno para el otro y, por consiguiente, vivir juntos el resto de sus vidas. La única mujer en este mundo que le hacía latir el corazón de una manera tan sana, ¡y tan loca!, recién lo abandonaba. Alexa nunca lo quiso de verdad. Y ya no valía la pena averiguar cuándo ella había arribado a la misma conclusión. Entonces Daniel se dio cuenta de que los cambios en su relación se venían sucediendo desde mucho antes y que, muy a pesar suyo, había estado alejándose de ella, paulatina e irremediabilmente, hasta perderla para siempre.

Sexo cómico

Los tres eran aries. ¿Tendré algún tipo de magnetismo para intimar con los de ese signo zodiacal? Ninguno se parecía al otro y todos irrumpieron en mi vida cuando más los necesitaba. Con cada uno, en su momento, aprendí un mundo en el arte de hacer el amor. El placer que compartimos durante el acto sexual impactó tanto en mí como las situaciones de risa que, por obra de la casualidad, no solo lo acompañaron, sino que se ganaron el protagonismo. Y hoy, despidiéndose marzo, me vienen a la mente esos momentos de locura y es inevitable volver a vivirlos con la misma intensidad.

Sé que, cuando Mandy se mete en la ducha conmigo y cierra la ventanita del baño, es porque quiere evitar que los posibles vecinos del pasillo, a dos metros detrás de ella, imaginen lo imaginable. Hay treinta y tres grados Celsius en La Habana y a él no le basta el chorro de agua fresca que dejé salir; más bien abre la llave hasta el tope, quizá para amortiguar los sonidos de origen humano que están a punto de ocurrir. Mandy aprovecha que le doy la espalda mientras me enjuago el pelo de L'Oréal y me restriega los hombros con el recién diluido champú, lo cual yo esperaba. Entonces me acaricia los pechos con su mano derecha, con la izquierda se afina en mi cadera y comienzo a sentirlo poco a poco dentro de mí. ¡Qué rápido se excitó! No estaba así al entrar en la ducha. El choque de su pelvis con mis nalgas es pura percusión y por su cadencia recuerda el reguetón del momento. En gesto de satisfacción, muerdo mi labio inferior y apoyo ambas manos en unos azulejos mojados que desde hace un minuto disfrutaban la función. Con la ventanita cerrada, fuera del baño se oye un chorro de agua contra algo, que pudiera ser mi cabeza o mi espalda, pero yo tengo los cinco sentidos en otro lugar. Súbitamente, Mandy disminuye el ritmo del tema que cantábamos y bailábamos en silencio, dejo de sentir su diestra e instantes después acelera. Ahora vuelve a cambiar el ritmo. Se detiene. ¿Por qué se desconcentró? Con la rabia a flor de piel, muevo las caderas hacia adelante, me aparto, doy media vuelta y, antes de preguntarle, se frota la cara y me dice: «¡Qué va, Alexa, con champú en los ojos no se puede!».

Pedro Luis está loco por mí, es evidente. Dice que no se cansa de mirarme y que el momento del día que más disfruta es cuando descorro la cortina del baño y me seco lo imprescindible. Él, que se secó y vistió segundos antes, se recuesta al toallero y contempla cada centímetro de mi rejuvenecido cuerpo para después repetir con el tono de siempre: «Alexa, la verdad es que a ti no hay que echarte caramelo *pa* comerte». Salgo del baño, envuelta en la toalla, rumbo a nuestro cuarto, y él viene en modo zombi detrás de mí, deseando que aquella se caiga antes de llegar a la cama. El sexo con Pedro Luis es espontáneo y no tiene predilección por lugares específicos de la casa ni horas del día. A mí me complace jugar con él antes de que termine, no hay peligro y sí mucha confianza entre nosotros a pesar del poco tiempo que llevamos juntos. Ambos sabemos cómo controlarnos y si, desde el momento que nos desnudamos, le recuerdo usar el condón,

entonces el placer apenas durará. Los condones son de pésima calidad y tan incómodos de poner que no soporto verlo sufrir para evitar algo que ya aprendimos a hacer de una manera natural y sencilla. No obstante, agarro de abajo de la almohada el último en provisión y adopto mi posición preferida: él acostado bocarriba y yo montada sobre él. Enseguida me acoplo a sus caderas. Llevo las manos a la nuca y desde allí me esfuerzo en romper la resistente envoltura del condón, oculto tras mi pelo suelto. Segundos después, con Pedro Luis todo es muy rápido, la relación se acerca a su clímax, él está entregado por completo y yo todavía no logro sacar el dichoso preservativo de una celda en la que parece haber vivido diez años. Sé que debo apurarme si quiero usarlo y en un intento desesperado por sacarlo y dárselo, sale disparado desde arriba de mi cabeza y en parábola perfecta cae... ¡sobre su nariz! Entonces abre la boca, me mira sorprendido, y al unísono estallamos en unas carcajadas que se escuchan en toda la casa. No pudimos reanudar el sexo el resto del día: la imagen de Pedro Luis, estupefacto ante un condón encajado en su nariz, solo me incitaba a burlarme del improvisado payaso, mientras que a él le fue imposible concentrarse, y no lo culpo.

Algo tenía la comida sabatina que, a las tres horas y listos para acostarnos, me siento muy excitada. Mientras Daniel se antoja de cepillarse los dientes, quiero esperarlo en la cama con la ropa interior de encaje que estrené después del baño y un rociado de Black Opium en puntos que más tarde él descubrirá. En el balcón de al lado, unos muchachos juegan dominó, acompañados por un disco en vivo de Los Van Van, y me inquietan sobremanera el golpe de las fichas y la música de la banda tan tarde en la noche. No me quedó más remedio que levantarme y cerrar la ventana del este para aplacar la bulla. Termina la canción a lo lejos. Daniel entra al cuarto, cierra la puerta tras de sí y hace caso omiso a mi postura semidesnuda y ojos inyectados en lujuria. Acto seguido, sonrío y comienza a trasladar a una esquina de la cama, una por una, las piezas que desde la recogida de la ropa seca se amontonan en la única silla de la habitación. Me encanta que tome la iniciativa. Doy unos pasos hacia la seductora silla, cómplice de tanto sexo y preparada para una nueva sesión, y presiento que aumenta el fuego que llevo dentro de mí. En un intento por deshacerse del pantalón, Daniel se golpea con la cama y, sin perder la compostura, se sienta en el borde de esta a frotarse un pie con las manos. Al verme cerca, se muda para nuestra silla y desde allí me contempla, expectante pero tranquilo. Yo me detengo frente a él y muevo sensualmente mis manos hacia el broche del ajustador. De pronto empieza a llover fuerte. Tengo que ir hasta la ventana norte para cerrarla, no sin antes retirar tres pares de tacones que reposaban, recién lavados, sobre el marco. Me acerco y continúo el ademán de desvestirme, pero él, sonriente y sereno, dice que tiene calor. Camino de nuevo rumbo a la ventana norte y enciendo el aire acondicionado, con la esperanza de que enfríe rápidamente dos cuerpos que ya sudan a la hora cero en un cuarto cerrado por completo. Me apresuro al encuentro de Daniel y, justo al desnudarnos, mi mamá toca a la puerta y desde el otro lado pregunta en dónde le copié los últimos capítulos de la serie coreana que lleva semanas viendo. Al borde de la desesperación, le respondo con un grito contenido: «¡Están en el USB del llavero, mami!». Aprovecho y apago la lámpara de la mesita de noche. Ya no saldrá luz por debajo de la puerta ni nadie nos molestará en adelante. Casi me abalanzo sobre Daniel, convertida en un huracán y dispuesta a sofocar el

deseo de todo un día. Transcurren algunos segundos y al mismo tiempo no solo deja de funcionar el equipo de media tonelada que refrescaba el ambiente, sino que el bullicio del exterior se diluye en una calma aplastante. Él exclama con ironía: «¡Qué nochecita más linda, y ahora se fue la luz!». Vuelvo a la ventana norte y la abro con roña de par en par. La lluvia es tenue y le permito salpicarme hasta el antebrazo derecho. Al regreso me dejo caer bocarriba en la cama, húmeda mi mano y quizá algo más desde que empezó la noche. Daniel aguarda desconcertado en la silla de siempre. Entonces le digo: «¡Méteme mano, coño!». Él se levanta, su cara es un poema, y yo me contagio con su interminable risa.

Un buen muchacho

Vine a vivir a este barrio en espera de mejorar con respecto al anterior apartamento de Centro Habana. Al notar que la bulla, el abandono, la suciedad y el egoísmo se han expandido por toda la ciudad, desistí de mudarme de nuevo, pues era más fácil acostumbrarme a la vida que a la mayoría nos tocó llevar.

En esa decisión influyó mucho Mabel, quien durante casi dos décadas ha sido una vecina ejemplar y en innumerables ocasiones ha extendido su mano amiga. Todavía recuerdo cuando hace once años Mabel fue el sostén en la casa mientras me quedaba en el hospital con mi marido recién operado. Yo le guardo un cariño muy especial, y ella me demuestra su afecto, que es sincero. Nos ayudamos en lo que podemos y cada una se preocupa por la familia de la otra como si fuera la propia. A su hija Alexa la he visto crecer y hacerse toda una mujer y la quiero cantidad.

Siendo ambas jubiladas, Mabel me visita religiosamente a media mañana para compartir interesantes temas de conversación con un buen café que siempre le hace honor a sus cuatro letras: caliente, amargo, fuerte y escaso. Hoy demoré la colada para preguntarle quién era el joven que había visto en su casa a la hora de la telenovela.

—Ah, ese es Daniel, el nuevo novio de Alexa —me dijo con el mismo entusiasmo que hablaría sobre el pronóstico del tiempo para la semana.

Como no obtuve más respuesta, continué el interrogatorio, a lo que ella respondió:

—Bueno, parece que no pudo esperar más por el regreso de Pedro Luis, y ella misma terminó la relación. No es fácil estar de misión afuera más de un año, sin verse, tú sabes.

Era un razonamiento lógico, pero necesitaba saberlo directamente de mi vieja amiga, quien hoy había venido con esa blusa rosada que me gusta tanto. No quise deducir el resto y preferí seguir investigando; en sus ojos aparecía una chispa a medida que nos adentrábamos en el tema.

—Claro —me dijo—, y en el camino debe de haber conocido a Daniel o él la encontró. A lo mejor empezaron a verse poco a poco y acabó gustándole, hasta que decidió romper con Pedro Luis y empezar con este muchacho nuevo.

«Es perfectamente posible. Sé de un caso similar», me pasó por la mente y proseguí con otra pregunta obvia, cuya respuesta fue:

—Sí, Alexa me comentó que Daniel vive cerca; de hecho, a cuatro cuadras de aquí. De milagro no se habían visto antes.

«A menudo la gente se alegra de cuán chiquito es este mundo», pensé y seguí preguntando pacientemente.

—Bueno —me dijo—, supongo que entonces se conocieron en el trabajo o en la guagua, no sé, le preguntaré a Alexa hoy.

Hice otra pregunta simple. La respuesta tuvo sus detalles de interés:

—No, anoche fue como una visita de médico. Hablamos muy poco. Alexa se apareció de pronto con él y me dijo: «Mami, este es Daniel, mi novio». Me sorprendí tanto que ella notó mi preocupación por Pedro Luis y con tremenda tranquilidad me confesó en la cocina mientras preparábamos un jugo de mango: «Pedro Luis y yo terminamos hace rato, pero no te lo había dicho. Yo necesito alguien conmigo, mami, no soporto la distancia. Daniel me gusta mucho. Es un sol, tú verás». Y, lógicamente, yo le creí a mi hija.

«Yo también le creería, Mabel. Ella tiene todo el derecho de escoger con quién quiere estar. ¡Ahorita va para treinta años en las costillas!», pensé y con la misma le dije que me acompañara a la cocina para seguir conversando en lo que ponía a colar el café.

Minutos después, y a punto de deleitarnos con el néctar de los dioses, le pregunté si este muchacho le parecía una buena persona.

—Chica, así por arribita, no tengo nada en su contra —me dijo y siguió hablando con soltura—. Sí, es verdad que conversé poco con él: fue por falta de tiempo. Es que llegó en el momento de empezar la novela brasileña, y tú sabes que yo no me pierdo un solo capítulo. Hasta me dio pena con él, porque, mientras me contaba en qué trabaja, se dio cuenta de mi interés por el televisor y enseguida cambió el tema y pidió pasar al baño. Después se despidió, muy cortésmente, eso sí, se ve que es respetuoso, y Alexa lo acompañó hasta la acera.

En un principio no pensé que Mabel me contara tanto del novio de su hija. ¿Por fin habrá encontrado Alexa a su media naranja? Al menos tuve la impresión de que la madre aprueba este noviazgo.

Pasaron tres días de aquel diálogo y ahora, sábado a las cinco y media de la tarde, me dispongo a recoger la ropa tendida del garaje cuando veo a un extraño en el portal de mi vecina. Y no porque yo esté pendiente de todo cuanto sucede allá al lado, pero es que me fue imposible ignorar el pulóver rojo que tiene puesto: bien ajustado al cuerpo y con un siete amarillo en la espalda que impone respeto.

El desconocido se desenvuelve con total naturalidad, como si estuviera en su casa. A paso rápido cruza por el empedrado camino del portal hacia la puerta de la calle, le echa un vistazo a la cerradura y regresa contrariado por donde mismo vino rumbo al interior de la vivienda. Al cabo de dos minutos vuelve con un manojito de llaves, pero ninguna sirve y entra de nuevo. En su tercer viaje sale más despacio, cierra la puerta principal de la casa, se acomoda una mochila en la espalda y se detiene de manera sospechosa frente a la imponente reja de dos metros de alto y su muro. Entonces mira al frente, a ambos lados y, como todo un ninja, trepa el muro y cae en plena acera.

Antes de irse, el desconocido se peina con los dedos, al tiempo que mira hacia adentro y luego en dirección al garaje de la casa de al lado, desde donde yo había contemplado boquiabierto toda la operación.

Visiblemente apenado, me dice a media voz:

—Hola, yo soy Daniel, el novio de Alexa. Estábamos viendo una película, y Mabel se fue sin avisarnos. Cuando terminamos, nos dimos cuenta de que se había llevado la llave de afuera y yo

no tenía cómo salir. ¡Qué pena que haya tenido que brincar el muro como si fuera un ladrón! Bueno, estoy apurado. Hasta luego.

El novio de Alexa se despide con una sonrisa, mirando hacia arriba en busca de posibles nubes. Con un ademán le respondo y, todavía moviendo la mano, veo venir a Mabel a unos cincuenta metros por la acera de enfrente, probablemente con el pollo que empezaron a despachar por la tarde en la carnicería.

Daniel es algo mayor que Alexa, el pulóver rojo le queda muy bien, se ve atlético, es educado y tiene el mismo acento pinareño que mi marido, pero su cara es tan ordinaria que cualquiera sufriría para hacerle un retrato hablado que valga la pena.

—Ay, gracias por traerme el pollo, Mabel, tú como siempre. Oye, conocí al novio de tu hija. Me pareció un buen muchacho.

Mabel se preguntará cuándo y cómo. Yo me pregunto por qué ella no le avisó a su hija que iba a salir, sabiendo que en la casa hay una sola copia de la llave de afuera. Bueno, los muchachos deben de haber estado «muy concentrados» en su película.

Santiago

Alexa siempre quiso ir a Santiago. La idea había comenzado a tomar forma desde aquella tarde de sábado, cuando se vino por primera vez junto con Daniel. Ella no sabía por qué su mente la había transportado tan lejos en ese preciso instante, aunque en el fondo dormitaban razones poderosas.

Su familia por parte de padre era de Santiago y allí vivían todos. Ella apenas recordaba algunas caras de las pocas visitas que recibió de niña. A los once años se quedó sola con su mamá cuando su papá regresó con los suyos a la Tierra Caliente una semana después del divorcio, y desde entonces se comunicaban poco. No menos importante era su cumpleaños, que casualmente caía el día de la Santa Patrona de Cuba. Le quedaba pendiente conocer una ciudad mágica y, de paso, responder la pregunta que, según ella, cada ser humano debía hacerse: «¿De dónde venimos?». Por eso, al intimar con Daniel y a punto de llegar a ese estado que tanto ansiaba, su subconsciente le alumbró el camino.

Al cabo del mes, Alexa confirmó en su trabajo cuántos días de vacaciones le quedaban por disfrutar en el año y esa misma noche le dijo al novio:

—Tatico, yo estoy loca por ir a Santiago.

—¡La Tierra Caliente, qué bien! Yo me acuerdo de que fui con... —respondió Daniel, y menos mal que él mismo se interrumpió a tiempo—. De eso hace... Uf, cantidad. Oye, tu cumpleaños es el día de la Virgen de la Caridad del Cobre, ¿verdad?

—Esa es una de las razones: quiero ir al santuario. Yo estaba pensando en pasarnos de tres a cuatro días en Santiago. Nos quedamos en casa de mi papá. ¿Cuándo tú puedes coger vacaciones?

—¿Y cuándo es que tú quieres ir, mi vida? —preguntó él y, por el tono, sonó a un «¿quieres que te dé un masaje en los pies?».

—A partir de la semana que viene. ¿Puede ser?

—Bueno —respondió él—, ahora mismo estamos un poco cortos de dinero, ¿tú no crees? La semana de más arriba sería mejor. —Frunció el ceño y se pellizcó la barbilla—. Aguanta, ya tengo la solución. —Abrió el escaparate para buscar algo—. Alexa, mi vida, ¿dónde me pusiste el pulóver? Ah, ya, míralo aquí. —Se vistió, fue hasta la puerta del cuarto y dijo—: Espérame, que vengo enseguida. Ni se te ocurra vestirme, cosa rica.

A la media hora, Daniel regresó de su casa y entró eufórico al cuarto de Alexa con el anillo de oro del matrimonio anterior y la intención de venderlo.

Los cielos abiertos.

Viajar juntos por primera vez sería una experiencia única. El viaje también serviría para que ambos comprendieran que en una pareja era normal discutir, cosa que nunca habían hecho; y,

especialmente, que tener sexo era la mejor manera de hacer las paces.

Las desavenencias que tuvieron esa semana comenzaron desde la misma preparación del viaje.

Al principio no lograron ponerse de acuerdo sobre qué cantidad y tipo de ropa llevar. El pragmatismo de Daniel fue determinante. Alexa no tardó en convencerse.

Una noche discutieron durante casi una hora para decidir cuál medio de transporte usarían. Él prefería llegar más rápido en avión, aunque fuera caro, mientras que ella quería ahorrarse dinero en guagua, aunque demoraran dieciséis horas. Cuando Alexa apagó la lámpara de la mesita de noche en señal de tregua, Daniel, gustoso de alardear frente a los amigos que en su relación él siempre decía la última palabra, fue fiel a sus costumbres y le susurró con toda la ternura del mundo:

—Lo que tú digas, mi amor.

Y entonces descubrieron la mejor manera de hacer las paces.

El viaje a Santiago duró un siglo. Al llegar a la estación, los esperaba el papá de Alexa, que vivía al doblar. Ella no lo veía desde hacía siete años. Daniel y Abelardo no se conocían. Apenas hubo tiempo para ponerse al día. Estaban extenuados. Soñaban desde hacía horas con una buena ducha y una cama. Enseguida pudieron acceder a ambas cosas, pero el descanso se retrasó un par de minutos debido a una agradable sorpresa del anfitrión: batido de mamey acabado de hacer, cremoso, dulce, con bastante leche y ¡hielo machacado!

Al día siguiente, Alexa visitó a los familiares, quienes se sorprendieron al ver cuánto había cambiado la niña de ojos negros sumamente expresivos que siempre les sonrió desde el cuadro de la mesita de la sala. Ella se reencontró con sus orígenes y por fin dejó de sentir aquel vacío que llevaba años atormentándola. Después de dos líneas de aguardiente de caña, ella nunca había sido de mucho tomar, se explayó conversando sobre su vida, sus planes y Daniel.

Al segundo día, Alexa estrenó una blusa amarilla y decidió volver a celebrar su cumpleaños de la única manera que se le antojaba. Abelardo gestionó un transporte, y la pareja fue al Santuario Nacional de la Virgen del Cobre, un lugar de ensueño que hipnotizó a Alexa desde que llegó al pie de la escalinata que conduce a la anhelada iglesia. Daniel, que años atrás no había entrado a ver la Virgen, sí lo hizo esta vez. Alexa pidió tres deseos en silencio frente al altar. Ambos tiraron un sinnúmero de fotos. Cada uno compró su Virgencita, y eso que Daniel nunca creyó en nada.

Media hora conversando en el parque Céspedes y un granizado de fresa fueron suficientes para que por fin Daniel aprendiera a mencionar lo menos posible a su exmujer. Desde la Terminal de Ómnibus de La Habana él no hacía otra cosa que recordar su viaje a Santiago años atrás con la que había sido su esposa. Alexa, impulsada por los 35 °C que marcaba el termómetro digital en la fachada de un edificio, se cansó de tantas referencias y le cantó las cuarenta a Daniel o, mejor dicho, ocupó el lugar que le correspondía.

Los dos habaneros tenían claro que cuatro días no bastarían para conocer la ciudad de Santiago de Cuba; tampoco siete. Recorrieron sitios históricos, como el cementerio de Santa Ifigenia y el Cuartel Moncada, y otros de interés sociocultural. Caminaron Enramadas de arriba abajo.

Tomaron prú y canchánchara. Comieron macho asado, tamal en cazuela y fufú con chicharrones. Al final se quedaron con las ganas de ver más, y de seguir comiendo.

La última tarde fueron al Guillermon Moncada y salieron vivos de milagro. Solo a Daniel se le hubiera ocurrido ponerse un pulóver azul de Prusia y sentarse detrás del banco de tercera base, como siempre había hecho en el Latinoamericano. No sabía que ese color estaba «vedado» en el estadio y que esa zona era para los seguidores del equipo visitante.

La despedida en casa de Abelardo hizo recordar la Nochebuena. No se escatimaron recursos en preparar una mesa donde se tuvieron en cuenta hasta las servilletas y los pancitos con mantequilla de aperitivo. La proteína animal no podía faltar; fricasé de carnero, que Daniel nunca había comido. El congrí y los plátanos maduros fritos crearon adicción. El dulce de coco a duras penas alcanzó para la segunda vuelta del postre. Pero el tema de conversación se convirtió en el plato fuerte: el deseo irrenunciable de mantener viva la familia a pesar de la distancia. El consenso fue unánime. Y eso le llenó el pecho de optimismo al anfitrión. La hija le dijo que vendría al año siguiente. Él se comprometió a llamarla más a menudo.

Al llegar a La Habana la pareja se quería con mayor vehemencia e incluso comentaron la posibilidad de casarse. Santiago los había unido como nunca.

Dos noches después volvieron a discutir en el mismo escenario de penumbras y almohadas de veces anteriores. Alexa le reprochaba a Daniel por haber subido a su perfil varias fotos de ambos en la Tierra Caliente sin antes consultarla, puesto que ella llevaba un buen tiempo apartada de las redes sociales y así era feliz. Cuando todo parecía indicar que los vecinos se enterarían de la discusión, ella apagó la lámpara de la mesita de noche, se viró bocarriba y comenzó a quitarse el blúmer en cámara lenta.

Los cuatro

Eduardo y Elaine se conocieron al segundo día de entrar en la universidad y se casaron un mes después de la graduación. Han tenido sus problemas igual que el resto, pero siempre logran superarlos con mucho amor. Gracias a dicho ingrediente es que, a una semana de cumplir cinco años de casados, todavía se comportan como dos locos enamorados.

Los muchachos viven solos en el apartamento que dejó el tío de Eduardo al irse a los Estados Unidos. Sin la inevitable y molesta convivencia que sufren muchas parejas cubanas con sus suegros, a estos les ha sido fácil mantener los contratiempos familiares lejos de su feudo.

Siendo el aniversario de novios tan importante como el de bodas, Eduardo se dio a la tarea de organizar una pequeña fiesta para celebrar la fecha de haber descubierto a su enamorada. De primera instancia invitó a los familiares más cercanos de ambos y a algunos colegas de su trabajo, entre ellos Daniel, a quien le respondió: «Claro que puedes. Trae a tu novia también».

Esa noche, el tema de sobremesa que le trajo a su esposa fue la noticia de que su querido colega tenía novia. Ambos se entusiasmaron por conocerla en la recién programada celebración.

El día señalado, Daniel y su compañera fueron los primeros en llegar, dos horas antes de lo acordado. Cuando Eduardo y Elaine se disponían a entrar al baño, sonó el timbre de la puerta y cuál no sería su sorpresa al ver en el umbral a la nueva pareja, muy elegante y con una botella de vino tinto chileno lista para brindar.

Una vez hechas las presentaciones, Alexa era su exótico nombre, los cuatro jóvenes entablaron conversación. A la media hora ya reían como adolescentes, y no precisamente por haber vaciado la botella de vino. El ambiente era agradable y no les faltaba nada, pero los dueños de la casa se disculparon, pues debían bañarse, vestirse y ultimar algunos detalles antes de que llegara el resto de la gente.

Eduardo, el primero en salir del baño vestido y perfumado, fue al encuentro de los dos invitados, pero decidió dar una media vuelta y esperar por Elaine en el cuarto. Allí le dijo en voz baja que había visto a los muchachos prácticamente haciendo el amor en la cocina y no pudo evitar alzar el tono al exclamar: «¡Y nunca habían estado aquí!».

Ella le sonrió y contestó: «Déjalos tranquilos. Tú y yo éramos peor, ¿no te acuerdas? Haremos como si no hubiese sucedido. Pon música. Yo llamo a Alexa para enseñarle el cuarto y mi colección de perfumes. Tú dile a Daniel que te ayude con la ensalada fría».

Muy pronto comenzaron a llegar los parientes y demás invitados, y la alegría fue inundando la casa. La música, el baile, los chistes, la comida, las copas y otras iniciativas se sintieron en todo el apartamento. Daniel y Alexa fueron, sin discusión, el atractivo principal. Él se encargó de manera impecable de los trajines que toda fiesta necesita en la cocina, no quiso que participaran

los homenajeados. Ella contagió a todos con sus anécdotas e incluso ganó en la improvisada competencia de karaoke.

Esa madrugada, al irse a la cama, Eduardo y Elaine hablaron con gusto de Daniel y Alexa. La nueva pareja les había causado una grata impresión. Entonces recordaron los días de novios en la universidad, sus diez años juntos, cumplidos horas atrás, y surgieron sanas comparaciones, pues se veían reflejados en ellos.

Eduardo le comentó a Elaine que, según Daniel, fue Alexa quien primero entabló conversación en el trayecto a la casa, invitándolo a salir a los cinco días de haberse conocido. Elaine le dijo a Eduardo que, según Alexa, Daniel era muy fogoso en lo que al sexo se refería, que no perdía una oportunidad para comérsela con los ojos, incluso en plena calle, y ella se ruborizaba, pero siempre encontraba la mejor manera de postergar las ganas para cuando estuviesen solos.

«Y eso sin contar la escena erótica antes de la fiesta», se dijeron con miradas lascivas mientras un deseo repentino e incontrolable los sacaba de la cama. Estimulados por los recuerdos y las similitudes, se desnudaron e hicieron el amor hasta la saciedad como en los viejos tiempos: en la cocina.

La semana siguiente ambas parejas se reunieron en uno de los tantos restaurantes privados que regala la capital. Cada uno pidió un plato diferente y así los cuatro probaron las exquisiteces que compartieron de buena fe. Cenaron por todo lo alto y a duras penas notaron el piano que tocaba una dama de la tercera edad en una esquina del recinto, ya que desde la entrada al restaurante seguían debatiendo sobre la necesidad de la libreta de abastecimiento. La velada la continuaron en un club nocturno que presentaba música en vivo y allí echaron sus pasillos bajo los efectos de mojitos y luces negras. Las billeteras se despedían de su contenido de manera sana e irresponsable. Había confianza y, sobre todo, ganas de vivir la vida.

A pesar de los momentos que cada pareja necesitaba para sí, no escatimaron esfuerzos para continuar viéndose. La visita de Daniel y Alexa se hizo cotidiana los domingos y sus dos amigos los esperaban con divertidos juegos de mesa y unos enigmáticos espaguetis. El tiempo volaba el día que, para muchos, es el más tranquilo de la semana. También supieron intercalar salidas a sitios tan atractivos como el museo, la playa o la discoteca, en los que derrochaban juventud.

Pasaban trabajo para coger un taxi que tuviera cuatro plazas vacantes cuando querían ir a un lugar. Empero, podían andar de noche en la calle con menos preocupaciones; cuatro siempre fue mejor que dos.

Pronto los gustos artísticos relegaron los debates de índole social a un segundo plano. Fue así que Eduardo logró embrujar a Daniel con *Juego de tronos*, venerada junto a Elaine desde el primer capítulo, pero desconocida por sus amigos para asombro suyo.

Con la ayuda de un disco duro externo que apareció de la nada, Daniel copió las temporadas que había disponibles de un fenómeno cultural que ya acaparaba la atención de medio mundo. Esa misma noche convenció a Alexa de poner en pausa indefinida las ofertas televisivas de semanas recientes. A la postre, la serie llegó a ser la predilecta de Daniel y Alexa, quienes tuvieron que repasar la mayoría de los capítulos porque, cada vez que empezaban a verlos, una

fuerza que emanaba de la pantalla los obligaba a despojarse de toda ropa y, por consiguiente, perderse alguna que otra escena.

Daniel le devolvió el favor a Eduardo, fanático empedernido de Silvio Rodríguez y únicamente con el vinilo de *Díaz y flores* en su haber, al copiarle la discografía completa en el mismo soporte electrónico.

La química inicial había evolucionado en una amistad que se afianzaba y prometía perdurar. Eduardo y Elaine veían su pasado en Daniel y Alexa, quienes a su vez anhelaban que su futuro fuera como el de sus dos amigos.

Si Dios quiere

Porque hay veces que no basta con el esfuerzo propio, los deseos de alcanzar un objetivo o la buena voluntad de quienes te rodean. Como médico cirujano, he escuchado la frase a no creyentes un sinnúmero de veces, cuando en situaciones desesperadas confían su futuro a la fe que practica alrededor del 80 % de la humanidad. Todos necesitamos creer en algo.

Mi prima Alexa es un caso. Somos géminis, nos criamos juntos y, a falta de un padre cerca, era lógico que me hiciera su confidente el día que su primer novio la dejó por otra, justo a los catorce años. Desde entonces, y ha llovido demasiado, puesto que nos acercamos a los treinta, se ha refugiado en mí como la hermana que nunca tuve y no son pocas las veces que mis consejos le han evitado males mayores. Pero ayer se excedió.

Dos meses antes, recuerdo que era sábado, Alexa fue a verme al hospital. No quiso esperar al domingo a que yo saliera de guardia, le era urgente conversar conmigo. Se había hecho amiga de un muchacho al que ya estaba acostumbrada a ver en el trayecto del trabajo. La naciente amistad era insuficiente, tenían que pasar a una etapa superior y fue inevitable que se dieran el primer beso esa semana durante su segunda salida. Jóvenes al fin, aunque adultos a los ojos de la ley, el deseo físico era mutuo y ese sábado mi prima tenía ante sí el dilema de intimar con el enamorado. Le dije que, a mi parecer, era muy pronto, apenas a los tres días de novios; antes debían conocerse mejor. En definitiva logré entender su argumento: Alexa había mantenido más de la cuenta un noviazgo a distancia con Pedro Luis, en la práctica llevaba meses sola. Este nuevo muchacho le gustaba mucho, desde el instante que lo vio montarse en aquel ómnibus, tranquilo, de uniforme y con un aspecto que sugería estar listo para comenzar la jornada laboral y no haberla terminado.

El sábado siguiente fui por un encargo a casa de mi tía Mabel y allí conversé un buen rato con Alexa, quien intentaba ocultar, sin éxito, cierta preocupación. Al amparo de las paredes de su acogedor cuarto, mi prima se mostró entusiasmada con la reciente relación y prometió presentarme a su novio muy pronto. En el fondo, necesitaba desahogarse de nuevo conmigo, lo cual hizo finalmente. Su experiencia sexual de la semana anterior había sido muy intensa y placentera, y se sintió tan atraída por él, Daniel, me dijo, que olvidó usar condón una vez.

—Basta una vez para quedar embarazada o incluso contraer cualquier enfermedad —le dije.

A pesar del poco tiempo que llevaban juntos, a lo sumo unos días, ella confiaba en él como si lo conociera de toda la vida. ¡Qué locura! Cual si fuera una adolescente.

Días después conocí a Daniel en una fiesta casera y me cayó bien desde el estrechón de manos. Un tipo delgado, algo bajito, con una mirada inquieta y una barba al descuido, de esas que no llegan a la semana; incluso le dije en tono de broma que le podía regalar un repuesto de Gillette Mach3 si le hacía falta. Entonces recordé las palabras de Alexa al verlos hablar, porque era como

si se conocieran de toda la vida. Hacían una bella pareja. Ella se mostraba conversadora; él, cariñoso.

Mi prima aprovechó mi primera incursión en el baño para encerrarse conmigo y confesarme que el peligro de días anteriores había pasado: le había caído la regla. Repliqué que no era concluyente, pero sí un hecho que muchas de períodos estables aceptaban como señal de no estar embarazadas.

El trabajo me absorbió durante un mes y no supe más de ellos hasta ayer, cuando Alexa me pidió por teléfono que fuera a su casa. Al preguntarle el motivo, respondió a secas:

—Ven por la noche, a eso de las ocho, que Daniel va a estar en casa de sus padres.

De nuevo el mejor cuarto de la casa de mi tía Mabel fue testigo de una conversación que arrancó con matices desesperados por parte de su hija, la anfitriona. Alexa ni se preocupó por terminar de organizar la gaveta de ropa interior que tenía volcada sobre el lado derecho de la cama. Tan pronto como entré, cerró la puerta en silencio, movió un pantalón y una blusa del lado izquierdo hacia una silla, y nos sentamos en el espacio que quedó libre.

El problema que la atormentaba era una consecuencia de haberse descuidado otra vez. El placer venció a la responsabilidad. De nada le valió mi anterior consejo. Ciertamente, mi prima se excedió. Le dije que toda interrupción tenía sus riesgos y complicaciones, pero no me quedó más remedio que aceptar su decisión: ella no podía, más bien no quería, tener un hijo ahora. «No es el momento oportuno», me dijo. Quizá porque recién empezaba en una plaza nueva, o bien quería terminar su maestría, llegué a pensar, pues el consabido argumento de que «los hijos hay que planificarlos bien» no me convenció. Sus razones tendría y mi deber era ayudarla en lo posible.

Hice un par de llamadas a colegas del trabajo mientras mi prima mantenía su vista fija en el espejo de al lado de la cama, a la espera de una respuesta que su propio reflejo era incapaz de darle. En menos de diez minutos organicé cuándo y dónde se atendería y entonces le dije el nombre del doctor que se haría cargo de su caso. Usé otro minuto para volver a criticar su temerario proceder y, para sorpresa de ambos, se me escaparon dos malas palabras.

Pero una voz interna me decía que a mi prima todavía le quedaba algo por dentro. Y yo pocas veces me equivocaba con ella.

—Lo único que te pido es que no le digas nada a mi mamá.

—Alexa, no me la pongas difícil. Mabel es mi tía.

—Es que a mí me da mucha pena todo esto, mi primo; con ella, más. Compréndeme.

—Se va a dar cuenta comoquiera, Ale.

—Si tú no le dices nada, no. Yo me voy a quedar en casa de unos amigos, Elaine y Eduardo; tú los conoces. Así me quito venir para acá en ese estado cuando salga del hospital. Cualquier cosa, vengo pasado mañana. Por mi mamá no te preocupes, ya se me ocurrirá algo. Este va a ser nuestro secreto. Dale, chico.

La capacidad de reacción de Alexa nunca dejaba de maravillarme. Le ponían un problema delante y enseguida trataba de buscarle la solución. Su poder de convencimiento tampoco se quedaba atrás.

—Pero algún día tendrás que decírselo, Ale.

—Tienes razón. Algún día. Pero no por ahora. Y cuento contigo para eso. Una vez más.

—Bueno, está bien. ¡Qué remedio!

Súbitamente, mi prima abandonó la comodidad y protección de la cama. Su semblante cambió por completo, como si se hubiera tomado un cocimiento de tilo. Aprovechó los tres pasos que la separaban de la cómoda para recogerse el pelo con una liga que tenía a mano y desde allí se roció con Black Opium, su perfume preferido. Se volteó y me dijo con el aplomo de un personaje en la piel de Frances McDormand:

—Bueno, mi primo, gracias una vez más. Te llamo mañana cuando salga de todo esto.

Dejé la esquina de la cama que había ocupado al entrar al cuarto, la misma que simpatizaba conmigo desde muchacho y que una vez más aprobaba mis actos. Reí por dentro al ver una foto de la pareja sobre la mesita de noche, donde ella desafiaba el lente de la cámara con la lengua afuera y una alegría que era lo más cercano a la felicidad. Me acerqué, la sostuve por los hombros y la miré fijamente.

—Te dejo en buenas manos, Ale. Tú verás que todo va a salir bien. No te preocupes —le dije al tiempo que le daba un abrazo que me supo a despedida de un largo viaje.

—Si Dios quiere, mi primo.

«Siempre, mi prima, siempre», afirmaron mis ojos.

Dominó

Ellos sabrían mejor, pero tú dijiste por siempre
y para siempre, ¿quién lo hubiera sabido?

PINK

Dicen que el varón se parece a la madre y la hembra, al padre. Al menos acertaron en cuanto a la apariencia física, porque, si nos fijamos en el carácter y en cómo reaccionan ante los retos que dispara la vida, es todo lo contrario: Daniel salió a mí y su hermana es la viva estampa de su mamá.

Mis niños crecieron, se hicieron adultos y hoy disfrutan sus respectivas vidas, pero siguen siendo mis pequeños y como tal los trato. Sobre todo al varón, el menor de los dos y que siempre ha vivido con nosotros, ya que la hembra cortó el apego al casarse a los veinte años y mudarse con su esposo.

Mi hijo Daniel y yo tenemos, además, una suerte de vínculo, casi mágico, que nos conecta de manera especial. En un principio me asusté cuando logré comprender que no era mera coincidencia ni casualidad que él me respondiera algo que estaba por preguntarle o sugerirle. Al final fue fácil aprender a vivir con ese raro don de la telepatía: en determinadas circunstancias, cada uno puede captar las intenciones del otro y, en consecuencia, adelantarse a la palabra.

Daniel, que pronto cumplirá treinta y cinco, se molesta cuando le advierto no andar en la calle tan tarde. Yo todavía me preocupo si se ausenta y no me acuesto tranquilo hasta que regresa a casa, como esta noche.

A la mañana siguiente rompo el hielo con noticias de las Grandes Ligas y otra crítica a la calidad del pan de la bodega. Entrados en calor, le interrogo con tacto sobre su última salida y entonces me cuenta someramente cómo le fue la noche anterior.

Enseguida descubro reserva en sus palabras, que involucionan de oraciones a frases cortas y de estas a monosílabos, como si quisiera dejar para otro momento una conversación que inicié no solo por curiosidad, sino también por interés natural de padre. Al recordar que por tercer día consecutivo ha roto la rutina de llegar a casa a la misma hora, decido no continuar interpellando a quien ya sentía incómodo el diálogo. Era evidente que le atraía una mujer. Él sabía que más adelante volveríamos a tocar el tema.

Al cabo de la semana, el candado de la reja se abre media hora más tarde de lo normal para un día de trabajo, pero esta vez Daniel viene de la mano de una muchacha. Se llama Alexa. «¡Por fin! Y qué nombre más raro», me digo, y todo comienza a girar en torno a ella.

La novia de Daniel disimula muy bien su baja estatura con sofisticados tacones. Diez uñas negras guían un cuerpo que camina con soltura y se apoya firme en gemelos tallados a mano. El vestido estampado de tirantes, una imitación casi perfecta de la piel del guepardo, no se preocupa por esconder varias curvas de infarto, al tiempo que pregona unos hombros que claman por besos. El pelo negro recogido le dedica al viento un cuello divino. Cero maquillaje, nada de tatuajes a la vista y un diminuto reloj de pulsera acompañan a un perfume nuevo que invade la sala y nos hace olvidarnos del café recién colado por la dueña de la casa y futura suegra.

La charla transcurre con fluidez. Alexa no aparenta tener siete años menos que Daniel, quizá por una voz algo grave que incita a mirar el movimiento de sus amplios labios mientras responde al interrogatorio que todos esperábamos. Pasados cinco minutos, es obvia la razón: Alexa domina el espacio que la rodea y demuestra tal pasión y convicción al conversar sobre cualquier tópico que parece ser ella quien le lleva siete años a mi hijo.

Dos meses después de pernoctar habitualmente en casa de su enamorada, mi hijo viene con ella y decide quedarse aquí de sábado para domingo. Yo apruebo la iniciativa con una sonrisa de oreja a oreja, pero su madre mantiene el comportamiento receloso que mostró durante la visita anterior. Él hace caso omiso a los comentarios de su madre sobre el poco tiempo que pasa con nosotros, está radiante de felicidad y quiere gritarle al mundo que por fin encontró a la mujer de su vida. No obstante, me dirige unas palabras en silencio que capto sin esfuerzo alguno.

«Claro que tu mamá entenderá. Dale tiempo para que se familiarice con tu novia. Al final, todos compartiremos el timón de este hogar; nadie le robará el puesto a tu mamá», le transmito con los ojos más comprensivos que pude poner.

Las estancias de los novios se hicieron frecuentes, en especial los fines de semana. No fueron así las oportunidades en que pude conversar con mi hijo. Tuvimos que poner a prueba nuestras capacidades telepáticas para comunicarnos a la hora del almuerzo, único momento del día que coincidíamos, y así averigüé que su noviazgo iba de maravillas a pesar de la escasa cooperación de mi querida esposa.

Mi hijo, que se jactaba de hacer ejercicios solo, empezó a ir a un gimnasio con la novia. La ropa ya no podía quedarle más apretada. La sombrilla había dejado de ser parte inseparable de su mochila cuando anunciaban lluvia, incluso llegaba de la calle empapado y ni se molestaba en ocultar esa sonrisa pícara de niño que acaba de hacer una maldad. De buenas a primeras, le dio por echarle vinagre balsámico a las ensaladas. Eliminó el cepillo para peinarse con los dedos. Las Grandes Ligas cayeron en el baúl de los recuerdos. El colmo: comenzó a interesarse por el Real Madrid, equipo que «odiaba» desde que era muchacho. Las charlas de política y, en general, sobre cualquier tema se evaporaron como agua en el desierto. La telepatía fue perdiendo sus poderes. No digo yo, si estaba pendiente de Alexa en todo momento, con la misma atención que un asteroide observa el agujero negro hacia el cual se dirige en irremediable curso. La lista de novedades era interminable.

Por esos días no me fue difícil relacionar repentinos mareos y extrañas revolturas con los síntomas de embarazo de Alexa. Aproveché que mi hijo y la mamá habían ido a la bodega para preguntarle si así era. Enseguida me lo confirmó. Ambos nos sorprendimos de hablar a solas por

primera vez. La vi nerviosa, insegura, y no quise ahondar en el tema, aunque le garanticé el privilegio de notificarle a Daniel y demás personas cuando estimara.

Una semana después, Daniel se enteró de la noticia justo en el momento que Alexa se preparaba para ir al hospital a practicarse el aborto. Todavía no era el momento de ser abuelo y lo acepté tácitamente. Mi hijo nunca se recuperó por completo de tan triste acontecimiento, pues añoraba ser padre.

A partir de esa fecha, sentí que se esfumaba una buena parte del amor que fluía dentro de la joven pareja. Su futuro había cambiado. Difícilmente sobrepasarían la tempestad que les nublaba el horizonte.

Hoy me reprocho no haber participado de manera más activa, mediante recomendaciones, persuasiones, consejos y sugerencias, en las vidas de Daniel y Alexa y en quienes se relacionaran directamente con ellos, cuando se suponía que lo hiciera.

Dicen que desde afuera se ve mejor, pero aquella partida de dominó había que jugarla. Ya se conocían los integrantes de una pareja. Solo restaba decidir quiénes serían los otros dos.

En cambio, creí correcto observar el juego desde una esquina de la mesa. Sentado en una cómoda silla a metro y medio de distancia del centro, pensé tener el tiempo suficiente para calcular con frialdad qué harían los cuatro contrincantes e incluso criticar alguna que otra jugada. Olvidé que en cada data quedaban fichas afuera, sin jugar, y su efecto podría ser decisivo. Peor aún, desestimé que los jugadores modificaban su estilo en dependencia de las fichas que escogían y a ratos perdían la noción de jugar en pareja para alcanzar juntos el mismo objetivo: ganar la partida, además de divertirse y pasarla bien.

Y ahora todos lamentamos el desenlace de Daniel y Alexa, que fuera diametralmente diferente si, desde el primer momento que se sentaron a la mesa, yo hubiera decidido ser el cuarto jugador.

Anhelos compartidos

Algo me decía que estaba en tiempo, pero, al llegar a la esquina, detuve el paso y saqué el flamante Huawei del bolsillo para ver si así era. Más puntual no podría ser: las cinco y cuarenta y ocho de la tarde. Con cuatro toques del índice, visualicé el último mensaje e intenté memorizar de nuevo la dirección a la que me dirigía. Teléfono en mano, me fijé en la señalización de una calle que pisaba por vez primera y reanudé la caminata los cien metros restantes.

Un par de minutos después, justo a la hora acordada, llegué al frente de la única construcción de más de dos pisos a la vista. Me acerqué a la puerta y no tenía timbre, miré hacia arriba y reinaba la desolación. Enseguida descarté la costumbre que tenemos los cubanos de llamar a gritos desde la acera sin importar la hora; el reparto Kohly y una mujer acompañada sugerían otro proceder. Volví al amistoso Huawei y pulsé el único contacto que comenzaba con A. Llamé, colgué al segundo timbre y esperé pacientemente a que Alexa se asomara por cualquier balcón del cuarto piso.

En cambio, se abrió la puerta principal del edificio y allí estaba ella. Caminé unos pasos y por instantes creí franquear el portón de un castillo inventado por J. R. R. Tolkien. Acostumbrado a verla en atuendos formales, presté cierta atención a la bata rosada que lucía, mientras que ella, emocionada, me saludó con un «¡eres el colmo de la puntualidad!» que me hizo sonreír. Nos abrazamos más de tres segundos, como para olvidarnos de casi tres meses sin vernos.

Nos conocimos nueve meses atrás, en el cumpleaños de Lily, colega de mi departamento y amiga de su infancia. Recién llegado a la empresa, me sorprendió que, al segundo día, Lily, una suerte de Rihanna con acento habanero, me invitara a formar parte del concurrido grupo de amistades del trabajo que esperaban celebrar su vigésimo sexto cumpleaños el sábado siguiente. Lily contagiaba a todos con su alegría y pensó que esta sería la ocasión ideal para adentrarme en aquel colectivo, en su mayoría joven. Mi entonces novia me miró con recelo al contarle en casa de la invitación, pero un repentino brillo en sus ojos borró toda preocupación al enterarse de que iríamos juntos y el lugar era aquella discoteca de renombre en Miramar que ansiaba visitar desde hacía semanas.

Cuando entramos a la disco, el choque del tumulto y la penumbra nos detuvo a pocos pasos de la puerta. La homenajeadá voceó mi apellido desde una esquina y señaló dos sillas vacantes alrededor de cuatro mesas juntadas a conveniencia. Llovieron las presentaciones en ambos sentidos y solo me llamó la atención un nombre, al que respondí: «¡Mira eso, igual que el famoso centro comercial de Berlín!». Alexa sonrió y dijo que el mundo estaba lleno de casualidades, dejando su boca medio abierta al terminar «casualidades».

A pesar de los movimientos de luces y un pelo negro suelto que le cubría gran parte del rostro, era imposible no sucumbir ante el poder seductor de los gigantescos azabaches con los que Alexa

miraba a sus interpelados. Evidentemente, le fascinaba conversar y a menudo se acaloraba con tópicos a la postre irrelevantes. Su novio Daniel, de hablar pausado y quizá cinco años mayor que ella, rebosaba de felicidad por tenerla a su lado.

Mi pareja se adaptó fácilmente al ambiente de música y copas, y con cada sorbo me miraba agradecida por haber ido a un lugar tan divertido. Sin embargo, sé que contuvo sus celos cuando, en una improvisada rueda de casino, Alexa se arrimó más de la cuenta, quizá por los efectos de ligar ron con cerveza.

Ese día apareció en mi vida alguien especial. Y la necesidad de descubrir cómo era por dentro sería tan imperiosa como absoluta la seguridad de que no estorbaría en nada la relación con mi pareja, de quien estaba perdidamente enamorado. Poco a poco, comenzamos a conocernos y nos veíamos al coincidir con su amiga Lily, ya fuera en el trabajo o en sitios de diversión.

Con Alexa se podía conversar sobre cualquier cosa. De formación informática, se dedicó a tareas de comercial y mercadotecnia en una empresa mediana e imagino que una buena parte de los clientes que trataba a diario se extasiaran con la cultura y dicción que demostraba en cada diálogo. Alexa me llamó un viernes a las cuatro de la tarde para preguntarme si sabía de un buen veterinario y una hora después se mantenía el debate sobre las mejores canciones de una banda de *rock* americana cuya preferencia compartíamos.

Un tiempo después, fue Alexa a quien primero le conté de mi separación. A pesar de mediar la línea telefónica, sus sabios consejos me dieron fuerzas para seguir adelante cuando pensé que el mundo se venía abajo. La incansable Lily se enteró de la noticia y el fin de semana siguiente organizó un torneo de dominó en casa de nuestra amiga común, al que asistí entusiasmado.

Llegué a la hora exacta y Alexa me recibió con un «¡qué rico tú hueles!» que me estremeció por completo. En la cocina, su novio preparaba unos bocaditos y, algo incómodo ante el azabache de Alexa sobre mi nuca, le ayudé en cuanto pude. La velada sirvió para ratificar mi infortunio con las mujeres, ya que la suerte me favorecía ampliamente en el juego.

Algo repuesto al cabo de dos meses, Alexa tuvo la iniciativa de ir por mi trabajo. Como estuve ausente de la oficina, dejó en mi mesa un sobre de manila que leía de su puño y letra: «Ábrelo antes de acostarte». De regreso a la oficina, un extraño objeto exigía prestarle atención. Un libro, sin dudas, pero ¿cuál? Soporté la curiosidad de abrir el paquete hasta las once menos cuarto, minutos antes de apagar la lámpara de la mesita de noche. Se me aguaron los ojos al descubrir que era la inspiración original de una de mis películas favoritas. En siete días devoré *La comunidad del anillo* y quise devolverlo personalmente. Bastaron tres mensajes para acordar vernos el lunes siguiente, al terminar nuestras respectivas jornadas laborales, en casa de su tía, cuya dirección me mandó en el tercer mensaje.

Tan pronto como Alexa y yo rompimos el espontáneo y prolongado abrazo a la entrada, saqué el afamado libro de Tolkien de la mochila y, mientras buscaba con qué palabras agradecerle por la emotiva lectura, dio media vuelta, comenzó a subir la escalera y me dijo: «Mejor subimos. Ven, hay sorpresas».

Intrigado, seguí sus pasos por una escalera iluminada que se perdía en el infinito, aunque el final poco importaba, pues la bata rosada se había convertido en un cristal transparente encima

de un provocativo hilo dental rojo. Ni por un segundo pude apartar la vista de una figura sabiamente moldeada que se meneaba con soltura sobre cada uno de los escalones. Sus sandalias de cuero flotaban, mis zapatos delataban un andar nervioso. No sentí señales de vida en ninguno de los apartamentos que vi mientras subíamos.

Al llegar al cuarto piso, mi amiga volteó el cuello y sonrió al notar mis ojos todavía fijos en sus pronunciadas caderas. Agitó el llavero para sacarme de mi inusitado hipnotismo y, sin más preámbulos, abrió la puerta y entramos.

El apartamento era confortable y estaba adornado con buen gusto. Al cerrar la puerta tras de mí, noté que estábamos solos, pero nos teníamos mucha confianza y siempre nos habíamos respetado. Alexa me conminó a sentirme como en casa y fue en dirección a uno de los cuartos. Dejé que el enorme sofá de la sala me engullera. Desde allí contemplé los cuadros que adornaban la pared detrás de un LG de treinta y dos pulgadas que mostraba una película en pausa, cuyos actores creí recordar.

Asumí que estaba lista para bañarse desde antes de mi llegada, no solo por la poca ropa con la que me había recibido, sino por el chorro de agua que ahora oía a lo lejos. Intenté fijarme en otros adornos de la sala, pero mis pupilas seguían encandiladas por el sensual contoneo de aquellas nalgas compactas al asalto de una escalera interminable.

Su voz logró que mis ojos se adaptaran de nuevo a los contornos de la habitación cuando desde el umbral de un cuarto me dijo que se iba a bañar y que, mientras, podía reanudar la reproducción en el televisor si me aburría en los próximos quince minutos.

Se me ocurrió decirle: «Me avisas para secarte». Y todo cambió.

En los preparativos de este encuentro, Alexa había considerado hasta el más mínimo detalle. Salvo algún giro de mi parte, las cosas sucederían tal y como ella las había orquestado. Ceñida a su plan, caminó hacia mí, agarró el control remoto de una esquina del sofá y pulsó *play*; lo cual reanudó el videoclip más visto de la banda 3 Doors Down. Con su acostumbrada sensualidad, me guiñó un ojo y extendió su mano en gesto de invitación.

La hebilla del cinto era de algún material ferromagnético de buena calidad, porque el poderoso imán que supuestamente mi amiga había montado en el baño me haló a gran velocidad. Sin dudas, esa era la prenda que más le molestaba, pues, al entrar al baño, comenzó por quitarme el cinto. Dejé que me desvistiera despacio mientras sus bellos ojos negros se regocijaban con un sueño hecho realidad. Al quitarme el pulóver, me preguntó: «¿Cuándo fue la última vez que te pelaste?», y yo, sin renunciar a retarla, contraataqué con la pregunta: «¿Te atreves a pelarme?». Su respuesta era de esperar.

Alexa acomodó mis pertenencias en el estante junto a la taza y en pocos segundos se deshizo de una ropa que, de mirarse a trasluz, mostraba casi la totalidad de su agraciado cuerpo. Ya no tendría que imaginarme cuál sería el tono natural de su piel allí donde la bata y el hilo dental a duras penas habían cumplido su objetivo. Nos quedamos de pie uno frente al otro. Yo no sabía qué hacer. Ella adoptó una pose como la de cualquier celebridad en la alfombra roja y así estuvo mientras mis ojos no se detuvieron en los suyos. Entonces alcanzó un peine y una tijera que

casualmente estaban sobre el lavamanos, y yo me senté en una silla sin brazos que, a menos de un metro de la bañera, desentonaba con todo lo demás.

Hasta donde mi mente alcanzó a recordar, las últimas veces que me había pelado en la barbería del barrio con el Fígaro tenían mucho en común: varias personas a la espera de su turno, un disco de Havana D'Primera o alguien parecido y un calor que desalentaba el uso de la capa negra de siempre. Por eso la presente ocasión era insólita: yo ponía mi futura apariencia en manos de una mujer y ambos comparecíamos desnudos en su baño. Tal vez a ella le faltaba fogueo, pero el hecho de tenerla justo delante, tan bella como Venus en una noche de verano, era más que suficiente para mí.

Alexa diluía sus dedos en mi pelo con una ternura maternal y los latidos de mi corazón los sentía en los dedos de los pies con cada corte de la tijera. Al terminar la faena, su sonrisa no fue de burla, sino de complacencia, ya fuera por el acertado corte o porque me mantuve excitado el tiempo que duró. No hubo besos, caricias ni intercambios de miradas en concreto, nuestra imaginación fue más allá y aquella resultó ser una experiencia sexual sumamente intensa.

La bañera, desde temprano en función del programado encuentro, deseaba envolvernos con su cálida agua perfumada en aras de continuar con la lujuria. Alexa entró primero y, al acostarse, descansó la nuca en el saliente opuesto a la llave. Yo pensé adoptar una posición similar desde el otro extremo de la bañera para mirarla de frente cuando me pidió recostarme bocarriba sobre ella, y así hice. Apoyé mi cabeza en su pecho y mi espalda en su pelvis, recogí las piernas y, acto seguido, comenzaron sus caricias.

La música de la sala había dejado de sonar, y Alexa hacía maravillas con sus manos. Entonces su canto melodioso irrumpió en mis oídos con una versión pausada de *Here without you*, el mismo tema que tenía puesto en el televisor a las seis de la tarde. Decidí acompañarla con una segunda muy parecida a la que lleva la canción original y su voz se apoderó de un raro temblor, pero supo disiparlo a medida que me estrujaba el cuerpo con delirio. Quisimos explotar la potencialidad del improvisado dúo y proseguimos con un tema más movido de la misma banda de *rock*, el cual requería más vehemencia. Al llegar al estribillo, las paredes del baño se juntaron con el techo, la música volvió a retumbar en el apartamento, dejamos de cantar al unísono y caí en un grado de relajación extrema. Alexa aflojó el agarre de manera ostensible y su cálida lengua terminó la canción a milímetros de mi tímpano derecho. Permanecemos callados y satisfechos durante incontables minutos, embebidos en aquella mezcla idílica de agua, gel de baño, champú y fluidos.

Salimos empapados del baño, tomados de la mano y a paso firme, en busca de comer algo salado; una preferencia culinaria que un día, hablando como quien no quiere las cosas, descubrimos que teníamos en común.

Un pomo de mayonesa, un puñado de galletas sobre un plato y un cuchillo nos recibieron con los brazos abiertos en la mesa de la cocina. La quinta galleta con mayonesa prefirió quedarse en el plato para no interferir siquiera un segundo en el deseo mutuo de apretarnos contra la meseta y hacer el amor como los animales.

Despegue

—Sí, mami, claro que estoy segura. Me voy, ya lo decidí. La semana pasada le mandé un correo a mi primo Juan Carlos para que buscara ofertas de trabajo allá en Italia y ayer me llamó de lo más contento. Dice que hay posibilidades en la empresa donde trabaja un amigo, pues este año se jubilan dos del Departamento Comercial. Ese es mi perfil desde hace rato, en el que me siento capaz. ¡Quién no daría cualquier cosa por poder demostrar sus conocimientos, ganar experiencia y llegar a ser un profesional competente en un país del primer mundo! Tú bien sabes que aquí no hay futuro para mí. Y yo no quiero verme en lo mismo y con lo mismo de aquí a diez años, ¿qué va!

—Ay, Alexa, hija, irse a vivir a otro país no es fácil.

—Bueno, no seré la primera que lo haga ni la última. Pero ten la seguridad de que no me iré a lo loco, sin garantías, mucho menos voy a arriesgar mi vida.

—Ahora que lo mencionas, Enriquito, el hijo de María del Carmen, ya está en Miami. Él se había ido para Ecuador, ¿te acuerdas?, con la intención de hacer esa travesía por tierra que dura no sé cuántos días hasta la frontera de Estados Unidos. Pues ayer se comunicó con la mamá. Dice que la pasó peor que... ¿Cómo se llama el personaje principal de *Raíces*?

—Este... Lo tengo en la punta de la lengua. ¿Kunta Kinte?

—¡Ese mismo! Oye, tú siempre tuviste memoria para los nombres, ¿eh?

—Verdad que sí. Bueno, no te preocupes, mami. Yo salgo «de cuello y corbata», como dice la gente, y vendré a visitarte una o dos veces al año. No es que me vaya a perder de este mundo.

—Ay, Ale, no sé qué va a ser de mí sin ti.

—Entiéndeme, mami. Yo también tengo derecho a hacer mi vida. ¿Cuántos no quisieran irse para Italia? Ese es un país desarrollado...

—Alexa, hija, pero no has terminado la maestría y el título te puede servir. Tampoco hablas italiano.

—Mami, la oportunidad se presentó ahora y no puedo desaprovecharla. No sé si la tendré de nuevo. A la maestría todavía le queda un año y eso es mucho tiempo. Yo ahorita cumpla treinta, ¿eh? ¿Y quién sabe si allá afuera estén buscando gente más joven? Ya veré como homologar en Italia las asignaturas que he dado aquí y continuar los estudios allá, aunque la prioridad será encontrar trabajo para poder costearme la vida. No quiero ser una carga para Juan Carlos. Él es mi primo, pero bastante tiene con mantener a su familia, sobre todo a su hermano, al que quiere llevarse también. Y por el idioma no te preocupes, el italiano se parece al español. Ya lo aprenderé, no me quedará más remedio.

—¿Y Daniel?

—Daniel y yo no nos llevamos tan bien como antes, aunque a él le cueste trabajo reconocerlo. Nuestra relación se ha enfriado, le falta pasión, deseo o ganas de seguir adelante. Es como si nos hubiésemos resignado a aceptar los problemas que tenemos, y los que estén por venir, porque no sabemos cómo cambiar o no queremos. Y a lo mejor este viaje es justamente lo que necesitamos para darnos cuenta de si de verdad nuestra relación puede sobrevivir al tiempo y a la distancia. También es una vía de escape, lo sé. Será difícil dejar a mi familia por primera vez, sobre todo a ti, mami. Pero me iré tranquila, decidida a levantar cabeza para empezar a escribir mi futuro con mi propio esfuerzo. Daniel me hace falta todavía y él me necesita mucho más. Lo sigo queriendo, a mi manera, claro. Anoche le conté del viaje y apenas habló. Me escuchó atentamente todo el tiempo y al final me dijo que, cuando encontrara trabajo y me asentara allá en Italia, se reuniría conmigo. Me pareció una buena idea, también una señal de que comprende mis intenciones y que aceptará esta separación como temporal.

—Entonces, ¿me quedé con ganas de ser abuela este año?

—Bueno, sí. No tengo otro remedio que esperar a que estén todas las condiciones para tener hijos en Italia. ¡Ni pensar en salir de aquí embarazada! Eso sería un problema adicional que es mejor evitar. Te repito: primero, necesito encontrar trabajo y valerme por mí misma. Aquello es completamente nuevo para mí. No hace mucho leí que en Europa es normal que la mujer priorice su vida profesional y tenga su primer hijo después de los treinta años, incluso las parejas con más de un hijo son la excepción. Aunque allá el nivel de vida es alto, la familia pasa a un segundo plano. Y aquí tú ves a cada chiquilla de secundaria embarazada. El otro día una amiga de Daniel se hizo una interrupción y nos dijo que el materno estaba lleno de jovencitas esperando igual que ella, las pobres. Quizá es mejor no tener el hijo si la madre no está preparada, pero ¿qué preparación va a tener una niña de quince años, eh? El problema es que las adolescentes de hoy son muy irresponsables y no saben o no quieren protegerse. En fin, yo estoy en tiempo, mami. Ya tendré el mío en el momento apropiado. Así que no te preocupes, a lo mejor cargas a tu nieto allá.

—Pero tú te has cuidado, ¿no?

—Sí, mami, como hace todo el mundo. Nosotros siempre hemos confiado en los preservativos. Yo no voy a tomar pastillas, mucho menos ponerme algo...

—Bueno, cambiando el tema, veo que vas a salir, ¿no?

—Sí, es verdad. Hoy voy a la Embajada italiana a averiguar qué trámites debemos hacer Juan Carlos y yo para concretar mi viaje. Es probable que me den alguna planilla, digo yo. Daniel saldrá de su oficina y me verá allí. Él quiere apoyarme en todo. Después iremos por Inmigración, tengo que prorrogar mi pasaporte. Y de ahí, él seguirá para su trabajo y yo vengo a almorzar, a ver qué tal saben recalentados los frijoles negros que hiciste anoche. No, espérate, mejor compro antes picadillo de pavo y yo lo hago cuando venga. Déjame todo eso a mí.

—¿Y no vas a desayunar, mi corazón?

—Mmm, no. Estoy un poco nerviosa. Después me como algo por ahí. Ven acá, ¿te gustó el helado?

—¿Cuál?

—Mami, Daniel te trajo anoche un pote de chocolate.

—Chica, yo creí que era para ustedes.

—Mamá... A veces pienso que tú no le haces caso.

—Son ideas tuyas, hija. Habrá sido cuando me senté en la computadora. Tú sabes que yo no puedo estar en dos cosas a la vez. Oye, y ahora con todo esto del viaje, ¿Daniel se quedará aquí cuando te vayas?

—Ay, no sé. En su momento habrá que preguntarle. Él siempre ha vivido con sus padres, aquella es su casa. Es natural que, al estar solo, quiera volver a lo que tenía antes. Si nos hemos quedado algunos fines de semana allá es para que él pasara más ratos con sus padres, pues prácticamente vive aquí desde que nos conocimos. Pero, ¡ojo!, es porque prefiere estar aquí. Delante de su mamá me dijo que le encanta mi cama, que es mucho más grande y cómoda que la suya, además del aire acondicionado, que le aísla de todos los ruidos por la noche. Él es de sueño ligero, tú sabes. Dice que, cuando no es la gente del cuerpo de guardia de enfrente, entonces son los perros del vecino de atrás que ladran hasta dormidos o, si no, los dos tanques de agua de la azotea que empiezan a llenarse de madrugada. Por eso mi cuarto le parece la habitación de un hotel.

—Yo pensé que durarías más con este muchacho, cariño. Él es una buena persona. Se ve que te quiere.

—Mamá, aún seguimos juntos y la semana que viene cumplimos nueve meses. Yo no quisiera terminar con Daniel antes de irme. Ahora mismo no sé cuánto tiempo estaremos separados. Solo espero poder comunicarnos y mantenernos al tanto; de lo contrario, morirá el amor.

—Hija, la distancia es mala consejera.

—Sí, lo sé, pero en este momento mi futuro profesional vale mucho más. En cuanto a nuestras vidas, habrá que dejar que el tiempo decida. ¿Qué pasará cuando me vaya? ¿Lo voy a extrañar demasiado? ¿Volveremos a vernos pronto? Eso ahora mismo no se puede saber, mami. Lo peor que puede pasar es que terminemos. Y, si terminamos, entonces no era él.

—Bueno, Ale, tú siempre vas a ser mi hija. Estés donde estés.

El presente

Algún día el amor te encontrará,
rompe esas cadenas que te atan.
S. PERRY, J. CAIN

Hoy no podré felicitar a Alexa personalmente, una costumbre adquirida desde la primera mañana que desperté a su lado. Como no sé si volveré a verla, decidí recordarla en la distancia y escribirle lo siguiente:

Despiértate con la convicción de que hoy es el día más importante de tu vida y que, al concluir, será el más lindo, el que recuerdes por siempre. Y no porque hoy sea 8 de septiembre.

Eres toda una mujer y no temes acercarte a una edad cerrada sobre la cual muchos comentan. Sabes perfectamente que la experiencia es una ventaja.

Tus seres queridos y conocidos rememoran esta fecha singular, a ratos ayudados por los almanaques, los teléfonos inteligentes y Facebook a la vanguardia. Agradéceles sus deseos de que cumplas cien años más. Debes de recibir mensajes y llamadas, amén de regalos y postales, en cantidades mayores. No solo eso, unos cuantos creerán que hoy es la ocasión ideal para estrenar un vestido o un par de zapatos e incluso invitarte a cenar. Como si el 8 de septiembre pudiera opacar los restantes trescientos sesenta y cuatro días.

Que no te moleste ser el centro de la atención. Y, ante toda esa avalancha de cosas materiales e intangibles, ¡bienvenidas sean las felicitaciones!

En cuanto a ti, levántate temprano y en el baño demórate diez segundos más de lo habitual. Dedicar esa inmensidad de tiempo para burlarte del espejo, no permitas que él lo haga por ti. Regálale una sonrisa sincera, pícara, sensual. Enamórate de ti misma. Comienza el día con la frente en alto y muchas expectativas.

Pudieras continuar con quince minutos de sexo intenso con quien compartas la cama en ese momento. Despiértalo si seguía dormido. Hoy es un día especial, y él entenderá la necesidad de dar placer con la actividad que más nos llena: hacer el amor.

Descubre nuevas posiciones, sin temor alguno. Entrégate completa. Deja que él recorra todo tu cuerpo con sus cinco sentidos. Permítele contemplar la perfección de tu figura desnuda y jadeante, tal cual los hindúes veneran el Taj Mahal cuando el sol llega al cenit de Agra. Pídele que lama y muerda suavemente tus senos,

por los cuales sientes orgullo. Excítate y estimúlalo cuando mire tu parte íntima, pulposa, madura y expectante, y sus dedos la acaricien, su lengua la humedezca, su miembro en plena efervescencia la explore. Bésale en el oído, afíncate a sus glúteos y cierra los ojos. Desinhibete con tu pareja y vayan juntos al cielo. Embriágate, gime, goza, deléitate con la magia de la pasión y el deseo. Estalla de alegría por haber llegado ambos al orgasmo en el instante preciso.

O bien puedes continuar el día con el hábito de prepararte para abandonar la soledad del cuarto, salir de la casa y disfrutar el mundo que aguarda trepidante. Pero arréglate con estilo y sencillez, acícalate y enfréntate a la calle con pasos firmes. Mira siempre hacia delante y ten la seguridad de que más de una persona envidiará sanamente tu andar desafiante, como si caminaras en una pasarela de modas.

Interrumpí la carta porque apareció una notificación de correo. ¿Sería de Alexa? Ayer no me escribió. ¿Estaría muy ocupada con los preparativos del cumpleaños? Revisé la bandeja de entrada... No era de ella. Volví a la carta. Me costó trabajo concentrarme. Quedaban tantas cosas por decirle que ni sabía cómo continuar. Todavía con la imagen vívida de su cuerpo desnudo en nuestro nido de amor, dejé que mi vista divagara más allá del monitor mientras mis dedos le hablaban al teclado:

Visita lugares nuevos o que solo conozcas de vista. Admira la naturaleza, los animales, la arquitectura, la obra de Dios, los logros del hombre, el universo todo.

Desayuna, almuerza y come lo que te plazca. Combina lo saludable con lo que ansíe tu paladar. Date un gustazo al saborear algo rico, aunque sea caro.

Destina el tiempo justo para quemar calorías con una corta tanda de ejercicios, que no hagas por obligación, sino por las ganas que tengas de sentirte bien física y espiritualmente.

Empieza o termina la lectura de un buen libro, el efecto es similar. Disfruta una película que nunca hayas visto, una que contenga diversión, acción, romance o al menos alguien famoso.

Impide que el trabajo y las responsabilidades que se derivan de este ocupen un solo segundo del tiempo que vivas después de finalizar la jornada pactada. Relégalo al plano que le corresponde, siempre detrás de tu vida personal. A menos que estés en el trabajo y allí sí deberías concentrarte al 100 % en tus deberes y dar lo mejor de ti. Claro, cuando amas lo que haces, entonces nunca trabajas, más bien te diviertes y encima te pagarán por ello.

Si estás en casa, pon la música que te guste, la que te recuerde momentos lindos. Siéntela con alma y corazón, y ella te cubrirá con su belleza. Concéntrate y no tengas pena de erizarte ante las caprichosas notas de un instrumento o de un cantante durante los compases que anhelabas escuchar.

Siéntete útil en el hogar, haz las tareas que toquen. Limpia y organiza tu cuarto y obsérvalo, con la misma sonrisa que iniciaste el día, una vez lo conserves impecable. Vela por tu pedacito, cuídalo.

Libera tu potencial. Guía tu energía hacia donde estimes para lograr el mejor resultado. También escucha a los que más saben.

No calles cuando haga falta hablar. No digas sí por compromiso. No te detengas si es necesario actuar. No te reproches por los errores que cometes, supéralos. No descargues tus preocupaciones en la almohada, acuéstate en paz.

Anda confiada y sin apuros. Estudia, aprende, mejórate.

Aférrate a tus sueños, pero mantente objetiva.

Valora el presente. Sé feliz cada minuto.

Aprovecha los imprevistos y lo espontáneo.

Acepta el amor y el cariño que te demuestran quienes de verdad te importan. Reciproca su amor, sin pedir nada a cambio, porque así lo quieres. Pero hazles saber que te importan: visítalos, llámalos, escríbeles, y no esperes a que ellos lo hagan primero.

Vive intensamente como si hoy fuera el último día de tu vida.

Y mañana...

Mañana lee esta plegaria de nuevo hasta que la memorices y entonces sabrás que te hará mucho bien lograr lo que hoy no pudiste porque, de tantas cosas importantes que habías planificado en el día, simplemente no alcanzó el tiempo.

¡Felicidades por hoy!

No creí necesario concluir con «te quiero» o un simple «Daniel», aunque mi corazón, hecho trizas y ahogado en la soledad, hubiera preferido «adiós».

Glosario

En este apartado presento palabras y frases de uso frecuente, algunas típicas y otras informales, cuyas acepciones en el Diccionario de la Real Academia Española y otras publicaciones pudieran diferir un tanto de las empleadas en esta obra, incluso no aparecer registradas, o tal vez no quedar bien claras para los demás hispanoparlantes, amén de que muchos sí las utilicen con el mismo significado fuera de Cuba. Aprovecho también para comentar nombres y denominaciones que pueden resultar de interés.

Ahorita: no en este momento, sino antes o después, indistintamente.

Almendrón: auto americano con varias décadas de uso, normalmente de los años 50 del siglo xx.

Asere: amigo, compadre o, en su defecto, el interpelado en una conversación.

Bodega: tienda estatal de productos normados de la canasta básica por núcleo familiar.

Bolita: adaptación extraoficial de la lotería.

Botar la casa por la ventana: derrochar.

Caer el gorrión (a alguien): añorar, estar melancólico.

Cake: torta de cumpleaños o similar.

Canchánchara: tipo de coctel.

Cantar las cuarenta (a alguien): criticar duramente.

Cañonazo de las nueve: disparo de salva desde la Fortaleza de La Cabaña en La Habana para anunciar cada noche las nueve en punto.

Carro: automóvil.

Chama: niño, muchacho.

Chapa negra: tipo de matrícula oficial que solía utilizarse en los autos de embajadas.

Chapman, Aroldis: lanzador de notables resultados en Grandes Ligas.

Charada: conjunto de significados asociados a los cien números de la bolita.

Chivar (a alguien): bromear, también molestar.

Chivo, si no se refiere al animal: bicicleta.

Comité: organización de masas relativa a una zona de vecinos, normalmente a ambos lados de una cuadra.

Cortarse con el vidrio inglés: pisar accidentalmente excremento animal.

Criollita de Wilson: dibujo del caricaturista Luis Felipe Wilson que constituye un símbolo de la cubana de cuerpo perfecto.

Cuadrar: gustar.

Cubaneo: a lo cubano.

Dar agua: revolver las fichas de dominó antes de empezar a jugar y, por extensión, cambiar el tema o complicar un asunto.

Data: conjunto de números iguales en un juego de dominó, también el propio juego o la mano.

De medio palo: de calidad regular.

Descargar (con alguien): tener sexo ocasional.

Difunto: expareja.

Disco temba: discoteca que pone éxitos del ayer.

Embarcao: con pocas posibilidades de lograr algo.

Embullar: entusiasmar, animar.

Ensalada (en una heladería): oferta de cinco bolas de helado.

Escuela al campo: periodo, de treinta días en la secundaria y cuarenta y cinco en el nivel medio superior, en el que se interrumpen las clases para dedicarse a labores agrícolas.

Estar buena: tener buen cuerpo.

Estar rica: estar muy buena.

Etecsa: Empresa de Telecomunicaciones de Cuba S. A.

Firma: empresa con participación extranjera.

Guagua: ómnibus.

Industriales: equipo de béisbol de la capital.

Irse la mano (a alguien): exagerar.

Jeva: muchacha, mujer, novia, esposa.

Juego de cuatro esquinas: juego de pelota a mano limpia que puede tener lugar en el cruce de dos calles.

Latino: estadio Latinoamericano, conocido también como el Coloso del Cerro.

Libreta de abastecimiento: cuaderno para anotar la recepción de los productos de la bodega y, en general, los normados.

Llorar (a alguien): solicitar con mucho deseo.

Machi: diminutivo de macho.

Macho, si no se refiere al masculino: cerdo, en el oriente de Cuba.

Máquina: computadora, también auto.

Marcar: empezar a hacer una cola detrás de la última persona.

Maternidad de Línea: nombre antiguo del hospital materno más famoso de La Habana, ubicado en la esquina de las calles Línea y G.

Meter mano (a alguien): tener sexo y, por extensión, empezar o resolver algo.

Mijo: contracción de «mi hijo».

Mimi: jeva.

¡Ño!: contracción de: «¡Coño!»

P2: metrobús con recorrido entre Cotorro y El Vedado.

Palanca: influencia o apoyo de alguien.

Palo: problema, error, calidad, también acto sexual.

Paletica: helado de forma alargada, con un palito que sirve de mango.

Pegarse: jugar la última ficha de dominó antes que el resto y, por extensión, ganar o tener algún tipo de repercusión favorable.

Pelar: cortar el cabello.

Pena: timidez.

Pila: llave de agua, batería eléctrica, también montón.

Pincha: trabajo.

Pitusa: pantalón vaquero, *jeans*.

Poner la tapa al pomo: ser el colmo.

Ponerse para (alguien o algo): interesarse.

Popis: calzado deportivo vistoso, tenis de marca.

Pre, preuniversitario: escuela o enseñanza de décimo a duodécimo grado, normalmente de quince a dieciocho años.

Prender la mecha: iniciar, o incitar el comienzo de, algún debate o algo importante.

Primaria: escuela o enseñanza de primero a sexto grado, normalmente de seis a once años.

Prú: bebida de la zona oriental.

Pulóver: prenda de mangas cortas, indistintamente con o sin cuello.

Quedarse vacío: darlo todo y lograr un resultado positivo.

¿Qué bolá?: ¿qué tal?, se combina mucho con *asere*.

Quilo: punto a contar por cada ficha de dominó, también centavo.

Quitar lo *bailao*: restarle importancia a algo bueno que le pasó a alguien.

Recta: lanzamiento más rápido en el béisbol.

Rubiera, José: meteorólogo por excelencia.

Rueda de casino: baile de salsa en grupo.

Sacarse (algo): acertar números en la bolita y, por extensión, obtener o ganar.

Saco: chaqueta, prenda superior de un traje.

Secundaria (básica): escuela o enseñanza de séptimo a noveno grado, normalmente de doce a catorce años.

Seño: tratamiento a señora que trabaja en algún tipo de servicio público.

¡Solavaya!: exclamación para espantar la mala suerte o algo malo que puede ocurrir.

Tati: machi.

Temba: persona de entre treinta y pico y cincuenta y pico de años, normalmente de cuarenta y tantos.

Tenis: calzado deportivo.

Tirarse del quinto piso: hacer algo descabellado o muy arriesgado.

Trancar: cerrar con una ficha de dominó por la que más nadie puede jugar y, por extensión, entorpecer algo.

Traquear los dedos: flexionar bruscamente las articulaciones de la mano.

Vacilar (a alguien): comerse con la vista, mirar con deseos sexuales.

Virar la tortilla: cambiar algo de manera brusca y radical.

A continuación incluyo los nombres científicos de algunas de las aves que menciono en «47», señalando con (e) las endémicas, para que sirvan de referencia a los interesados:

Agapornis: *Agapornis roseicollis*.

Azulejo: *Passerina cyanea*.

Bijirita: *Setophaga palmarum*.

Carpintero verde (e): *Xiphidiopicus percussus*.

Cartacuba (e): *Todus multicolor*.

Cernícalo (e): *Falco sparverius sparveroides*.

Cotorra (e): *Amazona leucocephala*.

Mirlo: *Turdus merula*.

Periquito (e): *Psittacara euops*.

Sijú (e): *Glaucidium siju*.

Sinsonte: *Mimus polyglottos*.

Tiñosa: *Cathartes aura*.

Tocororo (e): *Priotelus temnurus*.

Tomeguín del pinar (e): *Phonipara canora*.

Tórtola de collar: *Streptopelia decaocto*.

Totí (e): *Dives atrovioleaceus*.

Zunzún (e): *Chlorostilbon ricordii*.

Índice

[Prólogo 7](#)

[Capítulo Uno: El amor es todo 11](#)

[A primera vista 13](#)

[La ruta de siempre 19](#)

[Barrendero 29](#)

[De hombre a hombre 35](#)

[El reflejo del alma 41](#)

[Vivir el momento 47](#)

[El cielo es el tope 53](#)

[A la antigua 61](#)

[El círculo verde 67](#)

[El ligue 71](#)

[En lo alto 79](#)

[Sandokán 85](#)

[La China 91](#)

[Los Suplai 99](#)

[El hijo del arcoíris 105](#)

[47 111](#)

[Volver atrás 115](#)

[El deporte nacional 123](#)

[Miel y algo más 127](#)

[Otro mundo 133](#)

[Un cubano en la India 143](#)

[El viaje 153](#)

[Fin de semana 161](#)

[La peña del parque 165](#)

[La musa 171](#)

[Gracias a la música 177](#)

[Capítulo Dos: Confesiones de invierno 183](#)

[Renacer 185](#)

[Nostalgia 189](#)

[Consulta 193](#)

[Facetas 199](#)

[Ruego 203](#)

[Flecha 205](#)

[Sueños 209](#)

[Detalles 213](#)

[Encrucijada 217](#)

[Regreso 221](#)

Capítulo Tres: Calidoscopio 225

Sin darse cuenta 227

Sexo cómico 233

Un buen muchacho 239

Santiago 243

Los cuatro 249

Si Dios quiere 253

Dominó 259

Anhelos compartidos 265

Despegue 273

El presente 279

Glosario 285